



Lemir 17 (2013) - Textos: 765-840

ISSN: 1579-735X

ALONSO JERÓNIMO DE  
SALAS BARBADILLO  
EL CABALLERO  
PERFECTO



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

## ADVERTENCIA

**E**L madrileño Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635) llevó de joven una vida agitada que le supuso una estancia en la cárcel y un par de destierros. Se le considera amigo y discípulo aventajado de Miguel de Cervantes, aunque no ha faltado quien le cargue a las espaldas la autoría del *Quijote* de Avellaneda (1614), bien es verdad que con muy débil argumentación. Murió solterón, pobre y aquejado de sordera. En su fecunda obra tocó diversos géneros, desde el poema heroico a la sátira, y quizá sea la picaresca *Hija de Celestina* (1612) su obra más popular.

En este *Caballero perfecto* ejercita sus habilidades como narrador en un terreno intermedio entre la biografía (bien que de ficción), la novela de caballerías y la novela cortesana. No falta la novelita intercalada: *El descanso en el desprecio*. El libro se lee con fluidez y cierto gusto, aunque se echa en falta algo más de diálogo: algo habitual en nuestros clásicos castellanos. Baste decir que doña Inés de Moncada, enamorada y finalmente esposa del protagonista, no llega a decir esta boca es mía en todo el libro.

Quizá no esté de más indicar aquí que fue en 1443 y tras muchas hostilidades que Alfonso V el Magnánimo (1396-1458) logró incorporar sólidamente a la Corona de Aragón el de tantos pretendido (Papado incluido) reino de Nápoles, pues la reina Juana II (1371-1435, sin descendencia en sus dos matrimonios) había adoptado en vida como hijos y sucesores tanto a él como a Luis III de Anjou (y muerto éste en 1434, a su hermano Renato). A la muerte de Alfonso (que nunca regresó a España, donde quedó su esposa María de Castilla), el reino pasó a Fernando I (don Ferrante), uno de los frutos de sus relaciones con Giraldona de Carlino.

— o O o —

Para preparar esta sencilla edición he consultado dos originales de la primera, por Juan de la Cuesta, en Madrid, año 1620. No he hallado diferencia alguna entre ellos, excepto que uno presentaba corregidas a mano las dos erratas declaradas al inicio. Como era habitual, el texto contenía más erratas que aquéllas, pero no demasiadas. Toda alteración textual la justifico en nota al pie.

E. S. F.  
Barcelona, junio 2013

## ÍNDICE

El Caballero Perfecto pasa de España a Italia. Visita los lugares sagrados de Roma con devoción, y después, llevado de la curiosidad a Nápoles, se queda en el servicio de su rey .....	772
El rey don Alonso prueba en diferentes ocasiones al Caballero Perfecto, y obligado con la experiencia de sus virtudes, le juzga por digno de mayores alabanzas .....	778
Parte don Alonso para Francia, y en París tiene audiencia del Rey, cuyas diferencias compone, y antes de salir de su corte ampara en el último peligro a un honrado caballero .....	785
Don Alonso prosigue su jornada, y aficionándose más a las partes de el caballero francés, hace en su defensa una fineza digna de su ánimo español .....	791
Muere Ludovico, en cuya muerte se realza más el valor de don Alonso, que lo confirma mostrándose justiciero contra lo más querido .....	795
Con celo de la religión lleva don Alonso embajada a Alemania. Padece injurias en el camino. Llega y pelea por la fe, y volviendo a Nápoles recibe el premio de tan ilustres fatigas .....	805
La fiesta del torneo se hace menor por causa de unas diferencias. Compónelas don Alonso, y después consigue una feliz vitoria de los turcos .....	811
Refiérese el prudente gobierno de vida que don Alonso tenía en Nápoles, y la novela intitulada <i>El descanso en el desprecio</i> .....	818
Vuelve don Alonso a las ocupaciones de la ciudad y corte, donde en un perdón que hace al mayor enemigo de su sangre se descubre lo más perfecto de su ánimo .....	826
Hecho don Alonso juez árbitro entre dos poderosos reyes, compone sus diferencias. Muere el rey de Aragón, y don Alonso vuelve a Nápoles .....	835

## APROBACIÓN DE EL ORDINARIO

**P**OR mandado de los Señores de el Consejo de Su Majestad he hecho ver un libro, contenido en este memorial y decreto, intitulado *El caballero perfecto*, compuesto por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, y no tiene cosa contra la fe y buenas costumbres; antes es digno de imprimirse, por el buen estilo de su raro ingenio. En Madrid, a 30 de agosto de 1619.

El licenciado Alonso de Illescas

## APROBACIÓN

**P**OR comisión de los Señores del Consejo de Castilla examiné un libro intitulado *El caballero perfecto*, compuesto por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, y en él no hallé cosa que a la religión cristiana ni a las buenas costumbres ofenda; antes, con grande perfección, mucha doctrina moral, aguda invención, fácil y maravillosa elegancia, siendo en su género el mejor que en nuestros tiempos ha salido y igual con los ilustres autores que celebran la antigüedad griega y latina, digno de la fertilidad de su felicísimo ingenio, que con tantas obras cada día ilustra a su nación y enriquece su lengua. Por cuyas causas, siendo Vuestra Alteza servido, le puede hacer la merced que suplica. Tal es mi parecer. En Madrid, a ocho de setiembre de mil seiscientos diez y nueve.

El licenciado Antonio Luis de el Río

## SUMA DEL PRIVILEGIO

**T**IENE privilegio Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, vecino de la villa de Madrid, para poder imprimir por tiempo de diez años un libro que compuso, intitulado *El caballero perfecto*, y que durante el dicho tiempo ninguna persona, sin su poder, le pueda imprimir, so las penas en él contenidas. Su data en Lisboa, a veintiocho de setiembre de 1619 años.

Pedro de Contreras

## TASA

**E**STÁ tasado por los Señores de el Real Consejo a cuatro maravedís cada pliego. Su data a seis del mes de diciembre de 1619 años Ante mí, Hernando de Vallejo, Escribano de Cámara de el Rey nuestro señor.

Hernando de Vallejo

## FE DE ERRATAS

**P**AGINA, 9, lín, 9: «inmortalidad»; lee «mortalidad».

Pág. 12 vuelta, lin. 14: «tiemos»; lee «tiempos».

Con estas erratas corresponde con su original. Dada en Madrid, a 28 de noviembre de 1619.

Licenciado Murcia de la Llana

DON FERNANDO  
BERMÚDEZ Y CARVAJAL  
EN ALABANZA DE EL AUTOR

*Décima*

CON este parto dichoso  
hoy a los demás iguales,  
de tu ingenio, ilustre Salas,  
útil siempre, y deleitoso.  
Prudente cuanto ambicioso  
te muestras hoy igualmente,  
y así nacen de una fuente,  
con industria y atención,  
la política ambición,  
la moralidad prudente.

## A ESTOS REINOS, JUNTOS EN CORTES

**H**ABIENDO yo determinado formar la idea de un *Caballero Perfecto* para proponer en ella un ejemplo imitable, si no en todo, en la mayor parte, a la noble juventud de estos Reinos, quise, pues estaba a mi elección, hacelle descendiente de cuatro familias de las más ilustres de ellos, para que persuadiese con mayor fuerza con la semejanza. Y como este intento mira al bien común de la patria, y todas las materias que Vuesa Señoría trata no tienen otro fin, me pareció por esta razón que debía consagrársele, y por ella misma esperar su patrocinio en esta y en otras ocasiones mayores. Guarde Nuestro Señor a Vuesa Señoría. En Madrid, a cuatro de noviembre de 1619.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo

## El Caballero Perfecto pasa de España a Italia. Visita los lugares sagrados de Roma con devoción, y después, llevado de la curiosidad a Nápoles, se queda en el servicio de su rey

**E**SPAÑA, nobilísima<sup>1</sup> parte de la Europa, tan pía en el culto de la verdadera religión cuanto felicísima en triunfos (que el Cielo estiende su imperio por toda la tierra porque los pechos de sus naturales llevan en su alabanza su gloria, y así, los elige para pregoneros de su verdad y verdugos de los que con sacrílego atrevimiento la persiguen), entre otras provincias posee una, por su antigüedad, venerable, a quien hoy llaman Castilla la Vieja, donde se dieron los primeros pasos de su restauración cuando sacudió el yugo tirano, bañada en sangre nobilísima de mártires que la hacen fértil de frutos para el Cielo y rica de varones eminentes en la espada y en la pluma; tan iguales todos, que los que escribieron parece que cortaron sus plumas con el acero de los que pelearon, y los que pelearon, que vuelan con las plumas de los que escribieron: ocasión grande para engendrar vanagloria, si no se templara en la severidad de su prudencia y reconociera como de verdadero Autor estos efectos de la primer causa.

Goza en esta parte ilustre asiento Valladolid, ciudad festejada de sus reyes y elegida muchas veces para asiento de su corte, a quien Pisuerga llega a besar los muros copioso de aguas, y cuanto más rico más vecino al fin de su vida, que a pocos pasos pierde en los brazos del Duero, a quien entrega los aumentos de su fortuna y esperanza: un desengaño más de la ambición de los hombres y verdadero ejemplo de la facilidad con que se desvanecen las humanas pompas, que solo sirven, cuando están en su cumbre, de irritar al invidioso vulgo al desprecio, para el día que llega el cuarto de la menguante.

Nació en esta insigne población un caballero más prudente que afortunado, y tal que igualó con sus costumbres a su sangre, con ser las fuentes de donde le venía Pimentel, Córdoba, Cueva y Mendoza. Debió mucho de su bondad a la vigilante educación de sus padres, don Diego Pimentel y Córdoba y doña Luisa de la Cueva y Mendoza, que por ser en su casa el segundo le establecieron el mayorazgo en la virtuosa crianza más firme que en la fortuna, sujeta a la destemplanza de tantos accidentes que la enojan y descomponen. Creció don Alonso (que así se llamó el asunto de nuestra historia) apriesa en la disposición corporal, en la perfección de el ánimo haciéndose amable a los ojos con las partes exteriores y con el trato a los corazones, encendiéndose muchos en los deseos de imitalle.

Poseía de veinte y cinco años todas las artes necesarias al ornamento de un hombre ilustre: de la filosofía natural y moral, lo más provechoso y menos impertinente (que muchas cosas dijeron sobradas) a aquellos ídolos de la sabiduría antigua; de lo político, la par-

1.- Orig.: 'NOBLIS-|sima', por única vez en el texto (1r).

te que se abraza con la religión y hace un hombre advertido contra las cautelas de arte tan ciega y peligrosa, enemiga de el bien común de los hombres y ofensora de la naturaleza; de la historia vio cuanto de divino y humano hasta su tiempo halló escrito, pareciéndole que ella es el mayor maestro para la vida de los hombres, y el teatro grande donde se representan las acciones de todos los pasados, sus premios y castigos, y en los unos y en los otros, qué debemos huir y qué imitar. Supo de las matemáticas lo necesario para la guerra y navegación, y de la oratoria y poética lo que halló en los libros y mucho más que le dio su natural, en esto eminente; de modo que con el natural aumentó más arte al arte, y con el arte despertó más bríos en el natural. Alcanzó en las armas destreza; en el danzar, gentileza y gracia. En el vestirse siguió el uso, y no afectó más novedades que las que otros inventaron, sin ser en el seguillas de los primeros ni de los últimos, por no hacerse singular en lo que tan poco importa. Andaba a caballo tan dueño de entrambas sillas, que, en su poder, los que en otro parecían caballos de poco precio cobraban valor y estimación.

Las demás partes no merecen pasarse en silencio: era cortés con iguales y inferiores, y, aunque no rico, tan liberal de lo que tenía, que nunca pareció pobre, ni solicitó ni buscó amistades, y en las muchas que se le ofrecieron fiel y constante, en sus correspondencias se conservó igual y inculpable. Fue en la disposición gentil, nervioso y alentado; el aspecto, con hermosura agradable, pero no tanta que se encubriese en ella el espíritu varonil.

Heredó a este tiempo de un hermano de su madre alguna buena parte de hacienda, que, aunque conforme a la calidad de su persona y condición liberalísima, no le hizo rico, fue menos pobre. Amábanle sus padres, no sólo como a hijo, sino como a virtuoso y digno de amor por sus propios méritos. Dábase a sus tiempos al ejercicio de la caza, en que era ágil y feliz, y no por esta razón tan entregado a él que se olvidase de la comunicación de los libros, autores de mejor doctrina.

Quiso salir un día de los más lucidos de la primavera a este entretenimiento y llevar un caballo que don Luis, su hermano mayor, estimaba en mucho. El criado por cuya cuenta estaba la caballeriza resistió el dárselo, y mucho más cuando le vino orden de que así lo cumpliera. Su madre, que le amaba tiernamente, solicitó que en esto se le complaciese; pero él, por no ponerla en ocasión de verla desobedecida de su hermano don Luis, que era violento en sus resoluciones, dispuso su jornada con más priesa y se fue antes, escusando que la fiesta no tuviese principios de disgusto. Llevábale no pequeño, por no haber conseguido lo que intentó aun en tan medida empresa, y compadecido, y no injuriado, de la condición de su hermano, importunaba al Cielo por su enmienda, que por otra parte en el mismo caballo que le había negado salió al propio ejercicio.

Gastó en el campo don Alonso dos días, en que estuvo muy entretenido, porque el sitio dio con su abundancia disposición a su destreza para que volviese a su casa, de aquella imagen de la guerra, rico de sus mejores despojos. Llegó a ella de noche y muy tarde, tanto que por no romper el silencio y quietud, como era tan modesto, no quiso entrar por la puerta principal de la casa, y, abriendo la falsa con una llave que traía consigo, volvió a cerrar, y, dejando el caballo en poder de un criado que le acompañaba, pasó de uno en otro patio, y, subiendo por la escalera de el cuarto donde vivían sus padres, halló la primera pieza descolgada, que le causó no pequeña novedad. Prosiguió sus pasos, y en la siguiente vio lo mismo, engendrando más recelo y cuidado en el ánimo. Llegó, pues, a la tercera, y, viéndola en la propia forma que a las otras, halló más causa de espanto, porque descubrió

en medio de ella un ataúd, y a los lados cuatro blandones de plata con hachas amarillas y unos religiosos de San Francisco y Santo Domingo que, vencidos de el cansancio, se habían entregado al sueño (imagen de la propia muerte, a quien acompañaban).

Dudó si se había entrado en alguna casa que no fuese la suya, y cogiendo un hacha de las que allí estaban en una mano, y en la otra su espada, recorrió los demás aposentos, que los halló, aunque con señas de que era la propia, solos, sin sus padres y criados. Creció en mayor confusión, y retrocediendo todos los pasos que tenía dados volvió el hacha a su lugar, donde vio en el mismo estado a los que dejó durmiendo. Sin esperanza de poder ser desengañado volvió a bajar los escalones, y de uno en otro patio llegó a la parte donde se quedaron su caballo y criado, que en el ínterin que él anduvo suspenso de estas admiraciones se habían recogido, y así, no los halló.

Quedó ya impaciente, y llamando a la puerta de los aposentos de el caballero, que estaban enfrente, le despertó y obligó a que abriese, y refiriéndole con brevedad todo el suceso, aún dudoso de si se engañaba, no halló en él más respuesta que lágrimas. Apretóle con mayor esfuerzo, y lo que consiguió de él fueron estas razones: que su hermano don Luis, que después de él había salido a caza, a diferente sitio, en el propio caballo que le había negado, corriéndole a pocos pasos después de haber pasado las puertas del lugar, dio una caída tan grande que le volvieron a casa sin habla, estando así algunas horas, hasta que, después restituyéndose (a lo que se presume) por los ruegos de algunas personas devotas y cristianas, por orden de los médicos había recibido los Sacramentos con mucha reverencia y demostración de católico caballero; porque luego desesperaron de su vida, aunque no por eso dejaron de hacerle cuantos remedios y beneficios había enseñado el arte para la reparación de semejantes daños. Concluyó con que aquel día había espirado a las dos de la tarde con gran dolor y sentimiento de sus padres, que se habían retirado luego a la casa de un caballero deudo de entrambos por huir de las paredes testigos de pérdida tan incapaz de enmienda, a quien siguieron los demás criados, quedándose él solo para tratar las cosas convenientes al entierro; que las tenía en el estado que él vio sin entenderlas.

Dióle juntamente el parabién y el pésame de lo que perdió y de lo que halló, porque con la muerte de su hermano quedó heredero de un rico y antiguo mayorazgo. Don Alonso, caballero poco ambicioso, y fiel en las obligaciones de la sangre, vertió lagrimas de sentimiento y juzgó consuelo indigno de su dolor el que aquel criado le proponía, a quien no reprehendió (aunque entendió ser justo que se hiciera), o ya por no parecer demasiado severo o ya por no defraudar aquel breve tiempo a la consideración de cosas más graves que el caso presente le ofrecía.

La luz de el sol llegó, y con ella se llenó la casa de visitas (que, sabiendo que había venido, acudieron a los ordinarios cumplimientos), hasta que, llevando el cuerpo a San Francisco, convento insigne en aquella ciudad, le dejaron depositado en una capilla, de donde después de pocos días fue trasladado a un lugar de sus padres. Aquella noche fue en una silla a visitarlos a la casa donde se habían retirado, cuya vista renovó sus lágrimas, y principalmente en su madre, que, echándose en sus brazos, fueron tantos los extremos de sentimiento que hizo, que se pudo temer le servían de la última cama, para espirar en ellos. Así estuvo largo tiempo aquella señora, hasta que la retiraron. El padre, reducido a más sosiego, fue dando oídos al consuelo, a quien don Alonso (de él no menos necesitado) dijo:

—Prudente y humilde padre y señor: admirado estoy de que los que hemos venido tan tarde al mundo, hallando en él tan usada la muerte, nos espantemos de ella, siendo ésta la primer cosa que no ha podido facilitar la costumbre, con ser tan acostumbrada: engaño de nuestro entendimiento, que no mira en ella más de aquel horror que los ojos de la carne le representan, sin medir con justa consideración que la muerte es paso para mejor vida para los que tenemos luz de fee. ¿Hubiera mayor infelicidad que condenarnos a vivir siempre en este siglo una vida llena de penas, constándonos que en el otro la gozan tantos bienaventurados eterna y gloriosa? Engañados viven los padres que desde el día de el nacimiento de sus hijos no se previenen para el de su muerte, considerándolos (por la calidad de nuestra naturaleza) como brincos, fáciles de quebrarse al primer golpe. ¿De qué nace nuestro olvido, si todas las cosas en que más nos recreamos son testigos de nuestra mortalidad? Hasta el acto de la generación, en que en el apetito busca y halla el mayor de los deleites, siendo por quien más de ella nos olvidamos es el que más nos la acuerda, porque naturaleza, por no morir toda junta como en sus partes, buscó este medio para su conservación. Y así, la mayor confesión que hace un hombre de ser mortal es cuando trata de engendrar hijo que le suceda. Tan poderosa es sobre nosotros, que suele hacer instrumentos de las mismas cosas de que usamos para medio de la vida, como en la comida se experimenta, que de tantos ha sido verdugo violento. Conforme a esta doctrina, la muerte de todos los que se quieren bien no se ha de llorar sino el modo, si acaso fue tan arrebatado que puso en duda su salvación. Esto (¡gracias al Cielo!) no ha sucedido en la ocasión presente, pues nuestro difunto, aunque en breve tiempo, negoció lo que pudiera en mucho, satisfaciendo en arrepentimiento la pena de sus culpas y gozando de aquel alto beneficio de los Sacramentos. Con que sobran nuestras lágrimas, porque con ellas injuriamos al Cielo, a quien, debiendo gracias, damos quejas.

Bien pudieran obligar estas razones a consuelo a quien estuviera menos apasionado que un padre en la muerte de un hijo primogénito; que antes fueron de tan poco efecto que, juntándose a la edad mucha tan vehemente dolor, le siguió los pasos en la muerte con brevedad prodigiosa. Y lo mismo hizo la madre, quedando con esto don Alonso, aunque rico de hacienda, desamparado de padres y hermanos, y en la disposición libre que pudiera entregarle desenfrenadamente a todos los vicios, si él no tuviera en su espíritu y entendimiento tantas armas interiores para defenderse. Pagó las deudas de su padre y hermano (que no eran pocas), y, recibiendo los criados del uno y el otro en su servicio, acomodó las criadas de su madre en el estado que ellas eligieron: ejemplo digno de imitación y alabanza.

Había deseado este caballero ver a Italia, por ser los naturales de esta provincia profesores de las buenas letras más que en otras. Advirtió que en ningún tiempo más bien que en el presente podía ejecutar su deseo, y así, aunque sus deudos solicitaban casarle muy apriesa con persona de muchas partes, y que, habiéndolo de hacer, ninguna le podía estar mejor, se escusó muy cortésmente, por no cautivar su libertad tan presto y poder con ella obedecer más bien en esta parte a su inclinación, que, imperiosa, le despertaba el ánimo a tan gallarda empresa. Prevínose para la jornada, y llevó cartas de el rey de Castilla, su señor, para don Alonso, rey de Aragón y Nápoles, que, detenido de la opulencia de aquella ciudad y reino, se olvidaba de volver a España; que son tan bellos que podían servirle de disculpa en el olvido que por su ocasión hacía de sus fidelísimos vasallos los aragoneses.

Recibió los últimos abrazos de sus deudos y amigos don Alonso, y de el Rey la licencia y cartas, con no pequeño sentimiento de todos los que perdían en su comunicación un maestro que les alumbrase en las ignorancias y un arrimo poderoso a sustentalles en sus mayores caídas. Partió de Segovia, donde estaba entonces la corte, acompañado de aquellos criados que quisieron seguille de su voluntad, y dejando a los demás, que se quedaban, sus raciones y salarios como si personalmente le sirvieran; porque decía que no era justo forzallo en jornada que él sólo hacía por su curiosidad a<sup>2</sup> que siguiesen los inconvenientes que, siendo tan larga, era cierto ofrecérsele; demás que a parte adonde él iba con tanto gusto no quería llevar nadie que fuese sin él, para quitársele a los demás, y en vez de servicio causar embarazo.

De Segovia pasó a Madrid, cuyos nobles, aunque pequeños, límites parece (por lo que hoy vemos en las ruinas de sus murallas) que aún entonces se prometían lo que agora poseen. Estuvo en él un día viendo lo más notable, y partió luego para la ciudad Augusta, nobilísima por sus campos, a quien bañan tres generosos ríos, y mucho más por el que, formado de la sangre de sus innumerables mártires, enriqueció sus calles entonces, y agora su memoria, con la gloria de tan ilustre y verdadera tradición. Aquí se detuvo ocho días, y fueron pocos para venerar las maravillas que el Cielo concedió a tan feliz tierra, para cuyos ciudadanos labró tantas coronas, dichosa hasta en las piedras que se regaron (como tengo dicho) con su sangre, y sobre todas felicísima la de aquel Pilar que sustentó en cuerpo y alma la Princesa de las Jerarquías.

Caminó a Barcelona, ciudad siempre fidelísima a su Príncipe y antiguo solar de la nobleza de España, cuyas ilustres familias compiten con las mejores de la Europa, aunque sean aquellas a quien la corona da el primer lugar. Aquí estuvo algunos días detenido esperando embarcación, y aun lo pudiera de el apacible trato de sus naturales, que con tanta cortesía saben regalar y entretener a los forasteros que lo merecen. Después de algunos días llegaron galeras en que pudo hacer su viaje, que fue con tanto sosiego y presteza que pareció que aun las tempestuosas ondas de el mar respetaban su virtud y perfección.

Desembarcó en Génova, por ser las<sup>3</sup> galeras en que iba de aquella Señoría, que fue en aquellos tiempos poderosísima en la mar y respetada de los mayores monarcas. Mas ¿qué no deslustran, qué no desvanecen los siglos, inconstantes y desleales? Pasó a Roma, siempre cabeza de el mundo y puerta de el Cielo desde que el Príncipe de los Apóstoles puso en ella la silla Pontifical. Veneró con lágrimas y adoró con afectos tiernos de el ánimo aquel tesoro inmenso de reliquias, y después de haber cumplido con la obligación de cristiano y católico caballero dio a la curiosidad la parte que le tocaba en la consideración de sus antigüedades, tan prodigiosas y admirables que de ellas se dejaba vencer el entendimiento, por que a esta ciudad, siempre enseñada a conseguir ilustres vitorias, no le faltase tan generoso triunfo. Besó el pie a Su Santidad y con su bendición partió a Nápoles, donde antes que él había llegado el nombre de sus singulares virtudes, y por ellas se le daban todos de *el caballero perfecto*.

El rey don Alonso de Aragón, más venerado en las plumas de los sabios por premiadador de merecimientos que por haber conquistado el opulento reino de Nápoles, des-

2.- Suplo 'a' (11v).

3.- Suplo 'las' (12v).

eaba velle, tanto que cuando llegó a sus pies le levantó de ellos con regalados abrazos y favores, y se juzgo por agraviado (leyendo las cartas de el rey de Castilla) de que hubiese traído para él más recomendación que su propia persona. Entendió de sus intentos que deseaba ver toda la Europa, y principalmente a Italia, de quien había gozado lo más notable; pero detúvole por entonces en su servicio con persuasiones y ruegos, y ocupole en los oficios de su Caballerizo y Cazador Mayor, por ser él a entrambas cosas muy inclinado y en ellas eminente.

## El rey don Alonso prueba en diferentes ocasiones al Caballero Perfecto, y obligado con la experiencia de sus virtudes, le juzga por digno de mayores alabanzas

**P**UDIERA la ocupación de tan ilustres cargos tener contento a don Alonso en Nápoles, si no fuera mayor en él la curiosidad que la ambición. Hallábase violento, y mucho más sirviendo con ejercicio en Palacio y no de su rey (aunque aquél lo era tan grande); porque él quisiera, ya que servía, que fuera a su propio príncipe y en la guerra, porque siempre aborreció los palacios, como seminarios de la invidia y adulación: medios forzosos para los aumentos que en ellos se consiguen. Hallábase el Rey con él gustoso cuanto don Alonso forzado, y deseaba comunicalle lo más escondido de su pecho para aconsejarse con su entendimiento, que le había experimentado admirable. Pero conociendo, como prudente, cuántos engaños admite la voz común, y que pudiera haber sucedido lo mismo en la fama acreditada de este caballero, quiso antes hacer algunas experiencias de su virtud, y fue la primera en este modo:

Corría voz por toda Italia entonces, y mucho más asentada en Nápoles, que el rey don Enrique de Castilla estaba escondido en aquella Corte, y que había venido a verse con el rey de Aragón para tratar de cierta empresa a entrambas coronas importantísima; y era el caso que el Rey, para tener suspensos los demás príncipes de Italia, había enviado por don Bernardo Centellas, un caballero valenciano que en rostro, talle, acciones y metal de voz era tan verdadera imagen de Enrique que los que tardaban más en tener a Bernardo por Enrique eran los que a Enrique conocían menos: singular obra de naturaleza, que estableció su mayor hermosura en la variedad, tan amiga de hacer diferencias, que en conformar estos sujetos diferenció de su costumbre.

Había venido, pues, don Bernardo de secreto y estaba retirado en el mismo cuarto de el Rey, que con mayor arte, para que aquello se publicase, tratándole con igual cortesía, le habló delante de dos personas de su Cámara a quien tenía por divulgadoras de cualquier novedad y por confidentes poco para guardar silencio en lo que importase. Demás de esto, le hacía pasear por los jardines de Palacio a deshoras, como quien recelaba el no querer ser visto. De aquí, pues, se levantó la opinión que atrás queda referida, con que toda Italia se puso en arma y lo demás de la Europa en cuidado.

Quiso el Rey experimentar en esta ocasión las partes de don Alonso, y llamándole un día desde un corredor que caía sobre los jardines de Palacio, le enseñó al rey simulado Enrique: engaño de que él se dejó llevar por ser imposible hacer la distinción, si no es el propio Autor de entrambas estampas. Mostró don Alonso deseo de besar a su rey la mano y verle desde más cerca; pero el de Aragón le retiró de allí asegurándole que por entonces

convenía aquello y prometiéndole que con brevedad le cumpliría aquel deseo. Con esto le despidió por entonces, y volviéndole a llamar aquella noche, solo y retirado le dijo:

—Grande ofensa se hace a los hombres nobles cuando se les advierte aquello que por su propia naturaleza saben; pero parece que el ánimo deseoso no sosiega hasta explicar su conceto como le conoce y entiende. La buena correspondencia es deuda forzosa entre todos los hombres de unos a otros, y de los ínfimos a los mayores con más apretada obligación, porque sin ella se perdería el orden de las repúblicas y apenas quedarían rastros de la memoria del buen gobierno. De lo que estás obligado a mi voluntad y debes corresponderme. No quiero más juez que a la tuya, y más siendo de tal calidad lo que yo quiero pedirte que, teniendo tú tanta en la sangre, en sí mismo lleva la recomendación. Un secreto vengo a entregarte para que me le guardes y defiendas, y tanto, que aun de tu mismo rey le celes. Si te hallas con fuerzas para cumplir lo que te ruego obligarás mi ánimo a que te entregue la prenda de más alta estimación, y si no, con desengañarme quedaré advertido de la poca dicha que en ti hallaron mis deseos y buscaré otro medio, si no para mí tan gustoso, más conveniente.

Hasta aquí el Rey. A quien don Alonso, humilde y severo, satisfizo en este modo. Que la representación de las obligaciones que [él tenía a su]<sup>4</sup> Real persona había sobrado en un ánimo tan lleno (como el suyo) de reconocimiento y gratitud. Que el secreto le entregase le guardaría de su propio rey, como no fuese en ofensa de su persona y reinos; porque a él le tenía obligación de vasallo, y a ellos de natural, que eran mayores que las de criado. Que de que esto sería así desde luego le hacía pleito homenaje y le entregaría todas las prendas de fidelidad que para su satisfacción juzgase convenirle.

Con esto el Rey (fingiéndolo) le comunicó cierta materia de voluntad con una señora de partes tales que obligaban a silencio y respecto, y le encargó mucho que le escribiese para ella un papel con ciertas calidades, porque, como hombre de menos años, se hallaría en este estilo y lenguaje más fácil, ordenándole que por la mañana, otro día siguiente, viniese a la hora que él señaló y entrase por una puerta, de que le dio llave. Asentado esto en esta forma, se fue don Alonso ofendido de su fortuna, porque le había puesto en ocasión de ser ministro de liviandades y flaquezas de un rey a quien los años obligaban a proponer en sus acciones, a los súbditos, mejores ejemplos; y halló ser conveniente obedecelle, hasta que el tiempo descubriese las ocasiones más fáciles para retiralle de aquella empresa, porque entonces sería violencia y aun falta de respecto desagradalle, y quizá ponelle en ocasión de que se fiase de personas (si le faltase la suya) en cuyas lenguas anduviese a peligro la reputación Real y la de aquella señora ilustre.

Escribió el papel aquella noche, breve y ingenioso, y el día siguiente entró con la llave por la puerta que se le señaló, obedeciendo, también como en esto, en venir puntual en la hora. Llevaba, pues, en una mano la llave y en otra el papel, como quien venía sin sospecha de que en aquello pudiese haber peligro (juzgando que aquel cuarto estaría solo y sin más persona que aquella por cuyo servicio venía), cuando al llegar a la penúltima pieza le salió al camino el rey fingido de Castilla, pero por el engaño de la similitud para sus ojos tan verdadero que, hincando la rodilla, le pidió la mano, que el retiró con desdén, mostrando pesar de que le hubiese visto; pero, al fin, severo le preguntó, sin mirarle al rostro:

4.- Suplo lo que parece se extravió en el salto de pág. 16v-17r del orig.

—¿Qué papel es éste?

Respondió:

—Negocio es del servicio de el rey de Aragón.

—Veamos —replicó el Rey.

Y él dijo:

—Señor: tengo orden, de Su Majestad, contraria.

Prosiguió el Rey:

—¿No sois mi vasallo?

—Sí, señor —dijo—; pero advierta Vuestra Majestad que esto no es en deservicio de su persona, y lo sería de el rey a quien sirvo como criado. En que está empeñada también la reputación de Vuestra Majestad, pues por el abono que le hizo de mis acciones se inclinó a traerme tan cerca de sí.

Dio el Rey muestra de querer quitársele con violencia, y al tiempo que fue a echarle mano sacó pies don Alonso, y guardando el papel en el pecho, desnudó su espada, y puesto con ella a los pies de el simulado Enrique, rindió estas razones:

—Señor: a tal estado ha llegado mi infelicidad que serviré a Vuestra Majestad, más que vivo, muerto, porque entonces podrá entregarse con sus manos en lo que no pueden, aunque lo desean, rendille las mías. ¡Dichoso yo, si con una muerte cumplo con obligación tan mal prevenida cuanto de mí no esperada! No es medio tan violento éste, si con él compro buen nombre para mi posteridad.

—¡Por vida mía que me hagáis este gusto! —interrumpiéndole su razonamiento, dijo el Rey, cuando el caballero, lleno de congoja, se puso en pie y habló así:

—¡Vasallo tan infeliz que le es forzoso no cumplir el juramento de la vida de su rey, sea el propio verdugo de sí mismo!

Y poniendo el cuerpo sobre la punta de su espada iba a embarcarse en la muerte con tan honrado coraje que, haciendo en aquella acción hermoso el desprecio de la vida, concluyera con ella si don Bernardo de Centellas (rey, aunque fabuloso, reverenciando por verdadero) no le detuviera en sus brazos y, apacible y risueño, le templara con estas razones:

—Suspended la ejecución a que os lleva vuestro invencible espíritu, don Alonso, advirtiéndome que en mi ánimo habéis dado con ella mayores realces a vuestro crédito, y no es justo que el deseo curioso de un rey sea cuchillo de un caballero tan leal. ¡Viva en vos la gloria de la patria! Que, ya que por mí y por ella hayáis de perderos, quiero reservaros para otra<sup>5</sup> ocasión en que los hados, dándoos fin admirable, se disculpen de lo que quitaren a vuestra vida con lo que aumentaren a vuestra fama. Aseguraos de que esta desobediencia ha sido para mí gratisimo servicio, y que, si volvéis a España, ni vos quedaréis descontento ni yo culpado. Lo que os encargo mucho es el silencio de esto que entre nosotros ha pasado, porque no quiero que el rey de Aragón entienda que le salteo la fidelidad de sus criados cuando él con tanto gusto me abriga en sus paredes.

Con esto volvió las espaldas el fingido rey de Castilla, y apenas hubo desocupado la pieza y envainado don Alonso su espada cuando entró el de Aragón, que, atento y admirado, desde parte retirada había sido testigo de todo lo que entre los dos pasó, de que

5.— Orig.: 'otr' (19v).

ni aun en el rostro trujo señales, antes, mostrándose desentendido, le pidió el papel, que, pasándole por los ojos, hizo con ellos señal de agradarse, y mayor cuando, después de haberle leído, le guardó en el pecho con estas palabras:

—Habéis dicho lo que yo (aunque lo padezco) decir no supiera: o sois el espíritu que me anima o yo he hablado con vos más claro que conmigo propio. Para mayor negocio os prevengo; que quien tantas veras pone en las burlas será todo bueno para las veras.

Dijo el Rey, que sin esperarle su respuesta le dejó ocasionado con las últimas palabras a una imaginación inquieta y turbada que por varios sucesos discurría, refiriendo entre sí muchas veces: «Para mayor negocio os prevengo; que quien tantas veras pone en las burlas será todo bueno para las veras».

Por otra parte el caso que le pasó con el rey fingido Enrique y lo con él platicado le tenía cuidadoso, pesándole de no haber podido agradar en todo a su príncipe, y, suspirando por la libertad, reconocía de nuevo cuán peligrosos pasos son los que se dan en los palacios de los grandes reyes y cuán arriscado está a las tempestades el que de más cerca los consulta. Obedecellos en sus violentos apetitos (las más veces dañoso para la conciencia y reputación) aun tampoco para con ellos mismos es seguro, porque si después se desengañan de aquello mismo en que por su voluntad se enlazaron, quieren hacer principio de su culpa a los que forzados se entraron en ella a servirles de medio para la consecución, con cuyo fin violento satisfacen al pueblo, que vengativo se deleita en la sangre de aquellos que conoció en superior fortuna, y con el modo mismo en la exaltación de los humildes; no porque los unos sean más virtuosos que los otros, sino por ver si por aquel modo puede satisfacer a su apetito, siempre inclinado a las novedades.

Así anduvo dos días, turbado de estas imaginaciones y tan descontento con su mismo interior que el corazón le sobraba en el pecho, exhalaban fuego los ojos y la boca alentaba suspiros. Todo le desplazaba, como quien se hallaba violento en ajena esfera, retirado del ocio blando de sus libros y embarcado en las tempestades impetuosas de Palacio, cuando por un soldado de la guarda le envió a llamar el Rey, que con demostración de sumo gusto le recibió en sus jardines, haciéndosele tan familiar y apacible que más parecía amigo y compañero que rey y señor. Quedáronse solos en aquella amena soledad, y mandole cubrir y sentar a su lado. Discurrió con él varias materias de armas, y letras, en que le halló tan universal y copioso que no pudo hacer juicio con resolución a quién se debía más el talento de aquel caballero: al gobierno de la república o al de los ejércitos.

Así razonaban cuando el ruido de una fuente que empezó a correr los llevó los oídos, y con ellos los ojos: muchas veces un sentido, usurpado de causa grande, arrebató a los demás. Vieron, pues, una dama de gentil y admirable disposición sentada junto al corriente de el agua y autora, al parecer, de su libertad, porque tenía en la mano una llave con que parecía haberla abierto el camino. Se mostraba risueña jugando con las flores. Estaba allí por orden de el Rey, que con ella quiso poner redes a la gallarda juventud de don Alonso, que la miró con mayor atención y cuidado que solía en ocasiones semejantes, porque, retirado de su modestia, pocas veces detenía los ojos en puestos tan peligrosos donde se aventura el albedrío, y en él, como tan poderoso, toda el alma, que le sigue con las demás potencias. Reconocióse más vencido de lo que quisiera, y acostumbrado a ser vencedor, sintió más el daño.

El Rey, no poco ufano de haber visto en las señales exteriores (testigos de el rendimiento interior de don Alonso) cuánto se había dejado entregar a aquel escuadrón sordo de ojos, cabellos y demás perfecciones (sordo, digo, porque sin el ruido de los instrumentos marciales rinde los espíritus, adquiriendo tan nobilísima vitoria, y las más veces con poca estimación de quien la alcanza), por encendelle más le dijo:

—Esta doncella que veis, burladora de las flores y fuentes de este jardín, es, por la sangre, Moncada, y por las costumbres, digna de tal sangre, y juntamente heredera de tan ricos estados que pueden ser premio de ellas y conservar su autoridad. Muchos príncipes poderosos de España y Italia me la piden, siendo entre ellos la competencia tan esforzada, que hallo por más segura razón de estado negársela a todos por escusar inquietudes y disensiones, Es mi sobrina, y la parte que por su sangre me toca tan ilustre, que ha dado muchas veces supremo príncipe a la silla del Imperio. Y os aseguro, amigo, que si no me viera en las últimas líneas de la vida y tan rico y feliz con tan virtuosos sucesores (cuya madre aún vive), que, reforzando el deudo, había de ser su esposo el que es su tío. Mas, ya que el Cielo ha dispuesto las cosas conforme a su voluntad para mayor conveniencia nuestra, porque Él, como Padre universal, encamina nuestras obras a la más cierta seguridad, yo me despojo de este deseo, y en el ánimo, hasta aquí rendido, canto alabanzas a mi vitoria. Ésta es aquella para quien yo solicitaba vuestros papeles, que aun sin enviarle el primero que me distes (veisle aquí, rompido), desengañado de mi propia razón, conozco haber sido culpa poco disculpable, porque aunque de amor los yerros son dorados, en mis años no; que se deben a diferentes ocupaciones.

Escuchaba don Alonso al Rey, ya tan encendido como aquel a quien le habían cogido todas las puertas, porque por una parte ella le entretenía y cautivaba los ojos, y por otra el Rey los oídos, y ya, no sabiendo sagrado a donde retirarse, se contentaba con su fortuna y, siguiendo la de tan ilustre vencedor, quería rendirse él propio de su voluntad y recibir leyes, que ningunas juzgara difíciles Y así, aunque tan modesto y templado en sus razones, dijo entonces algunas muy fuera de su lugar y tiempo, respondiendo muchas veces sin ser preguntado, y otras no a propósito. Levantose de el asiento donde estaba, y luego dentro de poco tiempo, habiéndose puesto el Rey en pie, volvió a sentarse. Estuvo divertido, inquieto y turbado, y mucho más cuando ella artificiosa, volviendo los ojos con descuido cuidadoso, fingiendo alterarse de que la hubiesen visto, haciendo al Rey una reverencia mudó de asiento, porque entonces, ya con el dolor de tan grande pérdida, apenas ni los pies dieron paso ni los labios razones.

El Rey, que tenía entre manos la ocasión, no quiso que con él fuese fugitiva, y así, aprovechándola le preguntó:

—Como a vuestro amigo, me decid con toda llaneza y verdad qué os ha parecido mi sobrina.

Respondió:

—Señor: los mayores atrevimientos de la elocuencia son pequeños para significar sus alabanzas. Cuando la vi (tan fuera de mi esperanza) me acometieron unos impulsos idólatras, creyendo era ninfa de aquella misma fuente, y más cuando miré (o así me lo pareció) que las flores de este jardín, bañadas en el cristal de sus manos, crecían Disculpada está la majestad de cualquier príncipe, aunque en edad anciana se le haya rendido, porque la culpa estuviera más cierta en no haberlo hecho.

—Vuestra será —replico el Rey—, si apacible, y no obstinado, me dijéredes qué os pasó la otra mañana con el rey de Castilla cuando me traíades el papel; que ya sé que le hablastes. Y esto no es justo que me lo neguéis, porque mis propios ojos fueron testigos.

Turbado entonces don Alonso, y en algún modo colérico, acudió con estas razones:

—Corrido estoy de que para rendir mi ánimo leal se haya valido Vuestra Majestad de tan violentas estratagemas. La ocasión es fuerte, y tanto, que nunca he visto en mayor peligro la fee de mi corazón honrado. Este palacio, para mí lleno de encantos, me ha de quitar el juicio, y con él la vida; y será feliz estado no perder más que estas dos prendas y escapar de tantas llamas en mi honor, incorruptible la más preciosa. Nunca dudé que los poderosos príncipes sabían dar veneno en el manjar o en la bebida, por la boca; mas, por los ojos, y tan vehemente como el del amor, sólo a mí (sin ejemplo de los pasados) para serlo de los futuros se ha dado. Mas, ya volviendo a recobrar mi razón perdida, confieso que debo a esta adversidad la honrada muerte que espero, resistiendo entre los halagos de un amor tierno las violencias de un príncipe más obediente a su voluntad que a su razón.

Enmudeció con esto, y haciendo una reverencia muy baja volvió las espaldas. Dejó el caso al Rey lleno de admiración venerable, y reconoció por aquellas dos experiencias ser justificado el título que el mundo daba a don Alonso de *el caballero perfecto*, pues igualmente con diferentes príncipes había sabido mostrarse fiel criado y leal vasallo.

Despachó luego con esto a don Bernardo Centellas para España, porque ya los demás príncipes de Italia se empezaban a desengañar, por el aviso de los embajadores, de que el rey de<sup>6</sup> Castilla no había salido de su casa, y el intento por cuya causa se movió la estratagema se había logrado. Quedó el mundo lleno de confusión, porque el duque de Milán afirmaba que él había comido con los dos reyes en Nápoles el día de Santiago, y el Nuncio de Su Santidad, que entonces venía de vuelta de España, juraba que él le había visto al rey Enrique el propio día asistir en Toledo, en la Iglesia Mayor, a la consagración de un nuevo obispo electo para la de Ávila, y otro después en la plaza de Zocodover en una fiesta pública de toros y cañas. Esta dudosa opinión corría entre muchos, y cada uno seguía la que tenía por cierta, unos engañados y otros seguros en la verdad; y fue tan constante la porfía, que dos españoles en Roma salieron sobre el caso desafiados, y entrambos volvieron malheridos y ninguno desengañado.

Nadie consiguió esta felicidad como don Alonso, a quien el Rey, persuadido de las experiencias pasadas, rebeló el secreto y las causas y razones que (consultadas con el rey Enrique y teniendo primero su voluntad) a ello le habían movido. Juntamente con esto le mandó que se dispusiese para ir a Francia con una embajada particular de gravísima importancia, que era componer ciertas diferencias entre aquel rey y la república de Génova, porque corría peligro de encenderse en fuego toda la Europa si tomaban las armas ellos y sus confederados. Dióle licencia de que sirviese a doña Inés de Moncada su sobrina, y palabra segura de que, en cuanto a su parte tocase, dispondría las bodas, estorbando todo aquello que a esto podía hacer contradicción, y juntamente le libró una grande ayuda de costa (grande respeto de la suficiencia de aquellos tiempos) para el gasto y lucimiento de la jornada; y mandándole prevenir apriesa, le despidió.

6.— Orig.: 'de de' (26v).

Reconoció entonces don Alonso el sentido de las palabras Reales, y vio no haber sido vano el decirle «Para mayor negocio os prevengo; que quien tantas veras pone en las bur-las será todo bueno para las veras». Tan singulares favores no desvanecieron el ánimo de este caballero, porque, como no los pretendía ambicioso, los despreciaba prudente, atribuyendo todos los aciertos al Cielo y poniendo su seguridad en agradalle. Lo que le dejó muy alentado fue la promesa que le hizo de darle por esposa a la bellísima doña Inés de Moncada, a quien tenía ya, sino mayor voluntad, más justificada, por haber entendido de el aplauso común de los nobles y plebeyos que esta señora era la más virtuosa y entendida de aquel siglo, y aun se afirmaba que las resoluciones más acertadas de su tío en materias muy graves nacían de su pecho y consejo.

## Parte don Alonso para Francia, y en París tiene audiencia del Rey, cuyas diferencias compone, y antes de salir de su corte ampara en el último peligro a un honrado caballero

**D**ISPONÍA don Alonso su jornada, y juntamente pretendía que doña Inés entendiese su voluntad tratando a un tiempo de amor y de ausencia: dos enemigos tan contrarios<sup>7</sup> que jamás se compusieron. Servíale el Rey de tercero, y mucho más su buena opinión, que hizo fuerza en el entendimiento de aquella señora; que constándole juntamente de su calidad y nobilísimos deudos no desdeñó la plática, antes parece que la dio mejores oídos que a las demás que en este caso se le habían propuesto, y mostró deseos de obedecer al Rey, de quien hasta entonces no había dejado persuadirse. Tenían dos potentados, de los mayores de Italia, sus agentes en aquella corte para que tratasen para sí aquel negocio, que con brevedad fueron despedidos y no bien despachados, tanto que, viendo que se detenían en irse, les mandaron salir de la ciudad, por escusar con esto que no hiciesen algunas diligencias secretas con las criadas de doña Inés en daño de la pretensión de don Alonso, procurando en su ausencia desacreditarle con algunas nuevas falsas, como suele<sup>8</sup> suceder en tales ocasiones.

Partió él, con esto, ufano y favorecido, tan galán y alentado que acabó de rendir aquel día lo que le faltaba en el pecho de su dama, siguiéndole mucho cortejo de caballeros y criados lucidos en esta ocasión. El Rey, por favorecerle, le acompañó hasta la puerta de la ciudad, y a su imitación y con su orden, toda la nobleza de príncipes y grandes señores aragoneses y napolitanos que en aquella corte residían salieron con él seis millas, y le acompañaron hasta París si su modestia y cortesía lo sufriera; que, en vez de hallar en aquello gozo, iba embarazado y impedido, por ver que aquel honor se daba a la lisonja de la privanza y no a los méritos de la persona, con ser de él y de otros mayores capaz.

Caminó, pues, hasta París seguido de los suyos, y abreviando las jornadas (que para la materia que llevaba que tratar convenía que no hubiese tardanza), fue muy bien recibido y aposentado, y dos días después de la venida le dio el Rey audiencia. Confirieron el negocio, y aunque no se tomó en él asiento, porque el Rey se daba por ofendido de aquella Señoría y deseaba satisfacerse de algunos agravios que él decía habersele hecho, quedó en buena disposición. Visitó después a todos los Consejeros de Estado y Guerra, a quien con tanta fuerza de razones supo persuadir, representando los inconvenientes que de aquella guerra en aquella ocasión se le habían de seguir a la Corona de Francia, que los redujo a todos a su opinión, y en la de ellos venció la de el Rey, que se obligó de tantos y tan confidentes pareceres.

7.- Orig.: 'con-|contrarios' (28v).

8.- Orig.: 'suelen' (29r).

Asentose, pues, la paz, y con tales condiciones que estuvieron bien a todos, y por celebralla, y hacer juntamente fiesta a un embajador de tan generoso príncipe como era el rey de Aragón y Nápoles, se publicó un torneo a que acudió toda la nobleza de aquel grande y floridísimo reino. El día de su celebración, por honrar más a don Alonso, el Rey le dio ventana y asiento en Palacio al lado de la suya, y después de él acomodaron a todos los caballeros y criados que le acompañaban. La fiesta fue lucida, y una de las mayores que en Francia se habían visto de aquel género, porque todos los que a ella concurrieron anduvieron diestros y felices, si no tuviera un fin lleno de dolor y lástima: desengaño de la miseria humana, cuyos gozos fugitivos se terminan las más veces en tragedias violentas y miserables.

Fue el caso que al tiempo que la noche empezó a divertir los rayos de el sol, cuando todos trataban de recogerse a sus posadas, un caballero francés dio de puñaladas a las puertas de Palacio a un mosiur barón y señor de muchas villas y castillos, y luego se recogió a la casa de don Alonso, que era sagrado y asilo en aquella corte, por ser embajador de un rey tan poderoso. La justicia y el pueblo, que le seguía desenfrenado, entraron con violenta mano y le sacaron con facilidad, por no haber quien se le defendiese, por estar todos los de la familia en las fiestas.

Cuando entró don Alonso en su casa y supo lo que en ella había sucedido, volviéndose luego a Palacio y entrándose al Rey, indignado de justísima cólera dijo que Su Majestad mandase que se le restituyese aquel caballero, porque de no hacerlo así<sup>9</sup> creería que aquel caso, con haber sido tan violento, le había sido consultado, y pondría en su persona la queja que de sus ministros tenía. Que castigase con severidad a los que osaron violar el fuero y respeto debido a su casa, pues lo debía así a la buena estimación que de sus embajadores se hacía en Aragón y Nápoles, o daría causa a que el que había venido a ser medio de paz encendiese el mundo en mayores guerras; que en aquello peleaba por la autoridad de su príncipe, tan venerado y temido en toda la Europa, así por la grandeza de Estados como por la de su ánimo y persona. Que convenía que no lo dilatase; por que él, sin apartarse de su lado, o había de llevar el preso o salirse luego de su corte y reinos quejoso, porque aquella fiesta, si se había hecho a su devoción, con aquel fin más le dejaba despreciado que entretenido.

Parecióle al Rey justificadas las razones, y aunque quisiera que delito semejante no pasara sin ser castigado ejemplarmente, como prudente y sabio mandó que el delincuente se le volviese: diligencia que le importó la vida al miserable reo, a quien los jueces de el Crimen de aquella Corte trataban de darle un garrote secreto por escusarse así de restituille. Al fin, don Alonso le llevó a su posada, triunfando por su valor de los que atrevidamente se le opusieron, a quien el Rey mandó prender y castigar, porque le rompieron privilegios tan debidos.

Deseaba don Alonso saber la causa que puso bríos en aquel caballero para semejante atrevimiento, y él, para movelle más el ánimo a piedad, dijo:

—Valeroso y nobilísimo español: yo soy un caballero que en este reino nací pobre, aunque ilustre en sangre, señor sólo de un castillo. fuerte y honrado, que teniendo las armas de mis mayores hace abrigo a las casas de una pequeña aldea habitadas de vasallos míos, que los más tratan de beneficiar los campos, y con lo que les rinden agradecidos (que en aquéllos no es muy grande el agradecimiento, por ser tierra estéril) tratan de sustentar

9.- Orig.: 'a assi' (31v).

mi persona y las suyas. Confina este lugar con otro de este mosiur que hoy a mis manos ha muerto: hombre en aquella tierra muy poderoso, por la jurisdicción y dominio que tenía en muchos castillos fuertes y villas bien pobladas. Éste, que se había criado en la libertad de todos los vicios (porque sus padres murieron con arrebatado fin, el padre en la guerra y la madre de el sobresalto, con que no tuvo más ayo que a su inclinación perversa, esforzada, para ser peor, de los consejos de algunos hombres facinorosos y crueles, en cuyos banquetes y festines gastaba su hacienda y a cuyas temeridades daba sombra, haciéndolos más osados en el mal), no contento con haber violado la honestidad de muchas mujeres, vírgenes y casadas, de todas calidades, unas persuadidas por sus solícitos ministros, otras compradas por sus inmensos tesoros, y las que a todo se resistían, forzadas por la violencia de un tirano tan bárbaro, se enamoró, o (por no infamar al amor, que es ofendelle decir que en pechos tan brutos cabe) apeteció la hija de un vasallo mío, bellísima por la hermosura y por la edad, porque de sus años aún no había cumplido los diez y siete. Valiose de todas las armas para vencella, de que, como viejo en los vicios, era diestro; pero como ella, demás de una virtud natural que la ennoblecía, fuese hija de una madre santa y virtuosa que velaba en su defensa, jamás se le dieron oídos; antes, llegando a los del padre, que era, aunque pobre, noble y deudo mío, envió luego por dos hijos, gallardos mancebos que estaban en servicio de el Rey en la guerra, para que asistiesen a la guarda de su hermana mientras con toda prisa se trataba de dalla marido que, sucediéndolos en este cuidado, los rescatare de el a los demás. Vine yo, pues, en esta ocasión al pueblo, y, consultándoseme el negocio, me pareció que nada convenía tanto como ponella en estado, y que esto fuese luego. Amábala tiernamente a Madalena, que así se llamaba, un mancebo natural de el mismo pueblo, cuyo nombre era Dionís y sus partes muy buenas, porque, dado al estudio de los campos, era docto en aquel arte nobilísimo de la agricultura: el primero que supieron los hombres y el más necesario, y por esa causa el más ilustre. Concertáronse las bodas y yo traté de acomodalles en lo que pude, aunque no como debía ni deseaba. Pero el propio día que estaba señalado para celebrarse el desposorio, cuando yo me vestía de gala para asistir en él, entró Dionís en mi posada y, pidiéndome audiencia a solas y concediéndosela yo, me suplicó con apretados ruegos le diese licencia para salirse de aquel concierto. Estrañé yo mucho aquella novedad, por haber visto siempre aquel mancebo cudiciosísimo de la doncella, y, aunque en breve tiempo, di la imaginación a varios discursos. Todos vanos; porque, quiriendo yo saber las causas y fundamentos que para tan inopinada resolución tenía, me dijo temblando (aun receloso de las propias paredes que nos oían) que el mosiur le había enviado a decir con dos hombres autores de traiciones, y los de más arriscada conciencia de cuantos tenía a su lado, que no se casase con Madalena, porque de no hacerlo así le juraba que antes de verse en los brazos de ella había de morir en las manos de él; y que como conocía sus impetuosas resoluciones y que había osado y conseguido mayores atrevimientos, quería (con mi licencia) que aquella plática se dejase por algunos días, y en ellos se vería el medio que en esto se había de elegir para hacello con seguridad. Sentí yo entonces arderme en tanta cólera por aquel nuevo modo de injuria hallado contra Dios y los hombres, que en mucho tiempo no pude respondelle, y cuando pude no quise, hasta que templándome con la consideración le dije que me conformaba con su sentimiento, asegurándole que por mi cuenta quedaba el tratar de el remedio. Despedile con esto, y haciendo ensillar un caballo español (de los que en los campos de Córdoba be-

bieron en<sup>10</sup> las aguas de el Betis tantos bríos como belleza) me salí en él al campo y caminé hacia las floridas márgenes de un río que, hecho<sup>11</sup> arbitro por el Cielo en la tierra, dividía nuestras dos jurisdicciones. Vanaglorioso justamente, porque en lo alto de un monte, corona de sus corrientes (favor que ellas le pagaban en ser su cristalino espejo), se asentaba en un pequeño edificio una valiente fortaleza ocupada de soldados de la milicia de Cristo, un alcázar de serafines en la tierra, convento, al fin, de padres Capuchinos Descalzos, que siguiendo por capitán al que fue de Cristo alférez, hallaron aquel alto modo de hacerse ricos con la pobreza, y descubrieron la estimación en el desprecio, y en el vituperio la alabanza. A esta parte encaminé mis pasos, donde en llegando busqué a un religioso, docto en las letras y en las virtudes doctísimo, guía segura para el camino de la perfección, y tan regular en observar las constituciones de su orden que parecía que él era la regla viva. A éste, pues, di parte de este caso, y le pedí afectuosamente templase los ardores lascivos de aquel bárbaro incorregible y le pusiese en el camino de la razón, pues sabía que sólo veneraba su voz, y que por lo menos, si no todas las veces le obedecía, siempre le escuchaba (singular respeto, y que a otro ninguno concedía), y juntamente le encargué la brevedad, pues de el mismo caso se dejaba entender los riesgos que se seguirían de la dilación. Admirado quedó el santo religioso (aquel ángel, aunque vestido de nuestra grosera humanidad) de el asunto torpísimo de el mosiur, y me ofreció solicitar el remedio con él, y mucho más con Dios, para que, como oriente de mejor luz, le alumbrase el ánimo y le descubriese los errores de su perdición. Con esto, besándole la mano y el hábito (y aun los pies quisiera yo, si su humildad, más alta cuanto más humilde, lo permitiera), recibiendo su bendición me aparté de él lleno de consuelo y confiado de el buen suceso. Pasé con esta esperanza tres días, y al último recibí a la noche un papel en que me avisaba que aquel matrimonio se podía celebrar sin recelos de peligro, porque el mosiur, persuadido de sus razones (al parecer) estaba templado. Léísele a Dionís y a los padres de la doncella, que debajo de aquella seguridad trataron de que tuviese luego efeto, y yo fui el que en ello hice mayor instancia. Al fin las bodas se hicieron, con gusto universal de toda la comarca, que acudió a festejallas con regalos y presentes; y hasta el propio mosiur hizo lo mesmo, viniendo muy humano y cortés a la asistencia de ellas y dando a los desposados algunos dones de consideración. Con esto se despidió, y yo me quedé entre mis vasallos algunos días, procurando con llaneza y sinceridad regalar a los novios, porque ellos lo merecían, y ella, como tengo dicho, por la parte de su padre era mi deuda, aunque la pobreza la había puesto en fortuna que la igualó en matrimonio con un labrador, bien que tan virtuoso que excedía con sus dones naturales a la nobleza adquirida de muchos, que la entorpecen con bajos vicios. Llegáronle al mosiur las nuevas de esta humanidad que yo tenía con estos vasallos, y, engendrando celos, presumió que aquel exceso procedía de estar yo enamorado de Madalena, y como siempre traía a su lado gente sedienta de sangre, y que no pasaba la vida gustosa mientras no la quitaba a otros, le hicieron las sospechas evidencias, y, adelantándose más, le afirmaron que yo, con sabiduría y voluntad de su honrado esposo, gozaba las prendas de su honestidad y recato. Él, que por su naturaleza era tan activo para las maldades, entregándose sólo al crédito de aquel ciego error previno la cruel venganza. Ayer

10.- Suplo 'en' (35v).

11.- Orig.: 'echò' (35v).

domingo se cumplieron quince días que estaban comiendo conmigo en mi casa los infelices amantes, cuando aquel segundo Luzbel, tan soberbio y no más arrepentido, entró por ella acompañado de cuatro hombres armados con sus pistolas, y dejando cien mosqueteros en el lugar (que tenían tomadas las bocas de las calles para resguardo), manchó la mesa con la sangre del inocente Dionís, haciendo esta injuria a la virtud que en él vivía y a nuestro buen ejemplo. Y aun no bien lleno de la maldad (porque le sobraba ánimo para mayores vilezas), bañó mi rostro en la sangre de el muerto, dándome por injuria lo que yo con venerador recibiera, a no ser la actora mano tan infame; y robando luego a Madalena, aun más muerta del espanto que su difunto marido, me dejaron entre confusión y lágrimas. Ofendido y furioso, juré (¡oh Cielos, perdonadme tan sacrílega determinación!) de matarle en cualquiera parte que le hallase, aunque fuese a los pies de un altar y en presencia de aquel rey en cuya mano están las vidas temporal y eterna. Púsele espías de sus propios vasallos (porque todo lo corrompe el oro, y más en daño de un hombre aborrecido por sus insolencias), y supe que Madalena, aun antes de salir de los términos de mi jurisdicción, había espirado con el dolor grande de la muerte violenta de su amado y inculpable esposo, y que él, como irracional, sin recibir horror de tan prodigioso suceso (que en cualquier ánimo perdido que no fuera el suyo sacara fruto y despertara enmienda), teniendo noticia de el torneo solemne que para el presente día estaba determinado, se había resuelto a venir a velle. Yo que pensé alcanzalle en el camino y matalle en el campo, le seguí los pasos, por no tener más testigo que al Cielo, a quien por habelle él tanto ofendido, hacía vengado; pero como se adelantase más de lo que yo entendí y me trajese una jornada de ventaja, fue imposible. Consideré que determinación tan honrada y justa no era bien que se perdiese, y así, para la ejecución le busqué en esta ciudad en varias partes. Ofrecióme hoy al anochecer su desdicha en los umbrales de Palacio, y aunque el lugar me puso respeto, no sé quien me representó en su rostro las muertes, una atroz y otra arrebatada, de aquellos dos infelices inocentes que con causa y sin remedio lloro, y provocado de la memoria de el trágico suceso hice vaina de mi puñal siete veces su pecho, vengando a los muertos y amparando a los vivos, y últimamente obligando a la naturaleza en haberle quitado de el mundo este su mayor y más descubierto enemigo. Lo que después sucedió vos lo sabéis, como quien ha empeñado en la libertad de mi vida los bríos de su valor, que la estimo por haber conocido con ella vuestras virtudes, tanto cuanto dignas de ser imitadas, inimitables.

Todos los caballeros, aragoneses y napolitanos, que oyeron la narración peregrina de el caballero francés celebraron su honrada y justa determinación, y quisieran haber tenido parte en el castigo de un hombre tan indigno de contarse entre los vivos. El embajador le honró mucho, y ofreciéndole vida, honra, y hacienda en su defensa, siendo ya hora de cenar, le asentó a su mesa y lado. Despachó luego otro día correos a España y Nápoles por cartas de los reyes de Castilla, Aragón y Portugal para el de Francia en que intercediesen por el perdón de este caballero, y se detuvo todo el tiempo que estuvieron en venir, esforzándose contra sí mismo por saber la mucha falta que hacía en Nápoles para la pretensión sus bodas, prefiriendo el amparo de aquel desvalido a una causa en que él interesaba tantos gustos y comodidades. Al fin, negoció todo lo que quiso de aquel Príncipe, siendo condición que: el homicida saliese desterrado de todos los reinos y señoríos de Francia: castigo que para él fue conveniencia, porque el muerto tenía tantos y tan ilustres deudos, que para aseguralle de su poder importaba que se dispusiese así.

Hallose el caballero francés reconocidísimo, y mucho más cuando supo que don Alonso se le quería llevar a Nápoles para hacelle compañero de sus prósperas fortunas y libralle de las necesidades que le fuera forzoso padecer en otra cualquier parte donde llegara tan pobre y desabrigado. Mandole hacer galas para el camino a la española, de el propio modo que las suyas, y dándole dos caballos, los mejores de los más buenos, uno español y otro napolitano, salieron de París acompañados, por mayor seguridad, de ducientos hombres de a caballo. Hombres ejercitados en la guerra, porque, demás de que la familia del embajador pasaba de cien personas y todos iban prevenidos de pistolas, quiso llevar toda la posible defensa contra los deudos de el mosiur, que amenazaban con todo rigor la vida de aquel ilustre y gallardo caballero, y aun más osados o insolentes, la de el que con tanta justificación le amparaba. El día que salió de aquella hermosa villa (la mayor de el mundo y corte de el Rey cristianísimo) repartió gruesas limosnas por los hospitales, dio lámparas ricas a las imágenes de devoción y cumplió liberalmente con todo lo que debía a caballero piadoso y cristiano.

## Don Alonso prosigue su jornada, y aficionándose más a las partes de el caballero francés, hace en su defensa una fineza digna de su ánimo español

**C**AMINABA<sup>12</sup> don Alonso bien entretenido con el lado y plática de aquel caballero, por ser hombre universal en lenguas y experimentado en el conocimiento de las costumbres de las naciones que las<sup>13</sup> hablaban, porque desde muy niño le envió la curiosidad de sus padres a visitar lo más importante del mundo. Sabía entre las demás la castellana, con tanta eminencia, y propiedad de sus términos y frasis como si hubiera nacido en la Imperial ciudad a quien el Tajo, rompiendo por tantas dificultades de inaccesibles peñas, ilustra. Era, con esto, suavísimo en la condición, y tan igual en el trato que siempre se hallaba en él un mismo hombre, sin que los accidentes de los sucesos le mudasen; compuesto en el rostro, en las acciones y en las razones, templado en los apetitos y osado en acometer cualquier peligro de honor. Conoció en breves días don Alonso estas buenas partes, y amábale por ellas tiernamente; que los varones llenos de virtud y grandes méritos, como estos dos caballeros, aunque no le tengan en la sangre, contraen deudo en las almas con mayor fuerza y vínculo.

Al quinto día de la jornada cayó malo este caballero, y fueron tantos los bríos de la enfermedad, que los médicos de el embajador juzgaron de ella que si no se detenía allí y se curaba con mucho cuidado, moriría. Sintió como era justo don Alonso este infeliz suceso, y el enfermo más, por recelarse de que había de desamparalle y proseguir su viaje, teniendo bastantes fundamentos para hacedlo. Porque el Rey y algunos amigos confidentes que dejó en la napolitana corte le daban priesa diciéndole ser importantísima su asistencia para proseguir la pretensión de sus bodas y conseguir felizmente el lograr un deseo que le traía tan desvelado y rendido; pero el embajador, que en todos tiempos a las materias de la reputación dio el lugar primero, y que, enseñado a triunfar de sí mismo, postraba siempre sus deseos a los pies de la prudencia (porque en él, aunque fuesen muy justos,<sup>14</sup> en no quedando enteramente honrosos no llegaban a verse logrados), asentó allí de nuevo su casa y familia, con ser la costa que llevaba cada día tanta que pudiera poner cuidado a cualquier príncipe poderoso, y trató de beneficiar la salud de el amigo, con tanta diligencia que con facilidad se conocieron los efectos de su mejoría (por la brevedad con que fueron conseguidos, admirables).

Mas turboles este gusto un caso no esperado; y fue que el mismo día que el enfermo se había limpiado de la calentura y se trataba de purgalle, estando con él entreteniéndole con algunos cuentos y juegos gustosos, oyeron el ruido de unas trompetas. Corrieron

12.- Orig.: CAminaua' (41v).

13.- Orig.: 'les' (42r).

14.- Orig.: 'fuessen injustos' (43r).

luego el embajador y los demás caballeros que asistían al enfermo a las ventanas y descubrieron con la vista en el campo una tropa de caballos. Don Alonso previniendo con el entendimiento algo de lo que aquello ser podía, mandó que toda su gente se armase, y que tomando las bocas de las calles de el lugar tratasen de hacelles rostro si acometiesen (porque en razón de no estar murado no tenía otra defensa), y haciendo él lo mismo, salió a verles ejecutar el orden, animándolos con su presencia para el suceso.

En este estado estaban las cosas cuando entró por el pueblo un trompeta que se había adelantado: éste dijo venía en aquella tropa un señor de los más ilustres del reino de Francia, deudo y heredero de el difunto (por haber muerto sin hijos), y que le enviaba a que desafiase al matador, a quien venía a probar haber hecho aquella muerte infame y alevosamente, más como traidor que como caballero. Estas palabras las pronunció en voz tan alta, que el enfermo, que con grande atención había aplicado los oídos sacando grande parte de el cuerpo de la cama, las entendió, y acabando de levantarse, lleno de coraje honrado llegó por detrás de todos, y le dijo:

—Decid a vuestro señor que miente, y que yo se lo defenderé en ese campo de la otra parte de el río mañana a estas mismas horas.

Alegrose don Alonso de velle, y confirmó lo que el caballero había dicho con no menor espíritu, sin reparar entonces en su falta de salud y fuerzas, con el ímpetu de la cólera. El trompeta se volvió con esta respuesta, el enfermo a la cama, y todos los demás a sus posadas, dudosos de que aquel tratado pudiese tener cumplimiento. Repararon luego en el mismo inconveniente don Alonso y el caballero desafiado, que respeto de haberle hecho en ocho días cuatro sangrías estaba tan débil que aun tenerse sobre un caballo armado (sin pelear ni acometer al enemigo) breve tiempo había de ser obra sobrenatural.

Don Alonso empeñado en la reputación de un amigo a quien amaba tanto, y en la suya propia, por haber sido el que con mayor esfuerzo alentó el desafío, lo dispuso en este modo: que otro día por la mañana, así los ducientos hombres que le acompañaban como los demás de su familia, saliesen de el lugar muy bien armados y prevenidos, y tomando puesto enfrente de el campo de el contrario, los aguardasen a los<sup>15</sup> dos, porque don Alonso quería servir de padrino al caballero francés. Que no dijese palabras injuriosas ni descortesas a los contrarios, por no provocalles a una guerra en que se vertiese sangre de muchos sobre negocio que la vida o muerte de sólo un hombre le podía poner en paz. Que aquella mañana se dejase pagado en las posadas todo lo que se debiese, por si después de el suceso fuese necesario proseguir desde aquella parte su camino, sin volver al pueblo, Esto quedó desde la noche antes ordenado, y a la mañana fue puntualmente obedecido, aunque todos llevaban los ánimos postrados, pareciéndoles que el caballero a quien habían de hacer espaldas era fuerza perdiese la vida y crédito.

Eran don Alonso y el caballero francés de un mismo cuerpo, sin ser casi en esto la diferencia conocida, y hallándose solos aquella mañana, don Alonso se armó a la francesa y se puso a caballo de el propio modo, y el caballero se armó y puso a caballo la española. Desta suerte, trocando también lugares como lo demás, partieron al campo, haciendo oficio de padrino el provocado, y de provocado el padrino, sin que nadie pudiese penetrar la ingeniosa industria. Llegados, pues, al puesto, y congregados tantos ánimos suspensos de la es-

15.— Orig.: 'las' (45r).

peranza y miedo de aquel suceso, el caballero francés provocador, que venía sobre un corpulento y animoso caballo, siendo él de forma no menos dispuesto, se mostró ricamente armado a los ojos de amigos y enemigos; que todos conformes celebraron su gallardo brío, y concibieron los unos miedo, y los otros esperanza de que había de conseguir la vitoria.

Empezó a escaramuzar con mucha destreza, y cuando las trompetas de entrambas partes querían tañer, para que se acometiesen, haciéndoles él señal para que callasen, se plantó en medio, y poniendo la lanza de modo que se arrimó a ella en el diestro brazo, habiendo levantado antes la visera y descubierto un rostro digno de respeto por su agradable hermosura, dijo:

—Caballeros españoles, napolitanos y franceses que habéis de ser fieles testigos de este sangriento suceso: sabed que la causa que me ha hecho solicialle más nace de honrada satisfacción que de sangrienta venganza. ¿Cómo vosotros defendéis la vida de un alevoso que los umbrales del palacio de su príncipe violó con la sangre de un hombre ilustre, sin prevenille primero para la defensa? Ya que la muerte sea justa, ¿podréis abonar el modo y dejar de reconocer que yo, que heredo en la hacienda del difunto tanta utilidad, le debo también suceder, o en su desdicha muriendo a manos de éste, o en su valor matándole como él lo hiciera si le hallara avisado? Confesar me debéis que sin injuriar su fama le pudiera haber quitado la vida, y no que quiso ensangrentarse aun en lo más precioso. Esto solo siento, porque la mucha justicia que acompaña mi causa me asegura la vitoria; que haya de morir en las manos de un caballero tan ilustre como yo y en un palenque el que se debía a las de un verdugo y en un cadahalso. O los que me escucháis sois piedras o yo no tengo razón; y si entrambas cosas fon falsas grande es mi infelicidad, pues todos no tomáis como propia esta causa, que miráis con ojos de ajena. Mas ¿qué importa que los hombres estéis en este juicio engañados, como las más veces acontece, si el tribunal de el Cielo, superior a los de la tierra, previene en mis manos al delincuente el castigo, y en las suyas el de sus injustos defensores? ¡Muera! ¡Muera el autor de esta injuria, y el golpe de mi espada a un mismo tiempo derribe su cabeza en la tierra y levante la fama de el difunto hasta el cielo, donde reposa.

Aquí dio fin, y bajando la cabeza hizo cortesía a los dos escuadrones, y luego calando la visera, enristró su lanza, y haciendo rostro a su contrario le provocó, que salió con tantos bríos que al primer encuentro le entregó a la tierra vergonzosamente, y apeándose para dalle el último castigo, le halló ya en pie y con la espada desnuda, mas fue tan mal afortunado que puso poco tiempo en duda la vitoria, porque, rompiéndosele la espada en el escudo de el contrario, que arrojó la suya, por no estarle en nada aventajado, se abrazaron los dos valerosamente, donde a pocas vueltas don Alonso, que era un caballero de valientes miembros, ahogó al francés, y dejándole tendido en el suelo se volvió a poner sobre su caballo y, avisando al compañero, antes que los demás los pudiesen alcanzar (por traer los dos velocísimos caballos) se volvieron a su posada y se desnudaron entrambos las armas, y el caballero francés juntamente con ellas los vestidos.

Los escuadrones estuvieron cerca de embestir el uno contra el otro; pero, al fin, los de el vencido recogiendo con lágrimas su cuerpo, aunque entero y nada desangrado, difunto, dieron la vuelta a Francia sembrando admiraciones y alabanzas de el caballero vencedor. Los de la parte de don Alonso, así caballeros como soldados y criados, se admiraban con mayor razón de el suceso, y mucho más por el modo con que había conseguido la vitoria,

porque se les hacía imposible, como era verdad, que en unos brazos que habían rendido tanta sangre a la obediencia de los médicos se pudiese hallar tan singular esfuerzo. De esto sospechosos algunos, dieron con lo cierto de el caso; pero la voz común (que más por la apariencia que por el discurso se rige) quedó engañada, creciendo cada día, así en los que iban en el viaje como en las naciones convecinas, los aplausos de Ludovico (el caballero francés), olvidándose por ellos ya de la estimación y alabanzas de don Alonso, a quien en la opinión de todos estaba muy preferido, llevando nuestro español esto con tanta constancia y entereza de ánimo, que se holgaba de verse excedido a sí mismo en el sujeto de su amigo (que era otro él) con sus propias hazañas, pareciéndole que, siendo la gloria de los dos igual (como la pena) en él la poseía.

Quedó el enfermo, con la honra que se le siguió de la opinión de este suceso, tan alentado y brioso que juzgaron los médicos por inútiles los beneficios que trataban de hacelle. Don Alonso, en todas resoluciones prudente, quiso que sosegase dos días, por no aventurar la salud de una persona por quien se había jugado a tantos trances de la Fortuna, y después partieron con alegría común de todos. Aquí recibió cartas de el Rey en que le llamaba con toda diligencia, y así, le fue forzoso tomar postas, y Ludovico, aunque contra su voluntad, hizo lo mismo, porque no fue posible impedirselo. Los demás le siguieron a largas jornadas; que tales se les hacían a todos aquellos caballeros y soldados que iban deseosos de llegar a Nápoles, princesa de las ciudades de la Europa.

## Muere Ludovico, en cuya muerte se realza más el valor de don Alonso, que lo confirma mostrándose justiciero contra lo más querido

**E**L Rey mandó prevenir fiestas por la restitución que hacía el Cielo a aquella ciudad de la persona de tan excelente caballero. Doña Inés fue la primera que se señaló previniendo galas; que ya, a pesar de los émulos, le favorecía en tan<sup>16</sup> público por elección de su propia voluntad, porque verdaderamente le amaba, y no por lisonjear a su tío, como lo entendía la plebe napolitana, deseosa de que aquella prenda se ocupase en uno de los dos potentados pretensores: estraña condición del vulgo, que quiere arbitrar siempre en la voluntad ajena, y atreviéndose a lo más interior del ánimo de príncipes, hacerse dueño más de aquello que le toca menos.

El Rey comunicó a don Alonso materias de gravísima importancia, en cuyo consejo halló breve resolución y felicísimo acierto, y por él se acomodaron muchas cosas que amenazaban ruina a la paz de Italia, y en ella a todo lo mejor de la Europa, que es la Cristianidad. Llegó a este tiempo toda su familia, donde, quedándose con los criados necesarios, satisfizo a los demás tan liberalmente que así ellos como los soldados llevaron alabanzas de su virtud. El Rey, por su intercesión y obligado de su abono, hizo a Ludovico muchas mercedes y favores, de que el pueblo le juzgaba merecedor por su común agrado, aunque después le tuvieron por algo sospechoso, por verle comunicar con un florentín muy en secreto, hombre de habilidades, aunque sutiles, no muy seguras, y en aquella corte mal opinado. Retirose de su plática porque don Alonso le dijo convenir así; pero ya fue tarde, por estar hecho el daño.

A pocos días faltó aquel florentín de la corte napolitana, de quien se decía que debajo de el nombre de médico encubría otros estudios perjudiciales, siendo profesor de un arte ignominiosa al Cielo y sangriento contra la naturaleza. Experimentose con brevedad en la misma salud de Ludovico, porque, cayendo luego malo, visitándole los médicos de Cámara de el Rey, hallaron ser su enfermedad haberle dado veneno. Quién pudiese haber osado tan torpe culpa no estuvo en duda mucho tiempo, porque un criado de Ludovico, y ministro en tan infame ejecución de el florentín, puesto a tormento por sospechas confesó con brevedad y murió en las manos de la justicia con riguroso castigo (aunque por tan grave delito en vano le llamo riguroso, si ninguno es bastante). El caso fue que los deudos de los dos mosiures que murieron, uno a las puertas de Palacio y otro en el campal desafío, desesperados de hallar otro modo para su venganza, se valieron de aquél, aunque no muy honroso, remediable.

Dispuso Ludovico todas las cosas que tocaban a su alma como muy católico cristiano, recibiendo los Sacramentos con mucho fervor de espíritu y ternera de corazón, y un día antes de morirse envió un papel al Rey suplicándole que no le abriese hasta que hubiesen

16.- Hoy diríamos 'tan en público'.

pasado veinte y cuatro horas naturales después de él muerto, y que esto fuese en presencia de don Alonso y de los demás caballeros que le acompañaron en la jornada de Francia. Y juntamente pedía que Su Majestad no tratase de la satisfacción de su muerte por medio de venganza, porque aunque parecía haberse hecho a su persona la ofensa, por estar debajo de su Real amparo, tenía, en fin, mucha parte la voluntad de el Cielo, en cuya obediencia él se hallaba muy gustoso. Que hiciese instancia a la Majestad Cristianísima para que un hermano suyo, menor y heredero en su casa y hacienda, fuese introducido en ella a pesar de la violencia de enemigos tan poderosos como eran los suyos. Que dos mil ducados de renta que le había hecho merced Su Majestad por los días de su vida, se sirviese de que los gozase su testamentaria por diez años, para que con sus efectos se cumpliesen ciertas mandas que dejaba para el descargo de su conciencia.

Así murió con sentimiento de todos, y más de su caro amigo don Alonso, que entrándose al Rey acompañado de los caballeros que le siguieron en la jornada (que parecía haberlos juntado el Cielo para que se cumpliese la voluntad de el difunto), dijo:

—Este es el día, poderoso príncipe, en que igualmente hemos perdido todos: Vuestra Majestad, un fiel criado; estos caballeros y yo, un honrado amigo. En cualquier ánimo, y pecho generoso pueden caber hoy las lágrimas de tan justo sentimiento. Varones eminentes en armas y letras han menguado su número. Los sabios se hallan con un sabio menos, y el mayor, y lo mismo los soldados. ¡Qué ingenio para fabricar los ardidés y cautelas de guerra! ¡Qué prudencia para templar las resoluciones arrebatadas, siendo todo de fuego para la ejecución de las convenientes! ¡Quién vio tanta modestia en tan verdes años? En su juventud madura experimentamos que podía haber primavera sin flores y con fruto. En la parte de católico, ninguno más abrasado: vertiera su sangre por defender la reverencia del menor ministro de la Iglesia. Francia, felicísima en haber producido siempre ardientes espíritus para la guerra en todos los siglos, no ha tenido capitán de tan valientes manos ni de mejor consejo. Vestido de galas y plumas, y discurriendo siempre con palabras honestas y templadas, parecía un soldado religioso y un religioso militar, enseñándonos así que no vence gloriosamente quien no triunfa con el espíritu y el cuerpo. ¡Oh desengaño de la miseria humana que todas estas partes no basten para hacerse un hombre inaccesible a la muerte! La suya, aunque nunca para mí sin lágrimas, engendrara<sup>17</sup> menos, y aun quizá gozo, y venciendo, si hubiera sido peleando, escuadrones de contrarios. Hombres infelices: ya no me admiro de que vosotros, no bien satisfechos de los muchos ministros que tiene en los accidentes de nuestra naturaleza la muerte para acabarnos, hayáis aumentado, en vuestra misma perdición industriados, el hierro, el fuego y otros instrumentos manifiestos, contra cuyo peligro muchas veces se previene remedio; pero que permitáis introducir un verdugo tan sordo y desconocido como es el veneno, doctrina fue de algún infernal espíritu. ¡Oh señor! Si Vuestra Majestad le viera, como estos caballeros y yo, pelear en aquel desafío tan gallardamente, y conseguir después de enfermedad tan peligrosa una vitoria tan inopinada, es sin duda que no hallara<sup>18</sup> camino para el consuelo, y que es mejor haber perdido la gloria de aquel día por no sentir la pena de éste.

17.— Orig.: 'engendrarà' (53v).

18.— Orig.: 'hallará' (54r).

Más dijera, y fuera imposible suspender las palabras de un amigo tan afectuoso, si el Rey no le templara con las suyas para poder cumplir así la voluntad de el difunto abriendo a los ojos de los presentes aquel papel que le envió en los últimos pasos de su vida. Que, leyéndole en alta voz, todos de lo que contenía quedaron llenos de grandes admiraciones, porque en él declaraba el modo del desafío y el generoso proceder de don Alonso, porque, como quien se moría, quiso resitulle aquella gloria, de que se hallaba indigno poseedor siendo ajena, y que él, aun después de muerto, no le quiso despojar de ella, antes bien, como se acababa de experimentar, se la había vuelto a dar de nuevo, honrándole aquí con elocuentes palabras lo que allá con valientes obras. Viose en el semblante de don Alonso que le había pesado infinito oír aquel manifiesto, y que en vez de vanagloria y satisfacción le causó pena y sentimiento. Creció con esto su reputación en los ánimos de todos, aunque a algunos que cuando el caso sucedió discurrieron bien no se les hizo novedad.

Trató luego de interceder con el Rey para que se escribiese a Francia en favor de el hermano del difunto, que tuvo efecto, y juntamente instó para que se le hiciese la gracia a su testamentaria de los dos mil ducados por el espacio de diez años. Conseguidas estas cosas, que parecieron ser las más importantes, trató de el entierro, que se le dispuso con honroso lucimiento y ostentación militar, acompañándole muchas compañías de italianos y españoles que estaban en la ciudad, con sus cajas y banderas. Seguíanse a esto los estandartes de las Cofradías. Luego el inmenso número de las Religiones, con sus cruces. El difunto venía en hombros de grandes príncipes en un ataúd muy rico, armado el cuerpo y descubierto el rostro, a quien rodeaban hermoso y infinito número de luces, que por haberse hecho al tiempo que empezaba la noche (en razón de que el día fue muy caluroso) llevó los ojos, y en ellos las alabanzas, de todo el pueblo. Seguíanse después todos los Tribunales y Ministros, y lo mejor y más noble de toda Italia que entonces concurría en aquella Corte de rey tan poderoso. De este modo se llegó a un convento de religiosos Franciscos, que estaba cubierto de negros lutos. Aquí la Capilla de el Rey cantó las liciones, y por último honor se depositó el cuerpo en una de las capillas más ilustres, que se compró para este efeto. Prosiguióse todos los nueve días siguientes con la misma pompa funeral, hasta el último, que con la celebración de sus honras se le dio el postrer vale.

Con estas obras adquirió nuestro invencible castellano título de perfecto caballero y amigo, animando y persuadiendo con su ejemplo en todas partes y tiempos a la imitación de generosas virtudes; que los altos renombres no se compran de la voz popular con acciones menos ilustres. No le disfrutaban menos sus criados que sus amigos y deudos, hallando en él apacible padre que los amparaba en todos los peligros que procedían de causa justa, y no señor tirano y violento que los aventuraba a las ocasiones donde perdiesen su reputación y crédito, dejándolos después de haber conseguido su gusto afrentados y pobres; pero quería que, ya que él los tenía en tan honrosa estimación, que se lo<sup>19</sup> mereciesen viviendo modestos y templados, sin dar ocasión con sus libertades a tener en aquella ciudad y reino quejosos ni ofendidos; que muchas veces los que son poderosos en la gracia de los reyes, aunque en sus personas no tengan partes desamables, despiertan contra sí el odio del pueblo por las libertades que amparan en sus hijos, yernos y criados, porque no basta que den satisfacción con su vida, sino no con la de todos aquellos que viven debajo

19.- Orig.: 'solo' (56v).

de su gobierno y tutela Este aforismo obedecía don Alonso con tanto rigor cuanto se deja bien conocer de lo que en esta próxima narración se sigue.

Fue toda su privanza un hidalgo noble llamado Rodrigo de Salcedo, que, habiéndole servido de paje cuando niño, era su camarero, y más amigo que criado. Hacíase él merecedor de esta buena voluntad, por ser muy solícito en el servicio de su dueño, y tan atento a las cosas de su necesidad y gusto, que, cargando con seguridad don Alonso sobre él de su familia el peso y gobierno, podía vacar a otras cosas de mayor importancia, como eran las que el Rey siempre le encomendaba. Por ser hombre desinteresado, cortés y muy oficioso, no sólo había conquistado el corazón de su dueño, sino el de todos los nobles y plebeyos de aquella corte; que también en las ocasiones públicas de fiestas la alegraba, así justas como torneos, en que se mostraba de los más galanes, fuertes y airosos. En los ojos de las damas era siempre bien recibido, y él se iba con facilidad tras ellos: flaqueza común y puerta de su perdición y daño, no obstante que en la Corte, aunque consiguió muchas ocasiones de gusto, fue con felicidad tanta que jamás, ni de padre, hermano o marido, llegaron quejas a los oídos de don Alonso. Con esto seguía él cada día más licencioso y osado su inclinación; que tanto son en el mal dañosos los buenos sucesos cuanto en el bien útiles, porque en el uno animan y en el otro despeñan, y suele el Cielo tal vez, para mayor castigo de un hombre, no ponelle contradicción en los vicios, por que empeñándose más en ellos jamás encuentre con la puerta de la enmienda hasta llegar a morir sin ella, que es la última de las desdichas.

Tiene Nápoles amenísimos jardines donde la naturaleza, cultivada de el arte, es perpetua lisonja de los ojos, o, por mejor decir, industriosa tirana; que con lo mismo que los deleita los cautiva. Aquí más benigno el cielo que en otras partes, establece en sus campos eterna primavera, sin conocer accidentes ni diferencias de el tiempo, porque para ellos todo el año es un mes de abril; que los demás meses, o no llegan allí o siguen la condición del que es hermoso padre de las yerbas y flores. El conde de Santelmo, señor titulado de aquel reino, poseía entre estas fertilidades un sitio, por las plantas, fuentes y pinturas, calificado en aquella ciudad y reino, y aun en el demás resto de Italia. Muchos poderosos príncipes le subieron de precio y valor para la elección de su gusto, a quien el Conde jamás dio oídos, respondiendo que era señor superior a ellos, ya que no en las riquezas, en el ánimo, pues dejaba con desprecio lo que ellos daban con ambición, ofendiéndose de que nadie presumiese de sí que era tan rico que, siéndolo él también, le pudiese pagar su gusto, pareciéndole que en el mundo no hay dineros para comprar el de el que los tiene, aunque no sean muchos, y que sólo el de el pobre es vendible, por ser sujeto en quien ha de tener más veces lugar la necesidad de el cuerpo que la elección de la voluntad. El Conde que era, como se vee por estas razones, muy entendido, amaba, sin otros fines más que la estimación de sus partes perfectas, a don Alonso, y tanto, que le forzó, aunque se resistía, a recibir por dádiva de buena voluntad este jardín, desvaneciéndose mucho el Conde de ver que había dado su gusto por su gusto, conque decía no habelle enajenado, sino pasádole de un sujeto bueno a otro mejor, porque antes gustaba de poseer aquellas fuentes y flores, y entonces mucho más de que sujeto más digno las poseyese: propia acción de la nobleza napolitana, que en todas ocasiones generosa y liberal resplandece, para cuyas alabanzas faltan bríos y alientos a la pluma de el más elocuente espíritu. Fue necesario, para que don Alonso recibiese este jardín, no sólo tener licencia de el Rey, sino preciso mandato, que el Conde solicitó y el Rey dio con mucho gusto, desvaneciendo con esto las murmuraciones de el vulgo,

que siempre emplea sus ojos en censurar las acciones de los favorecidos de los príncipes, y recibe con enojo los aumentos de su fortuna, así en la hacienda como en la autoridad.

El día, pues, que don Alonso hubo de recibir aquella amena dádiva y tomar posesión de un sitio donde la tierra estaba tan bien<sup>20</sup> vestida y el aire con tanta suavidad alentado, el Conde (que quiso también con el modo dar también a este donativo la última perfección) le regaló ofreciéndole en ella una comida espléndida, y por último plato, entre dos fuentes, las llaves de aquel jardín. Éstas las traía una mujer de diez ocho a veinte años, vestida en hábito de labradora y hija del casero, nacida y criada en el propio lugar por mayor honra de el mismo, pues no sólo engendraba plantas de belleza inanimada, sino aquélla, cuya hermosura era inmortal y divina. Hizo su ofrecimiento con mucho agrado y suavidad, que don Alonso recibió con grande cortesía y gentileza, pues tomando las llaves de la fuente y quitándose una cadena de oro que llevaba al cuello, la puso en la de Laura, levantándola de el suelo y ofreciéndola, para lo de adelante, a ella y a sus padres largas mercedes.

Al tiempo que ella iba a salir, Rodrigo de Salcedo entraba con unos despachos para su dueño, y detenido de tan singular perfección, entretuvo la vista en ella más de lo que convenía, dejándose acometer y rendir de sus ojos, pudiendo haberse retirado al primer golpe y escusar el entregarse antes que armada segunda vez le sujetara con fuerza poderosa. Pasó adelante Rodrigo bien contra su voluntad, y besando la mano a don Alonso le pidió albricias y luego le entregó unas cartas de España, que eran de un sobrino suyo, hijo natural de su hermano don Luis, a quien amaba tiernamente. Su nombre: don Fernando, y sus partes y sucesos las que en el lugar que les tenemos señalado diremos. Leyolas el tío gustosísimo, y mucho más porque le avisaba que tenía licencia del rey Enrique para venir a velle.

Discurrió con esta ocasión con Rodrigo y los demás que estaban presentes en las cosas de Castilla, y principalmente en las de Valladolid, amada de él por ser patria, y justamente por la hermosura de su asiento y fertilidad de su comarca, tan abundante en todos tiempos de lo que la necesidad humana pide, y aun de lo que la sobra y no ha menester. De Zamora y Burgos despertaron las alabanzas dos caballeros que de ellas eran naturales, que oyó con mucho gusto don Alonso, aumentando razones a razones y esforzando él mismo su intento; y parece que tenía ánimo de dilatarse mucho, si no fuera agravio de la hermosura de el sitio presente referir allí ajenas perfecciones cuando las suyas eran tantas, y llenas de tan prodigiosa admiración.

Llegó la hora de volverse al lugar más apriesa que le sucediera a otro que fuera dueño de su tiempo y acciones; que los que asisten al lado de grandes reyes viven en una esclavitud cuanto honrada penosa, y vinculan su felicidad en la prisión de su albedrío, gobernado por ajeno decreto. Quiso antes hablar al casero y mandó que se le llamasen, diligencia que tomó por su cuenta Rodrigo de Salcedo, que mientras él vino a recibir las órdenes de el nuevo señor se quedó con Laura: error grande refrescar tan apriesa la memoria de su vencimiento para no salir jamás de él. Díjola con brevedad lo bien que le había parecido y cuán obligado se hallaba de sus hermosas partes a servilla y estimalla, y las razones comunes que en tales tiempos se ofrecen, muchas veces más erradas cuanto más se desea que se acierten.

Laura, aunque criada en rústicos paños y cultivada sólo en cultivar plantas, tenía un ingenio cuerdo, y reconociendo con él las burlas de los hombres que se crían en las cortes

20.- Orig.: 'tambien' (60r). No anotaré otras ocurrencias.

y palacios, despreció la plática, y en vez de agradecimiento, mostrándose enojada volvió las espaldas, y viéndose seguir de él con las razones y los pasos, alargó los suyos, y con el movimiento veloz se le cayó una guirnalda de rosas que llevaba sobre la cabeza, y encendiéndose más las de las mejillas quiso volver a cobralla, mudando apriesa de intento por verla ya en manos de Rodrigo, que llevándola inadvertidamente en ellas encontró con su padre de Laura, que reconociendo la joya y admirado que tal dueño la poseyese, engendró sospechas y recelos.

Con esto desocuparon el jardín don Alonso, Rodrigo, y los demás que le seguían, aunque Rodrigo tan forzado que se quisiera quedar hecho mármol de aquellas fuentes por no desamparar sitio a sus ojos tan apacible. Lisonjeole la Fortuna el deseo, porque estando ya en la mitad de el camino se le acordó a su dueño que se había dejado sobre un bufete la carta de el sobrino, que él quería enseñar al Rey aquella noche, y volviéndose a Salcedo le dijo:

—Por tu vida, amigo, que me perdones, y pues vienes en más ligero caballo que todos, me hagas gusto de volver al jardín y traerme las cartas de don Fernando, que me las dejé olvidadas sobre el bufete. Y por que no inquietes al casero, que cansado de la ocupación que le habemos dado hoy se hallaba con resolución de recogerse temprano, y podrá ser que lo esté cuando tú llegues, toma esta llave, y sin llamar a la puerta de sus aposentos abre las de el jardín, procurando volver con presteza; que en Palacio te espero, en el cuarto de el Rey. Camina apriesa, amigo, que Dios sabe que quisiera escusarte esta incomodidad y disgusto.

Esto dijo como quien no sospechaba cuán al contrario lo sentía Rodrigo, que cuando vio aquella llave en sus manos pensó que le habían puesto en ellas las del Paraíso Terrenal, y partió tan veloz, que su amo, satisfecho de su diligencia, quedó diciendo mil alabanzas de su buen servicio, asegurando a los circunstantes que deseaba (y lo había de procurar) más que los acrecentamientos propios, los suyos.

Rodrigo llegó al jardín, y con la inquietud que llevaba hizo tanto ruido en las puertas que obligó al casero a salir de sus aposentos, donde ya estaba medio desnudo, con una escopeta en la mano, y encontrando a Salcedo, que ya salía, le examinó con no poco sobresalto la causa de su venida; que aunque le fue contada, como él no había reparado en si los papeles se habían quedado, malició engaño, y sobre las sospechas precedentes concibió mayores cuidados y temores. Salcedo se ofendió de el encuentro, tanto porque le habló con libertad (y los briosos no quieren que nadie se les iguale en el coraje y gallardía) como porque perdió las esperanzas de ver aquella noche a Laura, que ya salía con una luz a alumbrar a su padre. Con que Rodrigo, en medio de aquellos furoros, serenó el semblante y procuró con palabras corteses y blandas obligar al artífice de tanta belleza para que le mirase con rostro menos severo, diciéndole que le había pesado mucho inquietalle en su quietud, y que no lo hubiera hecho si no fuera por obedecer al dueño de todos, entreteniéndole la plática cuanto podía por deleitar más sus ojos en los de Laura, cuyo padre, aunque humilde en fortuna, tenía levantado el entendimiento y el ánimo, y en el suceso de aquella noche acabó de confirmar sus celos, porque le pareció que aquellas cortesías y favores dadas por un español, y tan noble, a un italiano, y tan pobre, fundaban su honor en su deshonor.

Volvió Rodrigo a los ojos de don Alonso con grande velocidad, procurando ganar en la priesa de el camino la detención que había hecho, en el rostro de su esquivada vencedora. Tres días pasó, sin vella, con ansias y fatigas inmortales, sin descubrir camino al sosiego (aunque le buscaba en todos los entretenimientos y ocupaciones que una ciu-

dad tan opulenta como Nápoles ofrece), cuando su dueño le entregó más a su desdicha, sin entender el daño. Volvió allá con él sólo, y agradándose mucho más de aquel lugar, por ser la casa que tenía, aunque muy curiosa, no del todo capaz, se determinó a labrar en ella un cuarto. Con esta resolución partió de allí, y mandando hacer la planta, dio a Salcedo orden que asistiese a la obra, poniendo en ella, para que tuviese breve y agradable fin, el cuidado que solía en todas las cosas que a su servicio tocaban. Quedó con extremo gozoso de la ocupación, y por ella restituido a la vida, de que ya se juzgaba privado.

El casero se desagradó de tenerle tan vecino; mas, como hasta entonces no tenía más fundamento que unas vanas sospechas, templó su mala voluntad y determinó serle agradable y vivir cuidadoso y advertido, cumpliendo de esta suerte con el respeto y el recato. Rodrigo le hacía regalos y le abonaba con don Alonso para que tuviese particular estimación de su persona, y juntamente valiéndose de el medio de una labradora llamada Dorotea, tía de Laura, proseguía en sus intentos poniendo cada día mayor fuego en su pretensión; pero esto con tanto arte y simulación, que en lo público apenas la miraba, por no volver a estragar el ánimo de su padre y dar ocasión a perder su vista, y con ella las esperanzas de los demás gustos que le prometía la alevosa Dorotea, aunque entonces le confesaba que Laura estaba muy desdeñosa, por vivir aficionada de un mancebo llamado Julio, que sus padres trataban de darle por esposo.

Preguntábale don Alonso a Salcedo, las veces que le veía, el estado de la obra, y respondía: «Señor: va muy de espacio. Aún no se ha puesto la primer piedra». Como tenía relación contraria de otros criados y no advertía en las palabras equívocas que debajo de la alegoría de el edificio significaban la pasión de sus amores, presumía que, como era tan diligente en todo lo que corría por su mano, aun le parecía poco lo mucho que había labrado, y por eso decía que estaba en el principio aquello cuyo fin no se mostraba muy lejos.

Hallábase Dorotea muy obligada, y deseaba, ya que ella no podía reducir a Laura a que con voluntad y sin fuerza se entregase a Salcedo, ponelle en ocasión donde le valiesen su diligencia y osadía. Consultose entre los dos, y determinaron que una noche diese Dorotea entrada al incorregible amante en el aposento de la casta y valerosa doncella, y que, por si diese voces, él tendría personas a la puerta que le defendiesen al padre la entrada, sin ofendelle, por que vertiendo su sangre no se aumentase delito a delito y se hiciese más odioso con el segundo, así a los ojos de Dorotea como a los del Rey justiciero y al pueblo vengativo.

Esto se dispuso no con tanto secreto que Laura dejase de entenderlo y avisar a su padre, que retiró a su hija al propio aposento donde él dormía, y aun no bien satisfecho con esta diligencia, se puso en una yegua y, entrando en la ciudad, se quejó, como hombre apasionado y que tenía razón, con mucho brío a don Alonso, que, haciendo lo que pudo para que se sosegase, le dijo que las personas que le trujeron tan falsas nuevas habían procurado usurpalle la quietud con tan manifiesto engaño, infamando la persona de Rodrigo de Salcedo, de cuyas virtuosas costumbres esperaba él más templadas resoluciones. Que se volviese a su casa seguro; que haciendo él lo que le tocaba para conservalla en su recato y entereza, desde entonces se encargaba de amparalla, y ponía a cuenta de su reputación las injurias que a la suya se hiciesen. Que para seguridad de que aquello se cumpliría así le empeñaba su palabra y aquella sortija con el sello de sus armas (que se la dio sacándola de

el dedo de el corazón, para que con ella se<sup>21</sup> convenciese), si fuesen tan infelices que ocasión de tanto disgusto para todos llegase. Que volviese a velle algunas veces para dalle cuenta de el estado de este negocio, porque si se confirmaban sus recelos hallando nuevas señales, pondría remedio con tiempo al peligro que amenazaba a todos.

Volvió consolado con tales prometas el padre de Laura a su retiramiento, y por hacer de su parte todo lo posible apartó a Dorotea, con ser su hermana, de el lado de su hija, auséntandola con ocasión que buscó, aparente, pero no tanto que ella no conociese el origen de su destierro. Dentro de pocos días, haciendo sobre este caso averiguación secreta don Alonso, entendió de otro criado suyo, muy confidente de Salcedo, que amaba a Laura y que sus desdenes le tenían impaciente y temerario. Quedó advertido, y esperando a que viniese un día a hablalle, mandando que se retirasen los demás, solo y con entereza le dijo:

—Rodrigo: si hubieras tenido otro ayo más que mi cuidado desde tus tiernos años, en el daño que hoy miro en tus costumbres culpara tu descuido. Que infeliz serías si la facilidad de tu condición te descompusiese los aumentos que mi diligencia y buena voluntad te solicitan. La estimación que yo siempre hice de los hombres corregidos en sus apetitos no puedes ignoralla. Pues ¿en qué fías cuando te opones a lo honesto, cebado en lo que tú juzgas deleitoso? ¿Burlas acaso de mis avisos y consejos, o aún no los ha entendido como ellos son y yo quiero? Que te amo como a hijo confieso; pero el día que te mirare vicioso quedarás para mí tan desconocido que te perseguiré como a contrario. Todos los virtuosos, aunque yo no me desvanezco creyendo de mí que lo soy, contraen conmigo deudo: de aquí verás que el día que lo dejares de ser acabó nuestro parentesco y empezó la enemistad. Advierte, y no lo dudes, que de ofensa en cuya venganza son interesados Dios y los hombres me preciaré de ser verdugo en tu castigo y su desagravio, y no me esperes piadoso cuando con tanta razón me vieres enojado. Si fabricas más edificio del que yo te ordeno, a la vista de entrambos cairás con el de tu buena fama hasta aquí conservada, sin que te valgan lágrimas y suspiros engendrados en tu arrepentimiento.

Calló con esto don Alonso, y haciéndole una reverencia, sin respondelle, volvió las espaldas Salcedo, alterado el ánimo y envuelto el semblante en vergonzosas colores.

Vivió algunos días recatado en sus deseos; mas, hallándose de ellos más vencido cuanto más procuraba su templanza, y que era fuerza perder la vida o lograr su gusto, dejando pasar algún tiempo con simulación, sin inquietar a Laura con recaudos para que su padre y ella se asegurasen, aconsejado y favorecido de ciertos amigos de vida inquieta, una noche, cuando con más descuido reposaban en la casería saltaron por las paredes y, entrando en el jardín, hicieron ruido como que trataban de abrir la puerta de una galería baja donde estaban escondidas algunas piezas de sedas de valor que don Alonso quería enviar a España. Los jardineros despertaron diciendo en altas voces «¡Ladrones! ¡Ladrones!». El casero salió al ruido y, pasando de sus aposentos a otros de enfrente a buscar una escopeta, sin saber quién, le encerraron dentro. Iba Laura, que se levantaba animosa a seguir los pasos de su padre, a vestirse lo que bastase para no salir deshonesto, y hallose en los brazos de su atrevido amante, que robó con violenta fuerza lo que ella había resistido con tanta honestidad y recato. Que apenas logró los deseos de su apetito cuando volvió el rostro, temiendo el castigo de el pecado, que tan seguro le trae a las espaldas.

21.— Orig.: 'le' (67v).

Había hecho el Rey aquel día merced a don Alonso de título de Marqués de Belflor, con muchos vasallos y rentas, para dalle disposición por todos caminos con que las bodas de doña Inés tuviesen más cierto su efecto. Estaba el caballero tan gustoso, que al parecer de los presentes nada podía sucedelle aquel día que le destemplase el gozo interior de su espíritu, cuando entró el padre de Laura, que con vehementes razones y lágrimas hizo relación de la violencia hecha a su casa y a su hija con tan alevosa estratagema, y pedía, poniéndole la sortija de el sello de sus armas en las manos, que le cumpliese lo prometido.

Asegurose don Alonso de ser esto verdad por la contestación de los demás jardineros y guardas de aquel sitio, y partiendo colérico a darle al Rey cuenta de todo, trajo un decreto de su mano en que mandaba que ninguno de sus ministros de justicia tratase de castigar aquel delincuente, porque él remitía la absolución o pena de su culpa a don Alonso, en quien cedía, para aquel caso, toda su fuerza y potestad Real.

Estendiose la voz por la Corte de esta orden dada por el Príncipe, y empezó a descaecer con ella la opinión de el Caballero Perfecto, porque los dircusistas<sup>22</sup> decían que tanta prevención se había hecho con ánimo de librar al ciego y despeñado amante, y que en aquel acto había confesado ser hombre de la misma naturaleza y costumbres que los demás don Alonso, bien que más artificioso que otros en encubrir sus pasiones mientras no era la ocasión tan grande como la presente, a quien debían el salir de el engaño en que habían vivido. Gozábanse mucho los italianos, como poco afectos a la nación española; y los aragoneses (que eran muchos los que en aquella corte asistían) también se deleitaban en esta sospecha, por ser don Alonso natural de los reinos de Castilla y sufrir mal todas las naciones que un extranjero posea la gracia y voluntad de su príncipe. Su padre de Laura en medio de estas vanas opiniones estaba desesperado, y se quejaba al Cielo de el Rey, de quien con la pasión habló muchas palabras libres.

Creció con esto la confianza en Rodrigo, y así, al quinto día después de haber hecho la fuerza, sin buscar más padrinos que su osada y mal advertida determinación salió de donde estaba escondido y, entrándose en la ciudad de Nápoles y luego en la casa de su dueño, pidió audiencia. La respuesta fue echalle mano y prendelle, y de allí a cuatro horas tuvo aviso de unos religiosos de la orden de San Agustín para que se previniese a la muerte, porque había de ser dentro de veinte. Turbó esta voz el ánimo del mal confiado Salcedo, que buscó medios de poderosos príncipes para templar la indignación de don Alonso; pero él, retirado, había dado orden a sus porteros de que nadie le hablase, con ocasión de que estaba ocupado en servicio de el Rey.

Corrían las horas, y los ministros de la justicia hacían las prevenciones necesarias para aquella ejecución. Rodrigo de Salcedo, con tan inopinado suceso, estaba más loco que devoto, y sin ninguna disposición por entonces de poder morir como cristiano. Si se acudía al Rey, daba por respuesta que la determinación de aquel caso la había cometido a don Alonso para que hiciese lo que juzgase conveniente. En medio de estas confusiones estaban turbados los ánimos de los amigos de el delincuente, cuando, llegando el conde de Santelmo (que estaba fuera de el lugar) en tiempo tan apretado que sólo faltaban dos para cumplirse las veinte horas, viendo que los porteros le defendían la entrada con las razones que a los demás, alzó la voz quejoso. Llegó a los oídos de don Alonso, que le pareció

22.- Orig.: 'dircusiistas' (71r).

imposible, correspondiendo con todo lo que se debe a la buena amistad, esconderse de tal amigo, y así, rompiendo con la ley mandó que se le franqueasen las puertas. Oyó apacible su ruego y decreto severo: que el delincuente, antes de salir de la cárcel, se desposase con Laura y saliese luego desterrado del reino. Que a ella, en premio de su virtud y honestidad, hacía merced de dos mil ducados de renta con cargo de alimentar a su padre, y se los señaló en parte segura.

Celebrose el desposorio en la propia cárcel, y antes de salir desterrado acudió Laura a los pies de el marqués de Belflor a interceder por su marido, a quien antes había acusado como a enemigo. Vertió lágrimas, llamó en su favor los Cielos, y mostrándose más que nunca hermosa, consiguió lo que pedía. Con esto salió de la prisión, libre, Rodrigo de Salcedo, y aunque no casó con mujer que le igualase en sangre, por lo menos limpia, y tanto que por ella no perderían sus hijos ningún puesto honrado. Últimamente tomó la mano en componelle con su dueño doña Inés de Moncada, que le restituyó en toda su privanza y envió a Laura muy ricas joyas y galas.

Los discursistas que se habían precipitado contra la opinión del Caballero Perfecto y le despojaban de este título, volvieron a confirmalle en él con mayor aumento de alabanzas y estimación. La de el Rey creció tanto que llegó a igualalle con su persona en muchos actos públicos, y la plebe, cada día más suspensa de sus méritos, aun no estaba bien satisfecha de aquellos premios. Él, humilde y obediente a la voluntad del Cielo, rindiéndole gracias le reconocía por autor de tan singulares beneficios.

## Con celo de la religión lleva don Alonso embajada a Alemania. Padece injurias en el camino. Llega y pelea por la fe, y volviendo a Nápoles recibe el premio de tan ilustres fatigas

**H**ABÍA estado la Cristiandad con alguna paz, y las materias de la religión libres de perturbaciones, cuando en las últimas partes de Alemania sonaron unos rumores que pusieron en cuidado al príncipe cabeza de aquel imperio. Crecía el fuego con violencia y aventurábase mucho en la dilación de el remedio, porque si echaba raíces en aquella nobilísima provincia, no sólo era el daño suyo, pues se debía temer el demás resto de la Cristiandad de que en ella no se estendiese alguna venenosa doctrina. Don Alonso, rey de Aragón, príncipe tan celoso de la fe como lo fueron todos sus antecesores y después acá sus descendientes lo han sido, señalados principalmente en la devoción de Inmaculada Concepción de la Virgen, deseaba enviar persona que con la autoridad de su entendimiento, estados y sangre compusiese aquellas diferencias y ayudase al Emperador con dineros y consejo. Reconoció que nadie como el marqués de Belflor podía ser capaz de tanta acción, a quien apenas comunicó el caso cuando, encendido en la obediencia de la Iglesia y defensa de la religión católica, suplicó a Su Majestad le despachase luego.

Bien quisiera el Rey que se celebraran primero sus bodas con doña Inés; pero era fuerza que se determinara antes un pleito entre ella y un primo suyo, y los jueces pedían dos meses de término para ser bien informados de la justicia de las partes y estudiar su voto. Esperar estas resoluciones ponía a peligro la causa de la Fe en Alemania, y así, don Alonso, enamorado más de la belleza divina que de la humana, solicitaba al Rey. Determinose a envialle persuadido de religiosos santísimos y doctos. Partió de Nápoles con poco séquito de amigos y criados; que por ir más a la ligera quiso caminar de este modo.

Fue en los principios del invierno, que entró tan embarazado de continuas y poderosas aguas, que por muchos días se cerraron los caminos, porque las crecientes de los ríos eran tan valientes que, no hallando capaces de su grandeza los estendidos campos, entraban en las ciudades a ser ladrones y homicidas, anegando las personas y arrebatando hasta los edificios más fuertes. Pasaba por estas incomodidades don Alonso con admirable paciencia y constancia, con ser tantas que en un arroyo bien pequeño se le ahogaron las acémilas que llevaban su ropa blanca, cama y vestidos, y dos esclavos de mucho servicio, porque viniendo más furioso de lo que se pensó, y creciendo de repente, ni se previnieron ni pudieron ser socorridos. No obstante estas repugnancias, proseguía el marqués de Belflor su viaje con ánimo valeroso, y se persuadía a que debía mostrar más entereza mientras fuese la contradicción mayor.

Sosegose algo el tiempo después de haber llovido los meses de diciembre y enero, y de el de hebrero alguna parte. Salió el sol a cumplir los deseos de los hombres y plantas, que, ya desesperados, no creyeron volver a gozar la piedad de sus lumbres. Con esto se empezó a proseguir la jornada con más brío, aunque los caminos estaban de modo que se padecían no menores fatigas. Perseveró la bonanza de el tiempo y los ríos reconocieron sus márgenes, disponiendo los aires de marzo los campos para ser pisados con menos pesadumbre. Libres de tanta persecución, se alentaban los caminantes, y olvidados de las pasadas ofensas gozaban la quietud presente sin recelar nuevos peligros; pero el Cielo, que examinando la constancia de el ánimo de don Alonso quería calificar más su virtud por este camino, le puso en no menores miserias; y fue que al salir los criados de la raya de Italia les acometieron unos bandidos a despojallos, y porque les hicieron resistencia anduvieron tan crueles que, hallándose dueños de la vitoria por ser superiores en número, a ninguno dejaron con vida.

Sólo don Alonso gozó de este privilegio, porque les puso respeto su venerable y apacible semblante; y su Capitán, aunque no se determinó, quiso reconocelle, por haberle hecho un gran favor en Nápoles, y en duda de si era él o no le dio libertad y dineros, diciendo:

—Agradece tu vida, no a mi piedad, sino a tu rostro, en quien traes la imagen de un caballero español, a quien como a deidad reverencio y temo.

Pudiera la calamidad presente rendir el espíritu de cualquier caballero que pusiera su confianza en los bienes, y hacerle que, desesperando de volver a verse jamás en próspera fortuna a un tiempo, o desmayara en el intento o acabara con la vida y la paciencia; porque hallarse en tierra tan estraña y desconocida sin las cartas de su Rey (que también fueron parte de el robo en un escritorio donde iban otros despachos y papeles), y juntamente sin tesoros y criados que autorizasen su persona, era haberle imposibilitado de hacer su embajada, y mucho más con la voz (que corrió luego) que su persona había sido también muerta, de donde podía temer que si llegaba al ejército Imperial (que estaba de allí sesenta leguas) con intención de ser estimado por sí mismo, le tuviesen por algún hombre que aprovechándose de la ocasión formaba aquel embuste, pues no sería nuevo en el mundo este modo de engañar a los príncipes. Demás de esto, sentía infinito volverse a Nápoles sin haber hecho alguna cosa ilustre en servicio de la Religión, por cuya causa había renunciado el ocio y aplauso de aquella Corte, donde por singular prerrogativa de el Cielo, con<sup>23</sup> ser el más poderoso, era el más querido. Porfió en este pensamiento muchas horas, y últimamente se resolvió a seguir la jornada, diciendo que no en vano había puesto Dios piedad en las manos de un hombre tan sangriento, y que sin duda le guardaba para alguna cosa grande en aquella ocasión.

Este parecer eligió por el más acertado, que haciendo mucha fuerza en su entendimiento le llevó alentado y gustoso hasta donde el ejército Imperial se alojaba, que opuesto al de un príncipe Potentado de el Imperio, cuyo nombre por justos respetos se pasa en silencio, venía a castigalle porque con su amparo se atrevía un hombre de mayor osadía que letras a sembrar una nueva, bárbara y poco católica doctrina. Podíase recelar que el caso no sucediese al revés, porque, ayudado de el Turco con dineros, había formado un campo

23.— Orig.: 'con | con' (77v).

de gente mayor en número y más ejercitada en la milicia que la de los imperiales. Mas ellos, fiados en el Cielo, cuya causa defendían, estaban esforzados y animosos.

Don Alonso halló las cosas en este estado, y tan dispuestas que otro día por la mañana se había de acometer al enemigo. Quiso besar la mano antes al Emperador en su tienda, y buscó medio para hacerlo sin que pasase de aquella noche, y puesto a sus pies, iluminado de el Cielo (que en él hablaba entonces), dijo (siendo suyas la voz y las razones):

—César, cuando no ilustrado por otras empresas, por esta sólo digno de alabanza, pues en la defensa de la causa justa, aunque la vida se pierda, vive la memoria del loable intento: yo soy un español, noble, que sin mayor interés que verter mi sangre por la<sup>24</sup> defensa de la Religión he venido desde Italia, donde estaba en servicio de el magnánimo príncipe don Alonso, rey de Aragón y Nápoles, a tu ejército, bien que desprevenido de armas porque no entendí que la ocasión de el pelear estuviera tan vecina. Mi celo merece que se me den de tu mano; que yo me ofrezco de matar o prender mañana por mi persona la del príncipe enemigo que ciego en el alma se opone a la verdad católica, o moriré tan vengado que ni a los contrarios les quede gloria de haberme muerto ni a mis parciales lástima de la pérdida de el que tan liberal se entregó a la muerte por su defensa.

Las personas que asistían al lado de aquel monarca juzgaron la promesa arrogancia española; más él, sintiendo con juicio desapasionado y sano que de la bondad de el ánimo de aquel caballero se podía esperar felicísimo suceso en tan ilustre asunto, ordenó que se le diesen armas y caballo de las mejores que hubiese en su tienda para su imperial persona, y juntamente, con palabras, y obras, le agradeció tan valerosa y importante oferta, y le animó para la ejecución. Mandó que aquella noche fuese hospedado donde la pasase con gusto y comodidad, y a la mañana quiso que oyese misa a su lado y refrescalle luego, como lo hizo, la obligación en que él propio por su voluntad se había puesto.

Don Alonso oyendo la señal que hacían los trompetas para que se acometiesen los ejércitos, a semejante exhortación respondió con las obras, arrojándose entre los enemigos intrépido y gallardo, siendo el primero que empezó a herir en ellos. Siguiéronle los del campo imperial, imitadores de su resolución valiente; pero como los contrarios fuesen mayores en número, y en el arte militar aventajados, pusieron la batalla en el último trance. Estaba don Alonso desconsolado cuando, viendo un caballero de gentil disposición y lucidísimas armas, le pareció acaso (siendo así) que aquél debía ser la cabeza infiel de aquel ejército profano, y cerrando con él le mató, a pesar de muchos que llegaron a defendersele, nombrándosele y diciendo «Antes le prendas que le mates».

Con esto corrió la voz por el campo, que empezó a retirarse con vergonzosa pérdida, dejando en poder de los imperiales muchos despojos y el cuerpo de su príncipe difunto, que, hallándole aún antes de espirar y de modo pudo confesarse, se redujo a la Iglesia y dio fin a su vida con demostraciones de verdadero católico. Con su muerte pudo ser preso con facilidad el nuevo sectario, que murió, obstinado, con castigo público, sin dejar aun criados discípulos de su falsa doctrina: favor grande que hizo Dios a su pueblo fiel en que tan presto pereciese el que le amenazaba y los que seguían sus ignorancias y errores, haciendo instrumento a don Alonso para que en esta vida empezase a gozar alguna parte de premio de su cristiano celo y heroicas virtudes.

24.- Orig.: 'lo' (79r).

Quiso saber el Emperador quién era aquel caballero español, y como no pareciese tan presto (porque había quedado con algunas heridas) juzgó ser algún ángel, hasta que, teniendo mejor razón del estado de su persona, mandó que se le acudiese como a la propia suya, retirándole al pueblo más vecino, donde, mejorando dentro de breves días, fue a rendirle las gracias. Entendió de su relación quién era y los sucesos estraños de su viaje, admirando entonces menos la hazaña, por la grande opinión que de su persona se tenía. Asistióle hasta que estuvo bueno, y, dándole joyas y gente que le acompañase, le envió a Nápoles con cartas para el rey don Alonso, y en ellas le refería el caso y abonaba con singulares alabanzas su persona, Entendió don Alonso en el camino que le convenía dar prisa a su viaje, y así, tomó postas en las últimas jornadas.

Habíase estendido la nueva de su muerte por todo el mundo, y llorábase en España, y mucho más en Nápoles, cuyo sentimiento, juntándosele otras causas no menos graves, puso al rey don Alonso en una enfermedad tan cuidadosa que los médicos le temieron. Decía el Rey que ninguna cosa le daba tanto cuidado en aquella partida como haber dilatado por sus particulares fines las bodas de doña Inés, que, hallándose sin su amparo, y prenda de tanta codicia, recelaba que cayese en poder de algún sujeto que ni tuviese partes para merecilla ni conocimiento para estimalla. O ruegos de algunos religiosos siervos de Dios, o el no convenir para el bien de la Cristiandad que aquel príncipe que tanto la amparaba faltase entonces, le restituyeron a la salud, con gozo general de España y Italia, donde era amado.

Trató luego (por que no le cogiese otra vez la muerte con esta inquietud) de elegir persona que acompañase la de su sobrina después de sus días con satisfacción de sus consejeros y vasallos. Ella se resistía diciendo que aún tenía muy presente la memoria de el marqués de Belflor, de quien aún con entera certidumbre no se sabía si era muerto o perdido, y que hasta que esto le constase por testimonios auténticos y fidedignos no trataría de elegir estado. Los pretendientes hicieron muchas probanzas de la voz común y de lo que había declarado uno de los bandidos, que murió enroddado en Milán.

Ofendiose mucho de tan apretadas diligencias aquella señora, y por igualarlos a todos en el castigo (que era lo que podía hacer, lo que en el premio no, porque había de ser de sólo uno) se determinó a entrarse monja Descalza, fundando un convento para esto solo. Mas viendo que aún la perseguían con mayores veras, mudó parecer, y por no esperar a lo que había de tener tanta dilación, hizo elección de uno de los más ilustres, y trujo bula de el Pontífice para que el mismo día que entrase pudiese hacer profesión.

A todos los príncipes de Italia les pesaba, y el Rey no tenía gusto en ello, pero a los que le acusaban por qué no lo impedía, respondía diciendo que él no había de oponerse a las vocaciones divinas. Sólo don Juan de Moncada, primo de doña Inés y heredero de sus grandes estados, entre tantos tristes mostraba semblante alegre, porque, habiéndose visto desesperado de conseguilla en matrimonio, se consolaba, ya que le faltaba la hermosura de la persona, con la riqueza de el hacienda.

El día que estaba determinado, el Rey, por último honor, acompañado de muchos príncipes de Italia y de España, parte de ellos señores libres, parte vasallos de otros príncipes, y la mayor de los suyos, vino al cuarto de doña Inés para ir con ella en público al convento donde había de recibir el hábito. Todos los pretendientes burlados fueron vestidos de luto, y sus parciales y criados, siendo tantos éstos, y tan ilustres, que parecían, cuando se

juntaron a la puerta de Palacio, que estaban allí para el entierro de alguna persona Real. El pueblo, o la mayor parte, se había congregado allí todo con admiración, dudoso de aquello mismo que esperaba ver, pareciéndole imposible que una señora ilustrísima en sangre, tierna en los años, admirable por la belleza y poderosa en riqueza y estados, lo renunciase todo por un sayal pobre, ignorante de los tesoros que en él se encubren.

Doña Inés entró en un coche negro en hábito de viuda, afirmando que en su opinión lo era del marqués de Belflor, porque entre las personas de tanta calidad como la suya, para que los matrimonios se diesen por hechos bastaban los contratos, aunque no se llegase a la consumación última. Todos éstos eran efectos de la melancolía engendrada en su ánimo desde el día que llegó la nueva de la muerte de don Alonso. Entre tanto luto y lágrimas, sólo don Juan vino cubierto de lucidas galas, seguido de muchos criados que imitaban el ornato de su dueño. Llegó a la puerta de Palacio en un caballo brioso y saltador al mismo tiempo que su prima acababa de entrar en el coche.

Caminaron puestos en orden, llevando de el coche los dos lados, el derecho el Rey, y don Juan el izquierdo, hallando por todas las calles tanto pueblo que era difícil rompelle la guarda, cuando al entrar por la misma calle donde estaba el convento se encontraron con don Alonso y su gente, que habiendo tenido aquellas nuevas de la resolución de doña Inés aquella mañana, venía fatigando las postas. Los unos se embarazaron a los otros; pero don Alonso, gallardo, rompió por entre las guardas, que, reconociéndole, alegres le dieron lugar. Llegó al Rey con grande rumor y gozo de el pueblo, que ya se había anticipado a pedir las albricias. Recibíole en sus brazos a la misma portería del convento, donde acababa de apearse, y entendiendo de su relación con brevedad los varios sucesos de su fortuna, y de las cartas de el César la empresa ilustre de su ánimo y el feliz vencimiento, volvió a renovar los favores en presencia de aquellos generosos príncipes, que celebraban la osadía de el intento agradeciendo al Cielo un fin tan glorioso. Doña Inés honesta y grave disimuló parte de el gusto que en velle había tenido, aunque le dio el parabién de su venida risueña y agradable.

Con esto, volviendo el Rey a ponerse en su caballo y mandando que al marqués de Belflor se le diese otro, sin que doña Inés se apease, pues ya teniendo presente al que ella daba nombre de marido no era necesario, ordenó que en la misma forma y orden que se había venido se diese a Palacio la vuelta, donde quería que luego aquella propia noche se celebrase tan deseado desposorio.

Disparose la artillería de los castillos. Todas las campanas de las iglesias se tocaron con tanto gozo, que apenas se escondió la luz de el sol cuando la ciudad, llena de luminarias, parecía arderse, haciendo los caballeros ciudadanos una máscara más lucida que costosa, porque el breve tiempo no dio lugar a prevenir adornos de mayor precio. Doña Inés mudó el luto en ricas galas, y el Rey las vistió, aunque anciano. Don Alonso entró acompañado de todos los nobles, que traían hermoso aparato de riquezas en sus personas. Sólo don Juan de Moncada, por diferenciar de los comunes sentimientos, vistió luto, a quien el Rey, enojado y ofendido del atrevimiento, mandó salir de Palacio.

Celebrose el desposorio asistiendo el Arzobispo de la ciudad, y luego después de él se siguió un sarao. Envió el Rey la cena a los novios, y no se halló en ella por no ponerse en ocasión de hacer algún exceso que le costase la vida, dando a aquella ciudad, tras un día tan alegre, otro lleno de tristeza y lástima. El día siguiente las compañías de a caballo escaramuzaron delante de la casa Real, y todos los oficios públicos cerraron sus puertas,

sacando cada día cada uno diferente fiesta en competencia de los demás. Todos los señores libres de Italia, y los que los querían competir en grandeza, enviaron a visitallos, haciendo lo mismo, aunque más tarde, los potentísimos monarcas alemán y francés, por la voluntad y afición que tenían al Caballero Perfecto. Mandó el Rey que se publicase un torneo para dentro de quince días inclusive, y el marqués de Santelmo, fiel amigo de el de Belflor y partícipe de sus prósperas fortunas, se ofreció a mantenerle, preveniendo lo necesario con mano liberal.

En tanto que estas cosas se disponían, Jerónimo de Oria, caballero nobilísimo de Génova y general de la Armada de aquella Señoría, tan feliz y valeroso sobre las ondas, que su nombre solo había puesto miedo a la potencia de el Turco hallándose obligado de los méritos de tan fieles amantes, y en particular de los de don Alonso, a quien confesaba deber amistad y buena correspondencia,<sup>25</sup> dos noches después de aquella que se ocupó en la celebración del desposorio hizo con sus galeras una fiesta en la mar, llena de tantos fuegos y luces artificiales y música de varios instrumentos, que cuando llegó el siguiente día, con ser muy hermoso, ni pareció agradable ni apacible.

25.– Orig.: ‘conrespondencia’, por única vez en el texto (86v).

## La fiesta del torneo se hace menor por causa de unas diferencias. Compónelas don Alonso, y después consigue una feliz vitoria de los turcos

**E**L día señalado para el torneo se dilató algunos más, porque amaneció lluvioso, y los que después se le siguieron, con que se dio más lugar a las prevenciones de las galas y pudieron llegar a tiempo los que de fuera venían, para que la fiesta quedase cumplida, porque no es la menor parte en los regocijos públicos la concurrencia de mucho pueblo que en voz conforme y grande los solemniza, aumentando el ánimo de los actores, que se encienden con vanagloria de tanto aplauso.

Salió el marqués de Santelmo bien acompañado de instrumentos y paseó las calles de la ciudad. Encontróse junto a Palacio con don Juan de Moncada, que, haciéndole cortesía, no le correspondió, antes pasó grave y severo. Reparó en ello el Marqués, y creyó que iba divertido, como quien estaba tan poco gustoso, y pasó adelante, sin detenerse más en aquel discurso. Uno de los que le acompañaban lo notó y se lo dijo, con que le pareció que le corría obligación de averiguarlo; que muchas cosas se hacen más por cumplir con el respeto de los terceros que por el sentimiento propio. Despidió la gente que le acompañaba, dándoles orden que le esperasen a la puerta de su casa, asegurándoles que dentro de una hora volvería, y partió solo con aquel amigo, a quien le pareció que era forzoso dar satisfacción, en busca de don Juan para ponerle en nueva ocasión y conocer en la segunda el intento de la primera.

Hallose más presto de lo que pensó, y repitiendo el Marqués la cortesía, don Juan, descontento, le volvió las espaldas, obligándole a que cerrase con él y le dijese algunas palabras quejasas pero templadas y no de el todo provocadoras a disgusto, pidiéndole por ellas le diese las causas y fundamentos de tan imprudente novedad. Don Juan respondió que él no estaba en tiempo tan gustoso que se le pudiesen censurar con tanto rigor sus acciones obligándole a que diese satisfacción de ellas; pero que entendiéndose que aquella sequedad, o descortesía, si él quería que se llamase así, no había sido hacérsela a su persona, a quien siempre trató con el respeto y veneración que era justo, sino a quien él quisiera ofender en materias de mayor importancia y consideración. Apretó, con esto, las piernas al caballo y fuese a pasos largos y descompuestos. El Marqués quedó más ofendido de el modo de la satisfacción que de la misma causa por quien se la había pedido, hallando en el desagravio mayor el agravio; pero viendo que era ya hora de ir al puesto, y que se decía que esperaba la persona Real, pasándose por su casa y llevando consigo a los que estaban aguardando, fue lleno de pesar a dar principio al regocijo público.

Ofreciósele otra vez don Juan, y lleno de cólera, no pudiendo el Marqués refrenarse, aunque estaba a los ojos de el mismo Rey, hizo fuerza en que le hablase más claro.

Respondióle:

—Para que yo os desprecie basta saber que sois amigo de el marqués de Belflor, y no es menester nueva causa.

Entonces, poniendo mano a la espada, el de Santelmo dijo:

—Los agravios propios suelo llevarlos con más tolerancia; pero aquellos que se hacen a los amigos castigo en cualquier parte y lugar donde llego a tener conocimiento de ellos.

Don Juan le hizo rostro con muy buen ánimo, y si en otra parte hubiera sido el encuentro, donde estuvieran más solos dos caballeros de tantas obligaciones, pasara peligro la vida de uno de ellos, o la de entrambos; pero, como allí se pusiesen de por medio tantos, y principalmente el capitán de la guarda de el Rey (que con orden suyo llegó a prendellos), de ninguna de las dos partes se vertió sangre.

Quiso el Rey tener más entero conocimiento de la causa, y entendiendo haber sido su sobrino el provocador y sin razón, ofendido de que a sus ojos tuviese tantos bríos, y receloso más de verlos en un hombre que tenía sangre Real (porque los tales siempre ponen mayor cuidado a los reyes) le aprisionó luego en una torre, y al Marqués dejó libre y le mandó que empezase la fiesta, considerando, lo uno, el no estar culpado, y lo otro, que de aquel modo se hacía amable a los napolitanos, porque no era prudencia despertar odios en los mismos en quien fundaba un nuevo imperio a pesar de las armas francesas. La fiesta se empezó tarde y se acabó temprano; porque muchos amigos de don Juan se retiraron de el puesto, estando ya en él para entrar en ellas. Éstos, por la inobediencia, también fueron presos, porque en oposición de la voluntad Real no ha de haber parcialidades.

Quiso el marqués de Belflor mostrar en esta ocasión su ánimo libre de pasiones como en todas, y así, intercedió con el Rey para que le diese libertad, como lo hizo. Trató de casarle con la princesa de Sanseverino, heredera de la casa de sus abuelos, que renunciaron luego en ella los estados; matrimonio que estuvo bien a todas partes: a ellos, porque, aunque eran nobilísimos, casaban su nieta con un sobrino de el Rey, y a don Juan porque con ella enriquecía, que era lo que le faltaba.

Instó mucho con su tío para que le ocupase en el Virreinato de Sicilia, a que respondía que erraba la elección poniendo en un gobierno grande un mancebo de pocos años y que había dado más muestras de ambicioso que de prudente. Que le dejase pasar por más desengaños y experiencias, para que en ellas se perficionase el sujeto, si no quería verle perder en un golpe un sobrino tan amado y un reino tan rico. Que nada estaba más peligroso que poner por gobernadores de los reinos los mismos que a ellos podían tener pretensiones, dándoles ocasión a levantar el ánimo a empresas en que los pueblos se encendían con facilidad y con dificultad se extinguían.

Convenciéronle a don Alonso las razones Reales, y consultósele para General de las galeras de Nápoles, y el Rey refutó la proposición con estas razones: que los hombres tan gallardos como don Juan eran buenos para la guerra obedeciendo y no mandando, porque con la bizarría de su ánimo intentan empresas superiores a las fuerzas de su ejército, en que las más veces pierden su vida, con la de sus soldados y la reputación de su patria y príncipe. Que ya que se hubiese de ocupar su persona, había de ser en la tierra, materia de que tenía más conocimiento, porque en las galeras jamás había navegado como soldado, sino como pasajero desde España a Italia. Que él propio, aunque mancebo robusto, le había confesado no tener salud para andar embarcado, demás de que hablaba con desprecio de la milicia de la mar, como aquel que no sabía cuánto valor era hallarse en una tormenta

y pelear contra el mar y el cielo. Que aquella ocupación sería más a propósito para el marqués de Santelmo, porque, demás de ser gran marinero, hasta en su título traía el mismo que se invoca contra las tempestades y borrascas.

Don Alonso quedó muy gustoso de que el mismo Rey eligiese para aquel puesto su mayor amigo, y agradecido le besó la mano. Publicose esta merced otro día, acompañada<sup>26</sup> de otras muchas en diversas personas. Viendo que en ninguna de ellas le había cabido parte, don Juan concibió de nuevo sospechas contra don Alonso, juzgando mal de su ánimo. Era fácil a la credulidad y colérico en las resoluciones; pero como estaban los escarmientos pasados tan frescos quiso fundar más bien su queja, y entendió de uno de la Cámara de el Rey (que había oído todo lo que pasó en aquella consulta) los buenos oficios que con su intercesión y ruegos le había el marqués de Belflor hecho, y se corrió (aun para consigo mismo) de haber presumido mal de tan buen caballero; porque don Juan, como era de tan noble sangre, cuando obraba por su propia naturaleza daba resplandores de generoso príncipe, sino que, como mancebo y poco experimentado, se había dejado llevar los oídos de algunos hombres que le ponían en ocasiones donde destruía su salud, hacienda y reputación.

Advertencia fue para él este caso, y grande escuela para desengañarse de las presunciones de su fácil discurso, y, buscando a don Alonso y a su prima, les visitó y rindió las gracias, dando en sus razones prendas de hombre prudente y esperanzas firmes de que el tiempo había de labrar en su persona un sujeto importante en la paz y en la guerra.

Con ocasión de venir otras visitas a doña Inés se retiraron don Alonso y don Juan, y después de haberse paseado por una galería que, adornada de hermosas pinturas, se hacía más deleitosa por descubrirse desde ella, por una parte, los más nobles edificios de la ciudad; por otra, sus amenísimos campos, y por otra la mar, entones poblada de naves y galeras, don Alonso, deseoso de que don Juan consiguiese la última perfección, dijo:

—Amigo y señor: de mi propia naturaleza amé siempre los hombres ilustres, y a vos con mayor fuerza, por ser la prenda más estimada de las dos personas a quien más obligación tengo: el Rey y mi esposa. Podréis vos haber dudado de esta verdad porque los ministros de vuestras mocedades han procurado retiraros de la conversación de un hombre de mi experiencia, porque podía desengañaros de ellos y de ellas. Piedad de el Cielo abre vuestros ojos y en tiernos años os dispone a la emulación de gloriosos asuntos: ya es tiempo que empecéis a dar fruto sin que permitáis correr la velocidad de los días, que cuando se pasan sin hacer ilustres acciones, ellos propios nos dejan con vergüenza de haber venido a verse en infelices empleos. Alejandro administró las armas casi desde la cuna, y gozó en breve vida más que muchos perezosos en largas edades; que un hombre no vive más tiempo que aquel que ejercita generosamente, porque el que se entrega al ocio aun es más miserable que el que se pierde con el sueño. Nobleza es de algunos campos, y aun alabanza de los cielos que los influyen, que nunca descansan de ofrecer algo para el servicio de los mortales. Tanto es bueno un hombre cuanto es provechoso para los demás, porque el inútil se hace inferior a las piedras y a las plantas, que con tantas virtudes los sirven y benefician. Miserables son aquellos, y de peor condición que los irracionales, que en las cortes de los grandes príncipes se entregan a la esclavitud de los deleites y sólo sirven de dar a los virtuosos escándalo, y a los fáciles mal ejemplo. Culpa es de cualquier hombre no obrar

26.— Orig.: 'acompañadas' (92r).

bien, porque a todos alumbra la razón para el conocimiento de la virtud; pero más en el noble, porque cuando sigue lo vicioso parece que huye de sí mismo. Animaos, y empezad a dar al mundo luz de vuestro espíritu; que nunca llegaron vuestras hazañas (aunque sean tantas como yo espero) a igualarse a vuestras obligaciones. Los hechos ilustres de vuestros pasados no los tratéis como comúnmente hacen hoy muchos nobles, que los refieren para desvanecerse con ellos y no para imitallos, y la licencia de lo que éstos obran mal la fundan en lo que aquéllos obraron bien. Si volviédes los ojos de espacio a ver quién fueron vuestros mayores, o la conquista de el mundo, para imitallos, la juzgaríades humilde, o falso lo que de ellos nos escriben las historias. El Asia sabe, la Europa lo celebra y África lo llora, cuánto cortaron los filos de sus aceros. Los reinos, los imperios, las monarquías fueron blasón de su mano y vencimiento de su espada. Sintieron los mares el peso de sus invencibles armadas, y la tierra, ocupada de sus copiosos ejércitos, temió la junta de tantos hijos suyos, y, habiendo podido producillos, dudaba de sustentallos. ¡Ea gallardo joven! Seguidlos con las alas del corazón animoso, y renovaréis en vuestras obras sus alabanzas, que el tiempo encubre y la invidia ofende, Sed poderoso para hacer este pesar a los años, que intentan escurecer la memoria de tan ilustres hechos; que para servirlos, en este ánimo, en estas manos, ni habrá duda ni pereza.

Hasta aquí don Alonso. Suspenso y arrebatado estuvo don Juan de las razones y de el modo con que se dijeron, y encendido de valeroso coraje quisiera obedecer luego tan honradas persuasiones. En aquel breve tiempo se le representaron los días perdidos de su juventud, y reducido a más alto modo de vivir, propuso la enmienda de tantos inútiles y pasados errores, con agradecimiento al ministro de tan seguros desengaños. Haciendo, pues, cada día nuevos esfuerzos en la virtud, se acreditaba con su tío y con el pueblo.

Murió en tiempo el rey de los Turcos. Saludaron sus ejércitos a su hijo mayor Amurates por príncipe de aquel imperio, que, no olvidándose de la tiranía antigua, hizo matar sus hermanos menores, reservando sólo la vida de uno, a quien amó para su desdicha, Éste, llamado Ismael, mancebo de gallardos bríos y esperanzas, procuró conservar la gracia de su hermano sirviéndole con fidelidad en todas las ocasiones, haciéndose amable a los soldados porque era cortés y liberal con ellos. Creció este aplauso tanto, y con tal libertad y osadía, que puso recelo en el ánimo de Amurates, y pesar de haber reservado una cabeza entre tantas para su inquietud. Verdad es que de la persona de Ismael, y de las experiencias hechas en su ánimo limpio de ambición, pudiera asegurarse; pero como cada día creciesen los favores populares y él no pudiese moderarse en tanto desasosiego, tomó resolución de quitarle la vida con un modo encubierto y sagaz, por no revolver los humores de el pueblo, que tan afecto a sus cosas estaba.

Consultolo con su secretario y determinaron que un día que Ismael estuviese reposando en la misma cama de Amurates su hermano (que llegaba a tanto el favor, que esto le sucedía muchas veces), le enviase Amurates a su secretario una sortija con el sello Real para que entre los dos sirviese de seña, y vendría luego con un esclavo que tenía, osadísimo, y dándole a entender que era otra persona haría que en el mismo lecho le diere la muerte, y después alzando la voz, saldría tras él con su alfanje desnudo y adonde los oyese alguna gente diría «¡Perro! ¿Por qué has muerto a Ismael, hermano querido de el gran Señor?», y sin esperarle la respuesta le metería tantas veces en el pecho su alfanje cuantas fuese necesario, para sacar de el mundo testigo tan dañoso; y que a esta ocasión podría

llegar Amurates y, haciendo demostraciones de mucho sentimiento, sosegar los rumores de el vulgo. Esto quedó así entre los dos asentado.

Amaba el secretario a una esclava griega bellísima, y ella a Ismael, sin sabiduría suya. Aunque el secretario no podía lograr sus deseos, por ser la esclava mujer de entendida y apacible conversación, o (lo más cierto) porque a quien se quiere bien no se puede encubrir nada, la comunicó el caso. Quedó la griega llena de prodigioso espanto, pareciéndole que ya tenía en el pecho todas las heridas que al de su amante amenazaban. Como las mujeres son tan ingeniosas, y más amando, halló modo para hablarle y darle aviso. Burló Ismael de la griega, creyendo que por aquel camino quería obligarle a que la correspondiese, cosa que siempre había despreciado; pero ella deseosa de asegurar su vida en la de él (con tanta verdad le amaba), le escondió en parte donde pudo oírle discurrir con el secretario en la sentencia de su muerte, y el por qué se hacía y el modo como había de ejecutarse. Salió aun más agradecido a la griega que admirado de la tiranía de su hermano, y ya tan amante de ella por esta obligación, que le ofreció partir con ella el señorío de aquel imperio.

Asistió desde entonces con cuidado en el aposento de Amurates, y un día que para lavarse las manos se quitó la sortija con el sello Real y la dejó por descuido sobre la almohada en que estaba sentado, la cogió y guardó con sagacidad, y haciendo en muy breves horas hacer otra parecida en todo, la volvió al propio lugar donde Amurates la había dejado; que, echándola después menos y hallándola en el mismo puesto donde se la quitó, no concibió sospecha.

Esperaba Amurates desesperado el fin de Ismael, a quien solía pedir que sosegase en su cama, y él se excusaba con decir que no tenía sueño ni cansancio que le obligasen a recibir tan grande favor. Retirose un día, después de comer, a dormir Amurates sobre su lecho, y viendo Ismael la ocasión en las manos, envió con un soldado de los jenízaros la sortija al secretario, que viniendo con gran priesa con su esclavo, para que fuese verdugo en lo<sup>27</sup> que él había sido consejero, como era persona a quien las guardas no defendían la entrada, hizo que miserablemente muriese Amurates ahogado en su propia sangre en fee de que era Ismael. Salió luego, desnudo el alfanje y siguiendo al matador, a quien no pudo quitar la vida porque Ismael con algunos soldados de la guarda se le opuso al paso, diciendo: «¿Qué haces con las armas desnudas en el propio cuarto y aposentos de mi hermano, autor de traiciones?».

El secretario que vio delante de sí el propio rostro de el mismo que entendía haber acabado a las manos crueles de su atrevido esclavo, cayó, con el horror, en el suelo, privado de el sentido. Dejó Ismael parte de los soldados en su guarda, y entrando al aposento de Amurates y haciéndose tan extraño como ellos en aquel sangriento suceso, abrazó el cuerpo con muchas lágrimas fingidas, y llenando de voces el aire volvió a salir donde estaba el secretario, infamándole con los nombres de alevoso y traidor, que sin poder resistírsele a los de la guarda le hicieron mil pedazos y luego los quemaron en la plaza más pública de Constantinopla. El esclavo viéndose engañado, aunque había huido, se ahorcó a sí propio, cuyo cuerpo siendo hallado después, aunque muerto, fue también entregado al fuego con ignominia y desprecio.

27.- Orig.: 'en lo | en lo' (98r).

Los soldados y el pueblo pusieron luego a Ismael en el supremo lugar, que con grande autoridad y pompa dio a los huesos de el hermano el último honor. Abrió los tesoros, que eran grandes, y, agradecido a los jenízaros, que siempre habían sustentado su voz, y por obligallos también a que le conservasen en lo mismo en que le ponían, repartió entre ellos mucha cantidad de cequíes de oro. Acordose en tan alta fortuna de la griega esclava y de la promesa que le había hecho por tan justa obligación, y eligiéndola por la principal de sus mujeres, hizo que con más que humana veneración la adorasen todos sus bajáes.

Dio en los principios señales de buen príncipe, y por que los suyos le amasen con mayores veras trató de estender los límites de su Imperio, y mandando prevenir una poderosa armada contra la en otro tiempo reina de el mundo, Italia, amenazó con espantoso ruido de armas a la Cristiandad.

El marqués de Santelmo no había querido acetar el cargo de General de las galeras de Nápoles, y se escusaba diciendo que era necesaria la asistencia de su persona en aquella corte, y la Romana, para dar fin a unos pleitos en que consistía dejar a su hijos muy pobres o muy ricos. Todos los demás príncipes de Italia se coligaban, y los Venecianos ponían en esto grande calor. El duque de Milán ayudaba con dineros y gente. Dio el Pontífice doce galeras; Venecianos, treinta; Genoveses, diez y seis, mejor armadas que todas. El rey don Alonso de Aragón, Nápoles y Sicilia, treinta y cuatro, que se juntaron muy tarde y salieron después que las demás.

Para cabeza de estas galeras faltaba persona de autoridad, y deseaba tanto el marqués de Belflor, por su nobleza natural, ver ocupada la persona de don Juan de Moncada y que un mancebo de tan ilustre sangre y generosos bríos empezase a tener puesto en que descubrirlos, que se ofreció, como el Rey le hiciese General de aquella facción, a asistille a su lado, para que yendo a su orden no se temiese que se perdería por sus resoluciones imprudentes. Daba el tiempo tanta priesa que lo demás de la armada navegaba, y el Rey era fuerza que se diese a cualquier partido, cuando éste no fuera tan aventajado, bien que por otra ninguna ocasión que fuera de menos servicio al universal bien de la Iglesia Católica apartara de su lado la persona de don Alonso.

Embarcose un hermoso número de aragoneses y italianos, y corrieron en busca de las galeras de el Pontífice y demás coligados (que entre sí habían llevado algunas diferencias sobre los lugares y puestos), a quien no pudieron alcanzar a tiempo. De que se siguió mayor felicidad, porque como fuese descubierta la armada Católica de la Turquesca antes de llegarles el socorro de el rey de Aragón (con que se hallaba tan inferior que no se podía dudar con esto de la pérdida de la batalla y dejar de temer que el Turco, más poderoso y animado, acometiese a algún puerto de las costas de Italia y le tomase, y por mayor castigo de nuestras culpas alguna provincia y reino entero), se resolvieron a volverles el rostro y encerrarse en Venecia, en cuyo mar se hallaban, y tan cerca de ella que lo podían conseguir sin recibir daño, pretendiendo con esto ver desde parte segura los fines de el Turco y hacer recuerdo al rey de Nápoles y Sicilia para que les enviase el socorro que les había ofrecido, como quien era tan interesado en la quietud de Italia por tener la mejor y la mayor parte de ella, respeto de los otros príncipes que la dominaban.

El consejo fue de el General de Venecianos, que era hombre considerado y atento, y por lo menos le parecía que con aquel buen número de galeras en su puerto tenía seguras las puertas de su casa, a cuya conservación debía atender. Los demás no pudieron hacer

otra cosa, por hallarse tomados los pasos y sólo con aquel abrigo; que no había sido pequeño favor de el Cielo dársele tan a tiempo en aquella ocasión, donde el peligro era tan conocido. Recibiólos Venecia con mucha pena, temiendo no diese aquel gran poder en alguna parte desvalida por cuya pérdida vertiese lágrimas la comunidad de los fieles. Las galeras de los aragoneses corrieron tormenta, pero no tanta que pudiesen recibir daño, y así, sabiendo el estado de las cosas se recogieron a Sicilia.

El General de el Turco se hallaba con ciento y veinte galeras, y le pareció enviar las cuarenta sobre la isla y reino de Cerdeña, por tener nuevas que estaba mal armada y divertir en aquella parte las fuerzas de el rey de Aragón, pareciéndole que con las ochenta que le quedaban podía acometer a otra parte de las de Italia y hacer rostro a la armada de sus coligados. Tuvo don Alonso el aviso, y saliendo desde Sicilia al paso a las cuarenta galeras, peleó con ellas y las venció afortunada y valerosamente, y volviendo en busca de la demás parte de la armada Turquesca, que estaba llena de espanto con las nuevas de aquel suceso, supo que se retiró vergonzosamente, donde, dando en manos de el demás resto de la armada Católica (que había salido luego que entendió que el General de el Turco, mal aconsejado, dividió sus fuerzas), pereció toda, sin quedar apenas bajel que pudiese volver a Constantinopla.

Entendiólo así de las galeras de el Pontífice, con quien se encontró, y las volvió acompañando hasta Roma por verse allí con el marqués de Santelmo, su amigo fidelísimo. Estaba siguiendo un pleito de mucha importancia y tuvo necesidad de su favor para el breve y buen despacho. Hiciéronse en Roma grandes fiestas, regalos, presentes y dádivas, y él, contento con el buen suceso, sin querer reservar para sí alguna gloria, quería que todas las alabanzas se diesen a don Juan de Moncada (y verdaderamente se decía que había peleado con tanto valor que se le debió buena parte).

Deseaba el rey don Alonso que antes que saliese de aquella corte dejase asentados algunos negocios que importaban mucho a su autoridad, para que después su embajador ordinario los prosiguiese. Por obedecer a su príncipe se detuvo allí el tiempo de los calores, de donde se siguió darle una enfermedad que desde su principio fue muy peligrosa, y la convalecencia larga. Los correos de su mujer eran continuos, y las quejas daca tardanza fueran más que justas, a no estar él detenido por voluntad de el Cielo; que como a ella la encubrían la razón por no dalla más pena, estaba cada día más impaciente.

Al fin, don Alonso volvió a Nápoles, recibiendo el Rey con su vuelta un grande gozo, a cuyos pies vencedores hizo que don Juan postrase los estandartes vencidos de el Turco, acreditando su persona con palabras de sumo encarecimiento y consiguiendo por ellas que le diese título de Generalísimo de sus Armadas. Y hallando vaco el oficio de Mayordomo Mayor, intercedió para que le ocupase la persona de el marqués de Santelmo. El pueblo hizo fiestas a su venida y en celebración de la vitoria que consiguió con tanto honor de su patria y utilidad de la Católica Iglesia.

## Refiérese el prudente gobierno de vida que don Alonso tenía en Nápoles, y la novela intitulada *El descanso en el desprecio*

CON tanta estimación pasaba don Alonso en Nápoles que parecía que en ella había dos reyes, y entrambos de un nombre. El pueblo le veneraba con grandes ceremonias, que él procuraba escusar y prevenir por todos medios. Servíase en su casa con menos aparato y ostentación que si no fuera privado, porque la opulencia de la hacienda de su mujer era suficiente para magníficas demostraciones, y la calidad de entrambos lo requería; pero intentaba escusar con esto licenciosos juicios de la plebe, que, temeraria, en viendo algún lucimiento generoso piensa, y aun lo dice, que los tales tratan de usurpar la autoridad Real.

Hallábase por este camino rico y abundante para dar a la necesidad común de los mendigos, y a la particular de los envergonzantes, socorro. A todos los hospitales, a todos los conventos, tenía señalada renta hasta cierta cantidad en su hacienda, y en ellos personas asistentes que le avisasen de el modo con que se ejercitaban aquellos actos de piedad y si quedaban defectuosos por alguna causa; que, constándole, satisfacía al inconveniente y ocurría con el remedio.

Los hombres de letras pobres tiraban todos gajes y ración suya, de cualquier facultad que fuesen profesores, porque él no sólo atendía a dar abrigo a aquellos que seguían el estudio que él más amaba (que esto fuera premiar su misma inclinación y hacerse aplauso a sí propio en el don que daba a los otros), sino a todos en común, atendiendo al buen empleo que de el tiempo hacían y a que las artes y ciencias, todas son útiles para diversos fines. Lo que les daba era lo suficiente para vivir con modestia y no derramarse en vicios; porque en este medio ni la abundancia los distraía ni la necesidad los inquietaba. Elegíalos no sólo sabios en los estudios, sino virtuosos y templados en sus costumbres, haciéndoles que viviesen con unión, sin morder los unos los escritos de los otros, antes honrándose con reverencia y respeto. La obra que cada uno hacía en particular era aprobada y defendida por la voz común de los demás: causa de que entonces saliesen en todas materias trabajos lucidos. No por el beneficio que les hacía dejaba de tratarlos con igualdad de amigos y compañeros, cobrando en descortesía lo que les daba en hacienda (abhorrecible linaje de tiranía). Por la falta de sangre ilustre jamás dejó de estimar a ningún hombre virtuoso y sabio, porque decía que para igualarse un hombre humilde con un alto príncipe, bastante calidad era tener ciencia y virtud.

En su casa se leían las filosofías natural y moral, las matemáticas y las artes oratoria y poética. Controvertíase después sobre estas materias con disputas no obstinadas, fundadas, más que en la emulación, en el deseo de conseguir lo cierto, y así se descubría lo que con la razón tenía más conveniencia, porque en las artes lo más es dudoso y raras cosas

son las que con evidencia están averiguadas, y hoy juzgamos fábula lo que ayer reverenciaron nuestros mayores por verdadera doctrina.

La milicia hallaba en él igual amparo, siendo medio para que todos los soldados valerosos fuesen premiados, así como en la estimación en los intereses. Favorecía los en las pretensiones, y mientras duraban los socorría sus necesidades. Disculpaba algunos atrevimientos que los tales solían tener con los ministros, reconociendo que no sin razón se queja el que pide el premio que mereció estando en el urgente peligro, para volverse otra vez a él, del que se le niega severo o se le dilata remiso, por haber vivido siempre en los halagos de el ocio. Atendía mucho a que para cabezas se eligiesen los más dignos, premiando con esto los merecimientos y escusando el aventurar los ejércitos y armadas de su príncipe. Quería que fuesen despachados con mucha brevedad y a su gusto. Lo primero lo fundaba en que a las cortes de los reyes está mal que las ocupen hombres de tan gallardos espíritus como son los soldados, porque los que las han de seguir sufriendo los improperios que los poderosos hacen en ellas, han de tener ánimos (como siempre sucede) humildes, y aun viles; que de no ser así cada día se levantarán motines y parcialidades. Demás de que los mismos soldados, suspendidos en dilatado deleite, embotan los filos de su valor constante y generosos bríos. Lo segundo, porque no convenía que fuesen disgustados de la Corte hombres tan importantes en servicio de el príncipe al mismo tiempo que iban a ejercitarse en él.

Trataba con muchas veras de que los tributos que pagaban los súbditos se acomodasen con su poder, y hacía que éstos se despendiesen en tan importantes empresas que con no dar parte de ellos a lo superfluo jamás faltaban para lo necesario. Los hombres por cuyas manos esto pasaba hacía que fuesen limpios y los bastantes, por que no se consumiese más en los accidentes que en lo principal. Repartía el tiempo de modo que jamás el servicio de el Rey dejase de ser preferido. Antepuso siempre a sus comodidades las obligaciones de el puesto en que estaba, porque decía que aunque por su naturaleza (desengañada de todo) se hallaba en la privanza violento mientras asistía en ella, pues disfrutaba sus honores debía satisfacer a sus inquietudes. Las personas de quien se ayudaba para llevar peso tan grande eran inteligentes de las materias, asistentes al despacho, corteses, humildes, y sobre todo celosas de el bien público y servicio de el príncipe. Descuidaba algunas veces con ellas, mas de modo que ellas lo entendiesen y no<sup>28</sup> se desenfrenasen, y este tiempo daba a los estudios, de donde salía más ejercitado y brioso para acudir al cumplimiento de su principal obligación. Nunca en los Consejos de Estado y Guerra fue de parecer que por respetos políticos dejasen de tener las cosas de la religión el lugar que les convenía, reconociendo que por ningún camino las repúblicas se conservan y aumentan con más seguridad. Así pasaba, así vivía, ejemplar y prudente, como se inducirá más bien de lo que se sigue.

Es costumbre en Nápoles suspender el despacho de los negocios en los calores fuertes de el verano y retirarse al campo a las casas de recreación, buscando en su frescura armas defensivas contra el tiempo, que flechando llamas de fuego parece que quiere abrasar la tierra y sus criaturas. Siguiendo a los demás, don Alonso se retiró a su quinta este año (donativo de el marqués de Santelmo y debida posesión a dueño tan virtuoso) llevando su mujer y demás familia. Allí entonces libre de las fatigas cortesanas, pasaba en dichosa quietud gozándose en los testimonios de la piedad de el Cielo, que con las flores y las

28.- Suplo 'no' (108r).

plantas, en que no sólo crió muchas para nuestra necesidad, sino infinitas para lícito deleite, por que con esto realcemos los hombres el espíritu y pasemos de la contemplación de las inferiores criaturas a la del Criador supremo. Aprendía en ellas nuevos caminos de filosofar y alabanzas para el Artífice de tan hermosas labores. Procuró que la casa fuese capaz de su persona y gente, sin adornalla de muchas peregrinas curiosidades; que pudiera, porque, demás de que cuando se la dio el de Santelmo tenía ella ya desto tanta parte como la que más en Italia, huía de parecer más ostentativo que filósofo, y no quería que aquel sitio, por lo singular, le trujese huéspedes de diferentes partes, en quien procuraba escusar, no el gasto, sino la inquietud. Asistía con los jardineros al beneficio y culto de las yerbas y plantas, y procuraba entender de aquello menudo aun lo menos importante, y tal vez ejercitallo, a imitación de algún insigne Capitán romano que después de haber triunfado de políticas y bárbaras naciones amó la hermosura de las soledades. Las tardes solía, algunas veces, después de rendida la fuerza de el sol, pasear las riberas de el mar acompañado siempre de algún hombre ingenioso, científico y experimentado, por no perder el principal entretenimiento.

El día que con no pequeño dolor de su ánimo fue forzado a despedirse de este sitio hizo un espléndido y regalado banquete a todos los señores más ilustres de la ciudad y a los hombres doctos que asistían siempre cerca de su persona, que le hicieron más agradable y entretenido, porque la poderosa ignorancia a solas más suele causar cansadas que deleitosas las conversaciones que se eligen para el gusto. Armose después la plática, que presentó varios discursos, y con ocasión de haberse referido allí a los grandes peligros a que estaba expuesto cierto caballero inglés por haber mostrado a los ojos de su rey ánimo demasadamente ambicioso, y que temiendo su castigo había venido a aquella corte desterrado y fugitivo de su patria para valerse de el sagrado y sombra de el magnánimo rey don Alonso de Aragón (que, ejercitando su liberal ánimo y la costumbre de piadoso príncipe, le procuraba restituir a la gracia de su rey y natural señor), se disputó sobre las calidades de la ambición, su principio, su fin y sus efectos dañosos.

César Floro, mancebo napolitano gentil en el espíritu y talle, hermoso en rostro y costumbres, amado de las Musas y su ministro feliz en la poesía lírica (cuyas obras eran entonces el honor de la lengua toscana, en competencia de la latina y griega), por mostrar en un ejemplo con mayor evidencia la propia doctrina que las disputas habían querido enseñar, adquiriendo con los ojos y palabras licencia del superior y encaminando con las propias señales los demás ánimos al silencio, suave, apacible y modesto, siguiendo en los altos y bajos de la voz y en las acciones de la mano y brazo el rigor del sentido de las palabras, con deleite común y particular gloria suya, dijo:

— o O o —

**C**UANDO la monarquía de los romanos dio religión, leyes, lengua y traje a las demás naciones, como aquella que supo vencer con las armas y con la industria, en el tiempo de Vespasiano se crio un mancebo en la ciudad cabeza de tanto imperio, hijo de padres nobles y único. Su nombre: Aurelio. Animoso, alentado y con extremo activo, apenas empezó a discurrir cuando mostró un espíritu lleno de inquietud y desesperada ambición, gobernando sobre las ordenes de sus padres y a pesar suyo la familia, cuya muerte

deseó muchas veces por verse solo dueño, procurando en las pláticas y conversaciones hacerse el principal, aunque por ello se hubiese de cargar de cuidado, costoso a su quietud y a su hacienda. Adquiría los amigos con arte, a quien se humillaba para mandallos después, llegando (tal sucede a todos) por mil indignidades a una dignidad. Salió de algunas ocasiones con poca reputación, porque haciéndole rostro otros que le eran superiores por naturaleza y fortuna, tal vez perdía por el desprecio de éstos la estimación que con otros adquirida tenía. Hallándose una vez presente a la conversación de cierto juego, entre los interesados se movió una diferencia, de que quiso hacerse juez contra la voluntad de ellos, causa por que llegaron a las manos y salió afrentado y malherido. Recibió su padre grave dolor deste suceso, y mucho más por conocer, como prudente, con cuánta dificultad se enmiendan los daños que tienen su raíz en la propia naturaleza; pero por cumplir con su obligación, un día de los de la convalecencia que le vio en mejor disposición, le dijo:

—Aurelio: escúchame; que quiero hablarte una vez para no volver más a esta misma plática. Porque si tienes capaz entendimiento mis razones te harán fuerza, y si ellas contigo fueren inútiles no es bien ponellas en ocasión de segunda pérdida: No pretendo obligarte para que sigas lo que te he de proponer con la obediencia que me debes, sino con tu conveniencia propia, y hacer interés tuyo lo que será gusto mío, de donde se seguirá tenerle siempre con descanso. Tu padre soy; tú, mi hijo único, y tan amado que te mienten tus deseos y esperanzas cuando te persuaden a que te procuran mayores aumentos que mi paternal solicitud. Mas como yo por largos siglos he conocido los caducos bienes a que los hombres aspiran suspirando, frutos de la Fortuna y despojos de ella misma, que como los da los arrebatá, he deseado que establezcas tu bien en aquellas cosas que miran al respeto de la virtud, causa de efectos saludables, y que armado contra las apariencias vulgares, no las sigas, advirtiéndote que son todas sus empresas difíciles, peligrosas, y más pesadas en la posesión que en la esperanza; porque pasando siempre de unos a otros intentos, aunque en éstos conseguida quede muerta, se traslada a aquéllos, donde vive con muerte de el mismo que la hace plato de sus entrañas. Si ambicioso naciste y no previenes el remedio de este daño con prudencia sobrenatural, tendrás librado tu descanso en el día de tu muerte, porque en la vida vivirás muriendo. Contra ti propio formarás quejas cuando llegues a los mayores puestos de la Fortuna y los veas tan ajenos de la felicidad, que en la quietud consiste. Como el tiempo que se gasta en adquiririllos es tanta la fatiga, y cuando llega la posesión, tan pequeña la gloria. Renuévase la memoria de el mal pasado con el poco gusto del bien presente, y reconócense entonces por bienes más costosos que útiles. Embárcanse los mercaderes esponiéndose a la fortuna de infieles mares y peleando contra sus tempestades y borrascas, y aun no satisfacen tantas aguas la sed de su codicia, o, por mejor decir, no la espantan, pues en medio de aquellos invencibles horrores<sup>29</sup> muchas veces atienden más a la defensa del hacienda que al amparo de la vida. Tienen los ambiciosos los mismos errores en su juicio y elección. Lloró Alejandro sobre el sepulcro de Aquiles, no lastimado de la muerte de tan insigne varón, sino invidioso de que Homero hubiese sido el pregonero de sus felices vitorias, de que se colige que a los ambiciosos aun les sirven de tormento los premios y honores de los difuntos. Estos tales vertiéndose en sus deseos más allá de los límites de la naturaleza, aun quieren ser obedecidos de los elementos; presumen más que

29.— Orig.: 'errores' (113v).

sus fuerzas, que las empeñan en arriscados peligros de que tal vez salen con felicidad para acabar después en ocasiones vergonzosas. Más glorioso fin tuviera César peleando entre los escuadrones de Pompeyo a manos de un varón tan valeroso, que en el Senado habiendo comprado con su sangre el ser la primera piedra y fundamento de la imperiosa tiranía que borró el antiguo y loable gobierno de esta república vencedora. ¡Oh amado Aurelio! Si penetrases bien en mis sentimientos lo que yo no he podido explicarte en mis razones, no dudo que abrazarías el pecho donde entre ellos estás depositado, y más inorante de ellos cuanto más vecino. Mas yo me prometo, si no con verdad con engaño, para consuelo de mi ánimo, que el tuyo advertirá mis verdades, considerando que el descanso está en el desprecio. El descanso, digo, de el espíritu en el desprecio de los bienes de el siglo.

Tan poco<sup>30</sup> fruto hicieron estas palabras en el ánimo altivo de el ambicioso Aurelio, que en vez de medicina las contó por injuria, y entregándose cada día a nuevos cuidados, se engañaba más en las propias experiencias, echando unas veces la culpa a su ignorancia y negligencia, y otras a la Fortuna, disculpando con esto a su condición insaciable, que verdaderamente era la culpada.

Casose mozo, contra la voluntad de sus padres, con una mujer, aunque noble, fea y de partes desagradables, por haber de ser heredera de rica y gruesa hacienda, creyendo que cuando le llegase el uso de ella podría satisfacer con sus desperdicios a sus vanas ostentaciones. Dilatose la vida de sus suegros, y aborrecido de tan larga esperanza, dejándola en su poder trató de irse a la guerra de Jerusalén. No bastaron en este intento a detenerle lágrimas de su esposa y ruegos de amigos. Sus padres habían ya pasado de esta vida, quizá más brevemente de lo que les sucediera, ofendidos de su condición, y él, dueño ya de un patrimonio grande, se previno de armas y galas. Deslucióronse aún los intentos en el camino, porque, cayendo malo y no pudiendo por la detención de la enfermedad llegar a tiempo, mudó asunto; y fue volver a Roma, donde sabiendo que Crisipo, muy favorecido de el Príncipe romano, estaba inclinado a casarse con una hermana de su mujer, más hermosa, aunque menos rica, y que por ser de humilde y bajo nacimiento sus suegros aun se habían ofendido de la plática, procuró granjealla con dádivas y regalos, teniendo con él correspondencia secreta y sirviéndole de tercero para tenerla dispuesta y prevenida a la ejecución de su voluntad.

Murieron los suegros, y hallando en su herencia mucho menos hacienda de lo que la opinión, engañada, publicaba, fue mayor el disgusto de el desengaño (aunque no era considerable) que el gusto de la posesión, por ser contra aquello que él tenía ya aprehendido. Celebró las bodas de su cuñada Sabina con Crisipo con grande admiración de el romano pueblo, que, culpando sus impetuosos deseos, maldecía elección tan indigna de su sangre. Mas él, que sólo aspiraba al cumplimiento de sus apetitos vanagloriosos, llamaba a los prudentes ignorantes y locos.

Hizo Crisipo que el Emperador ocupase a Aurelio en el gobierno de España. Comprando cargo tan ilustre con una acción tan vil en la opinión de todos, contó aquel día Aurelio por el del nacimiento de su felicidad, pareciéndole haber llegado en pocos años (como era cierto) a un cargo que pedía grandes servicios y experiencias; pero reposó poco en él su ambición satisfecha, porque intentó que se le diesen con ciertas particulares

30.- Orig.: 'Tampoco' (114v). No anotaré otras ocurrencias.

preeminencias que sólo se concedían a los grandes capitanes en premio de singulares victorias. Opúsose el Senado con su autoridad, y fue su contradicción tan fuerte que no quiso concedello el Príncipe, por no atropellalle en todas las ocasiones y dejalle algunos rastros de la grandeza pasada. Ofendióse con esto luego de el oficio aún antes de ir a ejercitalle, y procuró detenerse en la Corte algunos días a título de estar su mujer preñada y esperar el suceso en la quietud de su casa, sin aventurarle a los peligros de el camino. Llegó el parto de su mujer, y con alguna brevedad y mucho disgusto, porque, siendo al quinto mes, la criatura nació muerta.

En el ínterin había él solicitado los principales votos de los senadores para que no le contradijesen, habiendo hecho extraordinarias diligencias con gasto de su autoridad y hacienda. Con que, volviendo a intentar la pretensión pasada y despedida, declaró el Senado que, consideradas las razones y causas de nuevo representadas por Aurelio, podía el César, y aun debía, hacerle la merced que suplicaba (sirviéndole de mérito la negociación que en esto puso). Partió, con esto, gozoso a España, donde llegó habiendo experimentado con pérdida de mucha ropa y otra hacienda los peligros de la navegación.

El primer año de su gobierno fue amado de los pueblos porque, siendo justiciero y desinteresado, hallaban en él padre y abrigo los pobres. Mudó presto las costumbres, inducido de los ministros que le asistían y de sus propios fines, que le aconsejaban acumularse grandes riquezas si quería ascender a superiores cargos, porque ellas son el verdadero medio para conseguillas. Esta causa le hizo odioso a los humildes, y el ser vano y descortés, a los nobles. Salieron contra él muchos pasquines y sátiras, y juntamente se escribían quejas a Roma de su tirano gobierno, de donde le venían reprehensiones y amenazas. Por esta causa lleno de imaginaciones, cayó enfermo y estuvo a peligro su vida. Trató, aún antes de cumplir con el tiempo de aquel cargo, que se diese a otro, porque temió no morir en España, como le había sucedido a su antecesor. Pedía que se le diese ocupación en Palacio, cerca de la persona del César. Envió a Crisipo regalos y presentes y negoció con él cuanto quiso, más como liberal que como cuñado. Hízole el Emperador su Caballerizo Mayor. Con esta nueva partió de España gozoso y rico.

Puso casa en Roma con mucha pompa de aparato y servicio, procurando dar causa de admiración al pueblo y entretenimiento a su vana ambición. Persuadíase a que estando los ojos de el Príncipe y comunicándole había de ser el dueño de su privanza, y que partiría entre Crisipo y él el gobierno de la monarquía. Los primeros días se embarcó aun más dentro de este engaño, porque el Emperador, en razón de haber llegado de España y venir de gobernalla, le consultaba en cuanto al estado de las cosas de esta provincia, pero en haciéndose capaz de estas materias le hizo el tratamiento que a los demás criados, y no veía su rostro si no es cuando se ofrecía cosa particular de su oficio.

Impaciente Aurelio de lo que siendo costumbre en los príncipes el creyó que era novedad, pidió que se le ocupase en la guerra. Crisipo que conoció entonces cuán mal había hecho en poner al lado de su dueño un hombre tan ambicioso, estimó la ocasión, y aunque con riesgo de los ejércitos, hizo que se le encomendasen, pero dándole un compañero con igual potestad. Aurelio que en todo quería ser superior, desdeñó aquella merced hasta que se la concedieron con poder único y absoluto. En las empresas fue más osado que dichoso, y así, por ruego suyo y parecer de el Senado fue removido de la dignidad.

Halló muy enfermo a Crisipo su cuñado, y con un hijo de edad de cinco años, que eran los que había estado fuera de Roma. La enfermedad que tenía era incurable, y de tal condición que decían los médicos no haber en ella hora segura. Parecióle a Crisipo entonces introducir en la gracia de el Emperador a Aurelio, para obligarle a que amparase con mayor fuerza, después de sus días, a su mujer y a su hijo. Empezó el César a hacer empleo de su persona en las materias del despacho con gusto y satisfacción procurando él darla a todos en los principios, que le tenían contento. Mayor se le dio la muerte de su cuñado, porque se halló dueño de toda la voluntad de el Príncipe, gobernando y disponiendo por la suya todo aquello que pendía de la gracia y justicia.

Adorado del pueblo, se aumentaba cada día en grandes honores y riquezas. Murió su mujer, que le dejó heredero de todos sus bienes, y el Emperador le adoptó para sucesor suyo. Cudicioso de ser dueño del Imperio a solas para hacer de hecho lo que entonces por consulta y ruego, se cansó de la vida larga de el Príncipe, y aun huyendo muchas veces de comunicalle se fingía achacoso y impedido. No había parte donde estuviese con reposo: si huía de la ciudad y buscaba su entretenimiento en los campos, luego aborreciendo lo mismo que buscó, apetecía lo propio que dejó por aborrecible. Hacía mucho esfuerzo por disimular estos sentimientos, y salíale muy costoso renunciar su condición, pero conociendo que le convenía para la sucesión la asistencia en Roma, se animaba creyendo que su quietud consistía en llegar a la cumbre de la majestad y, siendo un hombre solo, mandar con absoluto imperio a todos los demás de el mundo.

Experimentó ser engañosas en esto como en lo demás sus esperanzas, porque con la muerte de el Príncipe recibió en Roma (sucesor suyo) la obediencia de todas las naciones. Y no bastó tanto mundo, tanto imperio, a satisfacer su ambición, porque juzgaba que no era cumplidamente feliz si algunas gentes que se habían resistido a la obediencia de los demás emperadores hacían con él lo mismo, y le causaba más pesar una pequeña provincia rebelde que gusto todo el resto de el mundo obediente. Divertíase en fábricas públicas, y antes de acaballas las dejaba, en conociendo con el desengaño que no sólo<sup>31</sup> podían exceder, pero ni aun igualar las de otros antiguos y más ricos emperadores, y él en sus intentos no sólo aspiraba a igualdades, sino a desiguales excesos.

Fatigado ya de las imaginaciones, se hallaba algunas veces en estado tan triste que se podía, poseyendo la mayor felicidad de el mundo, ser tenido por el hombre más infeliz de él. Los médicos (que aun las enfermedades y pasiones de el ánimo quieren curar, ignorando aun el remedio de las del cuerpo) le alteraban con los medicamentos más los humores; que crecían sus destemplanzas y continuos disgustos.

En medio de estas tempestades le ofreció el Cielo el remedio (que los médicos buscaban en la medicina) en la filosofía moral; porque, acordándose de aquella sentencia última que le dijo su padre, que el descanso estaba en el desprecio, tomó una gallarda y saludable resolución, que fue renunciar el Imperio en persona digna de tan alto lugar. Y dejando la mayor parte de la herencia de sus innumerables riquezas al hijo de Crisipo se retiró a una hermosa y apacible huerta, donde limitando su ambición y templando sus deseos, despreciador gallardo de todas las cosas, se halló de ellas más dueño, y verificó la sentencia paternal que dice que el descanso de el ánimo consiste en el desprecio de los bienes de el siglo.

31.- Hoy diríamos 'no sólo no...'

— o O o —

Celebró mucho don Alonso,<sup>32</sup> y ayudáronle los demás circunstantes, el arte de la novela, no menos prudente que ingeniosa. Y haciendo prevenir las cosas necesarias para dar la vuelta a Nápoles, se despidió con no pequeño dolor de aquel ameno lugar, digno teatro de las Musas, depósito de la primavera y osado competidor de la hermosura de los cielos.

32.— Orig.: 'Iuan' (121r).

## Vuelve don Alonso a las ocupaciones de la ciudad y corte, donde en un perdón que hace al mayor enemigo de su sangre se descubre lo más perfecto de su ánimo

**V**OLVIÓ a las ocupaciones cortesanas don Alonso, más por la obediencia de el Rey que por su propia elección, hallándose cada día con menos gusto, por estar impedido con las materias de el gobierno, para la comunicación libre de los hombres sabios. Bien es verdad que tenía ya dispuesto el ánimo Real para que se valiese de otros ministros, sabios y de buena intención. Recibió cartas de España, de su sobrino don Fernando, en que le decía que, sin dilatallo más, sería dentro de un mes a lo más largo con él en Nápoles. Algunos caballeros ciudadanos de Valladolid, amigos y deudos, le afirmaban que aquellas promesas de su sobrino eran vanas, y que aunque hacían todas las posibles diligencias para ponerle en camino, y él se lo ofrecía, cuando llegaba el tiempo de la ejecución pedía nuevos plazos.

Don Alonso sentía en extremo su detención, porque le parecía que un mozo gallardo y en su propia patria, criado sin padre ni deudo tan cercano como él a quien pudiese tener respecto, viviría con poco freno y se dejaría llevar licenciosamente de sus apetitos. Además de que se temía que el rey don Alonso, por su mucha edad, muriese antes de su venida, con que después sería muy difícil acomodar su persona en un puesto grande. Con estas consideraciones pasó muchos días poco gustoso, hasta que después con otro correo tuvo aviso cierto de los mismos caballeros que había partido de Valladolid, cosa que en aquella ciudad se había tenido por milagro, a causa de estar en ella mal entretenido, inquietando a una mujer casada y principal con mucha nota del vulgo y algún recelo de los deudos de su marido; tan ciego en esta pasión, que recelaron no poderle ver fuera della con menor daño que la pérdida de su vida. Advertíanle tuviese gran cuidado con su persona en este particular, porque se despeñaba con facilidad y había menester, para corregille, toda su autoridad y prudencia. Don Alonso se desconsoló mucho, porque quisiera que su sobrino (a quien miraba con ojos de hijo, por no haberlos tenido hasta entonces) fuera capaz, como por la sangre por las costumbres, de tanta herencia.

Esperábale cada día con gusto y deseo de velle y enmendalle, y creció su cuidado y sospecha porque se pasaron más de seis meses después que vino el aviso de su partida sin tener más noticia de su persona. Los que le vieron partir de Valladolid se admiraban, y los que le esperaban en Nápoles se entristecían, sin creerse los unos a los otros, porque los de Italia creían que los de España los engañaban en decir que había partido de ella, y los de España pensaban que los de Italia se burlaban de ellos con decirles que no había llegado. Los unos se confundían a los otros, y don Alonso en medio de sus opiniones estaba turbado. Despachó por todas partes correos para que le trujesen nuevas de su persona, a Francia, a

Roma, a Sicilia, a Milán y a Génova. Éste volvió con una dudosa y estraña, que fue decir que a aquella ciudad había llegado un caballero español de gallardo talle acompañado de un muchacho de muy linda cara, y que viniendo otro en seguimiento de ellos, los había muerto; y que aunque la justicia procuró saber qué personas fuesen, no pudo, ni menos castigar al matador, porque puso diligencia grande en la fuga. Afirmábase en que todos decían que el difunto era hombre, a lo que parecía, de muchas prendas, valor y calidad.

De aquí nació un consuelo grande para don Alonso, diciendo que si el muerto hubiera sido su sobrino, por la noticia que tenía ya de sus inclinaciones fuera más cierto hallarle con otra compañía. Esto discurría en lo público, pero en lo interior estaba muy doloroso, por no descubrir rastros de su persona y nombre, cuando le llegó un correo despachado por aquella Señoría, con quien le enviaba un pliego de cartas, cerrado, que le hallaron al difunto. Abrióle y conoció ser su sobrino de la letra y de la razones. Eran las cartas para el mismo don Alonso, en que le refería, no la verdadera, sino una aparente causa de la dilación de su viaje, y le suplicaba le enviase por vía de los hombres de negocios que asistían en Nápoles algunos dineros en letras, los que bastasen para que pudiese entrar en aquella corte un caballero que era sobrino de un señor tan grande y de el Rey tan favorecido.

No le sobró en esta ocasión a don Alonso nada de su prudencia y valor, porque todo lo hubo menester para escudo de golpe tan fuerte. Y al fin rompiendo en lágrimas, decía que había heredado la fortuna de su padre en morir mozo y con tanta violencia, siendo de peor condición su desdicha, pues aun no le dio lugar su enemigo de que pudiese morir como cristiano. Que el compañero que murió a su lado infamaba su persona y le daba causa de mayor admiración y lástima. Que era aquella desdicha para él tan fuerte, que en nada podía reconocer los muchos beneficios al Cielo que hasta entonces había recibido de su mano como con llevalla con paciencia. Que se acababa en él la memoria y casa de sus abuelos, porque él no sabía si tendría hijos de aquel matrimonio: cosa de gran dolor para todos los hombres, en quien es natural apetecer la sucesión para dejar su nombre en ella encomendado a la posteridad.

Sosegó el llanto, y ya más recogido en su razón, respondió a la Señoría de Génova muy agradecido, pidiéndole se supiese de los huéspedes donde había muerto aquel caballero las señas de el matador. Éstas se le enviaron luego, y con ellas despachó a todas partes en seguimiento suyo. No era ya el mayor dolor en don Alonso la muerte de el sobrino, sino el decir que le habían muerto con un vil muchacho de muy buena cara y por su causa: cosa que en todas partes donde hay hombres políticos y alumbrados de la razón suena tan mal. Quisiera él, de el mismo que derramó la sangre, entender los respetos que le movieron antes que otro; por que si eran honrosos se estendiesen, y de no serlo, con quitarle la vida primero que los comunicara, dejar la infamia dudosa y no descubierta.

Así pasaba, combatido de estos pensamientos, como quien siempre entre los bienes humanos había dado al honor el lugar superior, que le llegaron a poner en tal estado, que de melancólico y aborrecido huía el rostro a las vistas de sus amigos. Su mujer, como quien le amaba, le temía perder, y dando parte de su dolor miserable a un religioso grave de la orden de San Agustín, admirado por la sabiduría adquirida con varios estudios y respetado por la santa perfección de sus costumbres, le rogó que procurase moderarle en tanto sentimiento, y él obediente a la importancia de el negocio, aquel mismo día que fue avisado, sin diferillo para otro, le dijo:

—El sentimiento templado en todos los sucesos dolorosos que pasan por los hombres natural es, y común entre los más sabios, entre los más perfectos. Pero aprehender tanto la causa de la pena y dilatarse en su consideración más parece extremo de hombre gentil que acción de caballero cristiano. ¿Qué perdistes que Dios no os puede dar más, obligándole a que lo haga con daros por bien contento de lo hecho? Pregunto: el que os arrebató de los ojos el sobrino ¿no es poderoso para llenaros la casa de dulces hijos? Con la mano misma que dispensa en el fin de las vidas de los que nacieron ¿no produce y envía al mundo los que están por nacer? Propia virtud suya es hacer siempre beneficios, y si nuestros ojos pudieran penetrar la alteza de sus profundos secretos viéramos que muchas cosas que el mundo juzga daño encierran utilísimos provechos. ¡Cuántas almas libres habrá enfrenado el Cielo con el castigo de don Fernando, y cuántos espíritus humildes levantado a la consideración de tan hermosas maravillas! Hasta agora lleno de favores del Cielo en los bienes temporales estábades falto de los del espíritu; mas ya os han dado tesoro con que comprallos, si vos sabéis conservalle y no deslucille. De lo poco que hay que fiar de los hombres en esta vida nadie os desengañará tanto vos mismo como vos propio, pues el ánimo que en tantos peligros tuvistes valeroso y constante, en la ocasión donde más le hubistes menester nos le mostráis (¡gran dolor!) postrado y rendido. Diréis que sentís lo que en esto de reputación se pierde, y por esto juzgáis vuestro daño grande. Sacrificalde a Dios y luego le hallaréis pequeño respeto del Señor a quien se ofrece, y porque Él, en premio de vuestro rendimiento, sabrá moderalle con su consuelo. Advertid que ninguna fineza haréis por Dios de que Él no haya sido el maestro: si le damos la vida, Él mucho antes nos dio la suya, y de esta que hoy respiramos es también dueño. Según esto, nada le damos que no le debemos, y si le damos lo que le debemos nada le damos, antes apenas bien la deuda restituimos. Si pasamos a otra dádiva superior, que es la honra, ¿quién sufrió mayores afrentas? ¿Quién mayores injurias? Y tanto mayores cuanto eran vilísimas las manos que le agraviaron. En un abrir de boca y cerrar de ojos anda Cristo liberalísimo, dando por nosotros en la Cruz el honor y la vida. La vida, porque en ella padece la muerte; el honor, porque en aquellos tiempos no había otra más afrentosa. La dádiva fue como suya, y sólo quien es Dueño de la vida y había de hallar tanta facilidad en cobralla podía andar tan generoso en perdella. Restituid, pues, a la quietud vuestro ánimo, advirtiéndole que, ya que estáis en puesto público, sois vos propio lo menos a quien hacéis falta, por ser en tiempo que de vuestro gobierno penden el Rey y la República: Crecerán con esto en Dios las alabanzas, en vos los merecimientos, y yo, feliz labrador, en poco tiempo habré encerrado fertilísima cosecha.

Tales palabras decía aquel santo, aquel docto y elegantísimo religioso a don Alonso cuando le entraron una orden del Rey en que le mandaba que sin detenerse en nada viniese luego a Palacio. Fuele forzoso obedecer y despedirse de tan venerable amigo que tan bien le había consolado en su fatiga. Entró en Palacio, que le halló con algún silencio por ser la una de el día: hora en que todos se recogen a sus casas. Halló allí al marqués de Santelmo, que, como Mayordomo Mayor, estaba dando ciertas órdenes convenientes a la autoridad de Palacio y para que de allí adelante fuese mejor servido. Con que don Alonso se alegró en la buena elección que de tal persona había hecho para ocupar semejante puesto. Diole quejas el Marqués de su grande retiramiento y de que se hubiese negado a

su persona, habiendo él mismo conocido con las experiencias que no tenía ningún amigo más estrecho ni confidente. Satisfizo don Alonso con brevedad.

El Rey salió al mismo tiempo a la pieza donde estaban los dos, y dijo:

—Llegaos acá, don Alonso.

Obedeció, y el de Santelmo haciendo una reverencia, se iba por dejallos a solas, y el Rey le detuvo con esta razón:

—No embarzáis, Marqués: bien podéis quedaros.

Volvióse luego a uno de su cámara, y díjole:

—Haced que venga aquella persona.

—Aquí está, señor —respondió.

—Hacedle que entre —dijo el Rey.

Y luego hincando la rodilla pareció delante de los tres un hombre, en el traje español y en el semblante gallardo. Mandole el Rey poner en pie, y vuelto a don Alonso dijo:

—Este que veis mató a vuestro sobrino, a quien ha preso vuestra mucha diligencia, o, por mejor decir, la codicia de los ministros, a quien vos ofrecistes diez mil escudos de oro. Dice que tuvo razones justificadas para hacello. Oíde; que yo os hago juez de vuestra causa y la suya, porque nunca os he tenido por tan apasionado que dudé que por el respecto de el amor de la sangre dejareis de dar a la justicia el lugar que se le debe.

Alterose luego don Alonso con aquella primera vista de el sangriento homicida; pero, templándose, con rostro y palabras blandas le animó a que refiriese el suceso. Y él entonces empezó de esta suerte:

—Mis abuelos nacieron en la ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, donde sus pasados habían conservado antigua nobleza gozando de muchas posesiones y gruesa hacienda; pero desaviniéndose después por ciertas causas que son largas de referir y no importantes para nuestro caso, de el servicio de el rey de Castilla se pasaron a Aragón, y haciendo su asiento en Zaragoza, fueron de su Rey con mucha estimación recibidos, que les dio ricos heredamientos, que yo poseo. Mi nombre es Rodrigo de Ulloa...

—De vos tengo noticia, y me consta de que sois hombre noble —dijo el Rey—. Pasad adelante.

Y con esto prosiguió:

—Faltáronme mis padres en la fuerza de mi juventud, y mis deudos, deseosos de verme empleado en sujeto tal que me tuviese honestamente entretenido antes que se apoderase de mí la corriente de tantos vicios como son los que combaten a los mancebos que tienen riqueza y calidad en las ciudades populosas, trataron de casarme con mujer igual en sangre, rica en el dote, y tan aventajada en la belleza, que era el ídolo de aquella ciudad Augusta. Yo, que aconsejado de mi propia inclinación amaba la vida libre, me resistí a las pláticas y conciertos con esforzado ánimo, hasta que un día un tío mío, hermano de mi madre, me llevó donde viese a doña Elena, que así se llamaba la que ha sido sujeto de la perdición de tantos; porque yo, aunque la había oído celebrar por la común alabanza de el pueblo, nunca fui curioso en procurar verla, ni tampoco la ocasión me la ofreció<sup>33</sup> en ninguna parte, con tener sus padres deudo con algunos deudos míos. Quedé admirado de tanta hermosura, y, preso de la primera vez sin resistencia, yo propio

33.- Orig.: 'freciò' (131r).

solicitaba con fuego lo que antes despedía desabrido y disgustado. Conseguí con brevedad mis deseos, y aunque me vi en la posesión nunca fueron menores. Era doña Elena inquieta y varia de su condición, que me hacía vivir con poco gusto en su compañía, y receloso. Teníamos por esta causa continuos enfados; pero ni bastaban mis reprehensiones, ni aun los deseos de ella, que bien pienso que hacía algunos esfuerzos contra su natural brioso y poco seguro, pero ni eran tantos como él pedía y yo quisiera. Ayer se cumplieron seis meses que, llamados de la hermosura del abril, salíamos al campo una tarde, y al pasar por la calle de el Coso vimos seis postas: en la una venía el postillón, y en las otras un caballero de persona bizarra y apacible y cuatro criados, que por las galas y las personas merecían ser mirados con atención, y principalmente el que era dueño de los demás, que, aunque tan de paso, se abrasó en los ojos de Elena y la dejó no menos abrasada. Procuró saber aquella noche quién era mi mujer, y yo hice de él la propia información, porque reparé en la atención de él y de ella, y siempre vivía sobresaltado de la libre y continua inquietud de mi esposa. Entendí de la relación de sus criados, señor don Alonso, que era don Fernando vuestro sobrino, y desde luego, por lo que obliga a todos vuestro buen nombre y fama, le miré con tanto respeto que por menos ocasión de la que me dio no le quitara la vida. A lo que supe después de una criada de doña Elena, él la escribió un papel, de que tuvo respuesta, y por medio de los terceros determinaron que para quietarme a mí, que andaba ya tan sobre el aviso después de haber estado en la ciudad dos días con ocasión de verla, volviese a salir don Fernando, como lo hizo, acompañado de las propias postas y criados, por la misma calle principal por donde entró, y en el primer lugar donde llegase hiciese noche, donde sin dar parte a ninguno de los que le acompañaban saliese entre las doce y la una y entrase en Zaragoza antes del amanecer, sin ser de nadie visto, en una casa que ya le tenían prevenida. Yo, con haber entendido su partida y hallándome ignorante de su vuelta, quieté mi corazón por mucho tiempo, hasta que un sábado por la tarde, saliendo de la Capilla del Pilar quince días después, encontré con uno de sus criados, muy triste, que me contó la pérdida que había hecho de su persona y con cuánto rigor los había dejado a él y a sus compañeros sin amparo, y que se holgaría de quedarse en aquella ciudad en servicio de alguna persona ilustre. El hombre verdaderamente hablaba con inocencia, pero yo con malicia sospeché que su amo quería tenerle en Zaragoza a los ojos de doña Elena, para que de ella le enviase nuevas y le solicitase, para la vuelta, su gracia, cuando, sin poder yo defenderlo ni enmendarlo, gozaba sus favores y regalos. Echele un tercero al criado, que le dijo al oído que se ausentara luego porque le importaba la vida, que así se lo mandaba cierto poderoso del lugar, y que por que no fuese desacomodado y pudiese hacerlo mejor le enviaba cincuenta escudos, que yo le di para que se los entregase y él lo hizo así; con que el hombre, gustosísimo de haber hallado el socorro que no pensó, desocupó luego la ciudad, y yo mi ánimo de aquellas sombras y recelos, procurando con esto remediar el daño, que entendía que estaba muy en los principios cuando había llegado al último y más infeliz extremo. Estuvo escondido de este modo un mes don Fernando, saliendo las noches y a ciertas horas que yo solía gastarlas en una casa de conversación de juego. Hallábase cansado de prisión tan estrecha, y Elena también disgustada de vivir con tantas ansias y temores. Deseaban los dos abrir puerta a su libertad, y tomaron una resolución terrible, espantosa y desesperada, pero al parecer de ellos conveniente. Hube yo de hacer una ausencia de la ciudad forzosa por ocho días, y retiré, como lo tenía de

costumbre en estas ocasiones, a mi mujer a una aldea nuestra. Apenas partí de los brazos de la alevosa y miserable adúltera cuando ella, vistiéndose en hábito de hombre, aquella propia noche se ausentó de los ojos de mis criados y vasallos en compañía de don Fernando. Corrió la voz con admiración de todo el reino, y las justicias hicieron luego las diligencias que les tocaba, pero como en la causa ajena todos llevan los pies perezosos, y en materias semejantes, si no son los propios maridos interesados en la venganza de su afrenta, los más se duelen, y en vez de perseguir amparan la infelicidad de las mujeres (que, siendo flacas por su naturaleza, se les impuso una ley tan rigurosa que han menester particular auxilio de el Cielo para no excedella), no los descubrieron; y si acaso algunos ministros los hallaron (que parece imposible lo contrario, habiendo salido tantos en su seguimiento) las lágrimas de ella y los dineros de él les comprarían la seguridad. Su padre de doña Elena era muy viejo, y en aquella ocasión estaba enfermo y impedido en la cama. Dos hermanos que tenía, valientes y arriscados mancebos, se hallaban entonces fuera de el reino, de modo que emprendió la fuga en tiempo que no pudo seguilla nadie que de cerca la tocase en su sangre. Volví yo a mi casa, bien lejos aún de la imaginación de semejante suceso (porque aun para escribírmelo nadie tuvo atrevimiento), y estando cenando una noche en una posada oí dos hombres que con la admiración que era justo hablaban del caso sin pensar que les oía quien tenía en él tanta parte. Yo apliqué, aunque con turbación, los oídos y oí dél algunos pedazos, que, aunque mal digeridos y fuera de su lugar (porque el que lo refería era hombre grosero y alteraba el orden de la narración), entendí más de lo que quisiera, y caí, con el grave dolor, tan turbado en el suelo, que sentí faltarme todos los sentidos. Los presentes llamaron a mis criados, que sin saber la causa de que pudiese proceder creyeron haberme dado algún desmayo. Retiráronme luego a la cama, donde estuve largo tiempo, a lo que decían, sin volver en mí, y cuando lo hice despedí la cena, huéspedes, criados y luz, y quedándome a solas, recogido en mis tinieblas discurría sobre el caduco estado de mi fortuna, que era tan extraño que, con venir el golpe después de tantos temores y recelos míos, creía que lo había soñado o mal oído, porque, cuando de aquello alguna parte fuese verdad, era imposible serlo todo, dudando mucho de la fuga de doña Elena, aunque de su modo de condición inquieta bien se podía temer cualquier resolución libre. Con el cansancio dormí un poco a la mañana, y lo que duró el sueño me pareció que veía mi espada ensangrentada en el cuello de mi esposa. Desperté alterado, y dando voces llamé a mis criados para que me diesen de vestir; pero, quiriéndolo hacer, la vehemente imaginación, procedida de causa tan dolorosa, me ocupó otra vez el discurso, y me dejó tan rendido que me hallé falto de ánimo aun para tan pequeña acción, y así, me quedé en la cama. La huéspedera era una mujer sencilla y entró a verme y consolarme, y pensando que lo acertaba por aquel camino me dijo (ignorante de mi nombre y de que yo fuese el mismo): «Consuélese, mi señor, y anímese, por solo un Dios; que por grande que sea su fatiga no puede ser mayor que la que ha sucedido en Zaragoza a un caballero». Y diciendo así se entró por toda la narración de mi desdicha; que fue darme segunda vez la muerte y confirmarme en el crédito de mi daño, que me puso animosos bríos para vestirme con brevedad. Mis criados ya tenían nuevas antes de el caso, pero como la materia era de su condición tan escrupulosa ni se habían atrevido a hablarme en ello, ni entonces tampoco, con entender que lo entendía, me hablaban. Yo también, aún dudoso de la verdad, no quería ponello en plática, por no hablar apasionado y decir muchas cosas tales que si el

caso fuese diferente me pesase después aun de haberlas imaginado; pero al tiempo que iba a salir por la puerta de el mesón entraba un alguacil en busca de los delincuentes (que de ocho que para este caso despachó la ciudad de Zaragoza por diferentes partes, a él le había tocado venir por aquel paraje). Éste rompió todas mis dudas presentes y verificó mis pasada sospechas y recelos. Partí para Zaragoza, donde mis deudos y amigos, vestidos de luto, me dieron el pésame sin hablar nadie en el consuelo, por parecerles que el negocio era de tal calidad que en él no le había. Yo pensé sobre el caso, animoso, y discurrí más bien de lo que la misma desdicha pudiera dar lugar; y fue que juntando el oro más que pude me fingí tan desengañado por aquel suceso de las cosas de el mundo, que, vistiéndome en hábito de peregrino y paseando en la misma forma la ciudad, publiqué (haciendo primero mi testamento) que iba a tomar el hábito de ermitaño a Monserrat. Con este traje llegué hasta Barcelona, donde, durmiendo una noche en el Hospital con los peregrinos, hallé entre ellos bastantes señales de los fugitivos, porque uno era otro de los cuatro criados de don Fernando a quien él dejó burlados, que se volvió a encontrar con él y, habiéndole conocido, le habló, y dándole algunos dineros le dijo que iba a Génova y le encargó el secreto. Pero como él hablaba ignorante de que le oía yo, mostró poco recato en sus razones; que los criados, unos infieles y otros imprudentes, en los peligros de más grave consideración pierden a sus señores, y así, o los secretos han de morir en el pecho de su mismo autor, o depositarse en quien tenga valor y entendimiento, y siempre es lo primero lo más seguro. Compré allí dos pistolas, y aunque con peligro de enemigos, de que la mar no estaba segura, me embarqué en una nave francesa que había venido con algunas mercaderías a Barcelona. El mar nos dio seguro paso, y apacible y risueño nos puso en Marsella. Allí mudé los hábitos de peregrino, y vistiéndome a la francesa y cortándome la barba y cabello a su usanza, juntándose a esto el hablar con eminencia su lengua (porque cuando niño fui llevado de mis padres a Perpiñán, donde estuve cuatro años, y con la mucha comunicación que entonces tuve de aquella valerosa nación quedé en ella más diestro que en la propia materna), tomé postas y atravesé toda la Francia sin que nadie me juzgase por español. De esta manera caminé tan desconocido que, encontrando junto a Génova un caballero ciudadano de Zaragoza, primo mío y que no había más que dos años que de mí se había apartado, viéndome en aquel traje y oyéndome hablar en semejante lengua se admiró, y comiendo conmigo en una posada, lo más que se atrevió a decirme fue: «¡Oh Mosiur, y cuánto os parecéis a un gallardo caballero español primo mío!». Despedime de él cortés y agradable, y proseguí mi jornada no poco gustoso de que el disfraz me saliese tan conforme que por lo menos por esta parte no se perdería el efecto de mi pretensión. Pero a la vista de Génova, cuando ya me parecía a mí que estaba dentro de sus muros, cuyas<sup>34</sup> piedras bañaba con los aceros de el ánimo, ya que entonces no podía con la espada con la sangre de mis ofensores, cenando tarde y de un pescado fresco con mucho exceso, y haciéndole mayor en la bebida, me sentí a la mitad de la noche combatido de unas angustias mortales, que, a no prevenirme un médico ingenioso y determinado con una bebida que con alguna violencia me hizo restituir la cena, don Fernando y mi afrenta vivieran, y yo hubiera llevado al sepulcro más desdichas que años. Sosegué otros dos días en la cama, por obedecer al que había dado el gobierno de mi salud, y recuperado

34.- Orig.: 'cuyos' (138v).

ya en las fuerzas corporales, con alentado espíritu entré de noche en Génova. Bien cuidadoso estaba yo de estudiar el modo que había de tener en buscar mis enemigos, si acaso llegaron a aquella ciudad (que por lo menos me temía que hubiesen pasado adelante), pero por ser de noche me recogí a una posada. Y el Cielo, que ya quería que yo fuese el verdugo de su justicia y tenía determinado que aquella ciudad diese el teatro para la representación de tragedia tan justa, me los puso delante de los ojos sin que ellos me viesen; que para escusarlo llamé al huésped, y pidiéndole que me llevase al aposento donde puso mi ropa, con ocasión de fingirme enfermo escusé la cena y las visitas de los demás huéspedes antiguos, y que entre ellas viniera la que pudiera estorbar el honrado intento de jornada tan peligrosa y larga. Diéronme el aposento vecino al de los actores de mi infamia, y como yo no podía dormir, entregado todo a mis imaginaciones, entendí que a la mañana habían de madrugar para salir al campo. Con este cuidado me vestí luego, y esperando a que ellos saliesen, en mi caballo, que ya tenía prevenido, fui de lejos en su seguimiento, de tal modo que de mis pasos no engendrasen sospechas sus ojos; y apenas pasaron las puertas de la ciudad cuando la cólera, o la razón grande que para ello me incitaba y disponía, me puso en las manos las dos pistolas: con la que llevaba en la derecha pasé el pecho de don Fernando, y con la otra el de aquella infeliz cuya memoria aún agora turba la quietud de mi ánimo. Apreté las piernas a mi caballo, y con toda priesa procuré salir de los términos y jurisdicción de Génova y entrarme en la de otro señorío. Supe después que un caballero genovés, amigo y aficionado, como todos los de aquella nación son, de la nuestra española, poniendo los cuerpos, vestidos en la forma que ellos estaban, en dos cajas honoríficas, les había dado sepulcro en una capilla suya, de donde nació (como no los desnudaron) entender que doña Elena era varón y correr esta voz tan asentada que publica que a don Fernando le mataron juntamente con un muchacho de muy lindo rostro que le acompañaba. Yo fui preso en la parte donde entendí que estaba más seguro, vendido por la codicia de el oro, que corrompe los pechos más castos y los corazones más fieles. Si merezco ser castigado por esta culpa, a Vuestra Majestad toca el juicio, y a mí la disposición, que ya tengo, a la obediencia de lo que determinare sobre mi vida. La verdad de mi ofensa consta por estos papeles que entrego y ser yo el contenido.

Mandó el Rey que los examinase don Alonso, y habiéndolos visto, aunque brevemente, con cuidado dijo:

—Rodrigo de Ulloa: de esto que aquí he leído consta la verdad de vuestra narración, demás de que ya yo tenía noticia de vuestra desdicha, aunque no, como agora, de que fuese reo en esta culpa don Fernando. Las leyes de el derecho civil os dan por libre, y el común sentimiento de los hombres que tienen honor os abonara siempre resolución tan justa. A mí desde hoy me tendréis por verdadero padre, ocupando con mayor voluntad en mi pecho el lugar de el sobrino difunto; porque yo, como tengo dicho otras veces, más deudo tengo con la virtud que con la sangre. Seréis mi huésped y compañero, y de mi mano os daré segunda esposa, aventajada en honestidad y riqueza.

Así dijo, y despidiéndose de el Rey le llevó a su casa, donde le hospedó y regaló con estimación. Y dentro de poco tiempo le casó de su mano con una señora titulada ilustre, hermosa y rica (que la tenía prevenida para las bodas de su infeliz sobrino), y dándole nombre de tal, después de sus hijos, si Dios se los diese, a él y a los suyos nombró por herederos en su casa y mayorazgo, quedando con esto Rodrigo de Ulloa hecho en breves

días una de las personas de mayor autoridad y grandeza de aquel reino y siendo su vida un verdadero ejemplo de la inconstancia de la Fortuna, en quien no hay gloria tan segura cuya pérdida no deba temerse, ni desdicha tan constante que en su mudanza no pueda venir alguna felicidad peregrina.

Admiró a todos los grandes espíritus de aquel tiempo el desapasionado proceder de don Alonso, que sabía hacer súbditos de la razón y justicia la mayor amistad, el más estrecho deudo. Pero él, despreciador de tantos vanos sacrificios, ni entregaba los oídos a la lisonja ni se olvidaba en su agradecimiento de reconocerse todo a la primer causa de tan heroicos efectos.

## Hecho don Alonso juez árbitro entre dos poderosos reyes, compone sus diferencias. Muere el rey de Aragón, y don Alonso vuelve a Nápoles

**H**ABLABAN algunos políticos de Italia desta última acción de don Alonso oponiéndose al común sentimiento, para que de este modo con la contradicción fuese mayor la alabanza, siendo asunto de las mejores plumas que en las academias de aquel reino y demás convecinos florecían. Sus deudos en Valladolid aborrecían el hecho, por haber visto en este desengaño que no le tendrían más por amparo que cuanto fuesen virtuosos, y deslucían la grandeza de su resolución diciendo que era aquello más ambición de aplauso popular que intento<sup>35</sup> de obrar generosamente; que en todos tiempos tuvo la virtud sus contrastes, y el vicio quien diese en su favor respuestas libres.

Los reyes de Inglaterra y Escocia se habían confederado contra el de Irlanda, que viéndose amenazado de tanto poder acudió al sagrado de otros príncipes, y entre ellos al de el rey de Aragón y Nápoles don Alonso, que procuró por medio de su embajador ordinario que en la Corte de Londres asistía sosegar aquella tempestad, ordenándole que dijese al Rey que para todas las cosas que se ofreciesen de su servicio le hallaría con<sup>36</sup> las armas en la mano, opuesto a las fuerzas de sus enemigos. Mas que, dejando esto asentado como principio infalible, querría que advirtiese que las fuerzas de el Imperio Alemán, con unas treguas que habían hecho por diez años con el Rey de Turcos, estaban poderosas, y contra él indignadas porque, gozando entonces la Europa de una paz universal, era el primero que la interrumpía. Que ya que se resolviese a proseguir con su intento, procurase justificar primero su causa, porque a la voz de ser injusta movía en su favor el de Irlanda los ánimos de los príncipes de la Cristiandad, que le ofrecían dineros y gente. Que de sus diferencias se podía hacer un juez calificado, por prudencia y grandeza de Estados, que los compusiese, y que de no pasar el de Irlanda por lo que determinase, le faltaría el séguito de los que le amparaban, y se volverían a su amistad y confederación.

El rey de Inglaterra escuchó la plática muy gustoso, a que satisfizo en este modo: que siempre había creído que no tenía mayor seguridad ni defensa que las armas de el rey de Aragón y Nápoles, y que para mayor guerra que la que él tenía entre manos bastaba el juntar las dos más valerosas gentes de la Europa: españoles y ingleses. Que siendo príncipe soberano no debía dar razón de sus intentos a otro ninguno que no fuese amigo suyo como él, porque donde no estaba de por medio la amistad, esta acción parecía rendimiento y obediencia. Que muchos de los príncipes que se ofrecían a la protección de el Irlandés faltarían en la ocasión, como siempre sucede, y los que llegasen, siendo la guerra durable, se cansarían de seguir tan larga empresa y sin esperanza de fruto. Que no obstante las razones referidas, y otras que pasaba en silencio por escusar la prolijidad, huía tanto de

35.- Orig.: 'intentò' (142v).

36.- Orig.: 'can' (143r).

que por su causa se virtiese la sangre de los fieles, alterando la quietud de la Europa, que se holgaría de que le enviase la persona de el Caballero Perfecto, a cuyo juicio y determinación estaría por su parte. La elección del juez aprobó también el de Irlanda, y puso en sus manos la fuerza de su justicia y derecho solicitando un embajador particular suyo que partiese luego.

Hallose esta nueva a don Alonso cerca de ver cumplida en su casa la esperanza de heredero, por estar doña Inés muy vecina al parto y con pronósticos o conjeturas de que había de ser varón lo que pariese. Por esta causa, y ser también principios del invierno, se trató de que aquellos reyes suspendiesen las armas por cuatro meses, que sería el tiempo de la detención de el Caballero Perfecto; y ellos seguros de que vendría para entonces, en el ínterin tomaron asiento en sus cosas.

Don Alonso tuvo las Pascuas de Navidad alegres, aunque le nació una hija, porque se conformaba siempre con la voluntad de el Cielo, pareciéndole que sus disposiciones eran las más convenientes y estimables. Hiciéronse muchas fiestas por el nacimiento de aquella señora en Italia y España. El Rey concedió grandes mercedes a la recién nacida, y una dellas fue ser su padrino el día de su bautismo, eligiendo para madrina a la princesa de Sanseverino, mujer de su sobrino don Juan de Moncada. Tanto fue este favor más de estimación cuanto el Rey se hallaba impedido de muchos achaques y el rigor de el tiempo era tal que no le ayudaba para la mejoría. Los supersticiosos (que quieren, atrevidos, limitar o estender los decretos de el Cielo sobre las vidas de los humanos) hicieron varios juicios de el nacimiento de doña Luisa (llamada así por renovar en su nombre la memoria de su abuela paterna, señora de loables y aventajadas costumbres): discurrieron vanamente, como después se vio en el efecto. Un astrólogo sabio y de maduro juicio dijo que había nacido para tener corona, y a pesar de los que le despreciaron entonces hizo después el Cielo verdadero su pronóstico, como diremos a su tiempo y en su lugar.

La primavera abrió la puerta de la navegación quietando el mar y sus amenazas. La disposición de el buen tiempo y el estar cerca el cumplimiento de el plazo obligaban a don Alonso a que se partiese a Inglaterra, con no pequeño dolor suyo, por dejar en Nápoles dos prendas tan amadas y en el tiempo que parecía necesitar más de su abrigo; porque, aunque les quedaba el de el Rey, conforme a sus mucho años y achaques se podía temer que no había de ser durable. Mas como don Alonso no fundaba sus seguridades en las criaturas humanas, antes las tenía puestas en quien en todos tiempos es Uno mismo, constante y permanente, se embarcó en la armada para este efecto prevenida a los primeros de abril. Pasó el mar sin peligro y llegó a los brazos de el rey de Inglaterra, que hasta entonces se contaba por infeliz entre los grandes monarcas de la Cristiandad por no haber tenido como los demás en su corte al Caballero Perfecto. Estuvo algunos días descansando de la navegación y entretenido con la variedad de muchas fiestas que a su persona se hicieron, y tanto como entretenido admirado de los generosos ánimos de los caballeros ingleses, en quien se hallaban juntas cortesía admirable, desestimación de el ocio y un continuo uso de las armas y letras.

Las diferencias entre los dos reyes procedían de esta causa: que el rey de Inglaterra tenía pretensión que el de Irlanda casase una hija, única y heredera de su reino, con un hijo segundo suyo, alegando que en años atrás había salido aquel reino de la Corona de Inglaterra y se capituló que siempre que en Irlanda hubiese hija única y en Inglaterra dos

hijos (como al presente sucedía) se casase con el segundo, por que, ya que el reino no volviese a la Corona, por lo menos le gozasen los hijos de sus reyes; y que si hasta entonces no se había hecho era por no haber llegado el caso, pero que ya era inexcusable faltar a lo dispuesto por los pasados o defenderlo con las armas. El de Irlanda tenía un sobrino, hijo de hermano segundo suyo, en quien veía representada la sangre de sus abuelos: su nombre, Eduardo, y sentía por grave dolor sacar de su varonía aquel reino, demás de que el mancebo era tan amable que el pueblo le pedía, y la prima, de él enamorada, aborrecía la plática de otro cualquier matrimonio que no fuese el suyo. El rey de Dianamarca,<sup>37</sup> tío también de Eduardo y hermano de su madre, florecía con promesas y obras las esperanzas de el mancebo.

Este era el estado que tenían las cosas de aquellos reyes, y tan dificultoso el componellos, que se hallaba don Alonso como arrepentido de haberse hecho dueño de semejante materia. Consideró con prudencia los caminos más fáciles para el remedio, y parecióle el mejor hablar a Enrique, hijo segundo de el rey de Inglaterra, de cuya condición fácil y apacible se podía esperar mejor<sup>38</sup> efecto de la persuasión de sus razones, y díjole:

—Infelicidad es, y grande, ¡oh, generoso Enrique!, entrar reinando un príncipe en un reino extraño contra la voluntad de los súbditos y de la misma señora en cuya compañía se ha de poseer el imperio, si aun los reyes que nacieron y se criaron entre los propios vasallos a quien han de regir, en haciendo violencias son desamados. Parece que todas las criaturas nos dan en sí mismas este ejemplo. Las estrellas reconocen al Sol, y los ríos al mar, por ser reyes de su propio linaje. El campo de las hormigas no obedece al mismo superior que las pintadas abejas. Las aves ciudadanas de el viento no aclaman por su rey a ninguno de los animales terrestres, ni éstos en sus profundas cuevas sufren leyes de la mayor de las aves, aunque desprecia las luces de el mejor planeta. Aman los irlandeses a Eduardo, mancebo de gentil espíritu, y persona, porque le ven hablar su lengua, vestir su traje y ejercitar sus costumbres. Paréceles que todos tienen en él parte, y que la parte que tienen en él los ha de regir y gobernar, con que se persuaden que han de ser reyes de sí mismos y gobernados por sí propios. Mas ¡ay que vuestra pretensión aun es de más bajo metal! Porque vos no vais a reinar, sino a vivir en compañía de una mujer que reina. ¿Qué importa que lleguéis a ser rey de tantos hombres si habéis de ser de una mujer preferido, siendo tanto lo que os humilláis en lo segundo y tan poco lo que os aventajáis en lo primero, supuesto que nacistes hijo y nieto de grandes reyes? Cuanta miseria trae consigo este modo de imperio las modernas historias nos lo avisan con el ejemplo sucedido en Nápoles, por cuya causa los aragoneses establecieron monarquía en Italia a pesar de las más valientes armas de la Europa. Aun cuando los hombres son dueños de sus mujeres con natural y poderoso dominio, si ellas los aborrecen, ya con violento veneno, ya con supersticiosos hechizos, les quitan la vida. Siendo esto así, ¿qué podrá temerse de la que reinare sobre su mismo esposo, si de él se halla ofendida y de los súbditos mal aconsejada? ¿Podréis vos remediar esto, si la paz, la guerra, la justicia, y el gobierno han de estar en las manos mismas de quien formaréis la queja, y hallaréis a un mismo tiempo en un sujeto el reo que os ofende y el juez a quien habéis de pedir la justicia? El reino de Irlanda, aunque ilustre, es pequeño, y

37.— Así se lee varias veces en el texto.

38.— Orig.: 'mejorar' (147v).

es más lo que se aventura que lo que se adquiere. Aun la grandeza de el Romano Imperio se podía renunciar por no verse en tan infelices desprecios. Los mayores príncipes de la Cristiandad toman las armas en defensa de vuestro contrario: ¿cómo podréis vos echarle de su casa si tantos extranjeros vienen a defenderle y defendella? ¿Queréis con esto poner en el riesgo de la Fortuna la seguridad de el Rey vuestro padre, y que por daros un reino aventure el que posee y la quietud de vasallos tan amados y fieles? Cubrirase la mar de naves, y las armas católicas (que se habían de ocupar en el castigo de la soberbia de el rey de los Turcos) siguiendo las dos parcialidades, con daño de la religión cristiana y aumento de los infieles y rebeldes se harán guerra a sí propias. En esta empresa, el primero y más ofendido es el Cielo. Mirad cómo ayudará vuestro intento si en él viene su mayor injuria.

Estas palabras llevaron aun mayor fuerza en el modo con que se dijeron que en sí mismas, disponiendo el ánimo de Enrique a la utilidad común. Los conciertos capitulados fueron en este modo: que Eduardo, sobrino de el rey de Irlanda, case con su prima hermana, princesa y heredera de aquel reino, con tal que los reyes de Dinamarca y Irlanda señalen en sus Estados, en partes ciertas y seguras, a Enrique, hijo segundo de el de Inglaterra, setenta mil ducados de renta por sus días, para lo cual entreguen algunas fuerzas de sus reinos a caballeros ingleses que estén como en empeño y seguridad. Que haya de ser condición que Margarita, hermana única de Eduardo, case con Enrique, y que él renuncie en ella su legítima, para que el dote sea más honorífico. Que luego que se celebren las bodas entre el dicho Enrique y Margarita, hermana de Eduardo, los jure a los dos por sucesores en aquella corona el reino de Irlanda, a falta de los hijos de Eduardo y su mujer, la princesa de aquel reino, si murieren sin ellos, por quitar con esto las esperanzas a nuevos pretendores y aventajar su derecho.

Vistos por entrambas partes estos capítulos ordenados por don Alonso, se juraron, porque Eduardo y sus tíos los reyes de Dinamarca y Irlanda decían que por ningún precio se compra caro un reino cuando se alcanza sin verter sangre. Enrique también se conformaba, considerando que, ya que renunciaba la acción próxima que tenía a reinar, las condiciones eran de mucha autoridad para su persona, y valían más estos conciertos seguros que un reino dudoso. Para que lo tratado tuviese más presto efecto resolvieron verse los tres reyes, y porque Margarita, hermana de Eduardo, se había de traer de Irlanda para casarse con Enrique, determinaron que las vistas fuesen en aquel reino.

Partió, pues, con esto el rey de Inglaterra de Londres, acompañado de sus dos hijos y de don Alonso, a quien seguían diez mil infantes y dos mil caballos para la seguridad de sus personas Reales; que siempre los grandes príncipes descuentan en recelos y sobresaltos los aplausos de la alteza y majestad. Entendiendo esto el de Irlanda, le envió a suplicar despidiese esta gente, porque aquello más parecía que era irle a conquistar el reino que a visitalle en él, y procuró luego armar gente y prevenir de municiones las fortalezas y castillos. Estos rumores más parecían de guerra y sangre que de buena amistad, y los ánimos de los irlandeses, osados en cualquier peligro, manejaban las armas por que los hallase la ocasión, con el ejercicio, ágiles y fuertes.

Antes de entrar en la raya de Irlanda mandó el rey de Inglaterra a la gente de su milicia que se detuviese. Los reyes de Dinamarca y Irlanda ordenaron lo propio a los suyos. Estaba armada una tienda grande y espaciosa en el campo sobre la misma raya que dividía los dos reinos. Ésta tenía dos puertas: la una miraba a la parte de Inglaterra, y la otra a la

de Irlanda. Por la que se descubría a la parte de Inglaterra entró su rey, con sus hijos y don Alonso; por la otra, los reyes de Dinamarca y Irlanda. Pasaron entre los Reyes muy grandes cortesías, dando el primer lugar al de Inglaterra. Cenaron aquella noche juntos, y con ellos don Alonso; que caballero tan grande aun era de mayores honores digno. Otro día se volvieron a ver en la propia parte, donde se le entregó a Enrique la persona de Margarita por mano de su hermano Eduardo, y con ella un escrito por donde constaba que los había jurado aquel reino en la forma que él lo pedía. Comieron aquel día otra vez los Reyes juntos, sus hijos y sobrinos, y también el Caballero Perfecto, que gozoso agradecía al Cielo haberle hecho medio para componer inquietudes tan graves.

Efectuado esto, se despidieron aquellos príncipes dándose presentes ricos, y todos procurando señalarse en los que a don Alonso le ofrecieron. Significaron con muchos encarecimientos la felicidad de los reinos de Castilla por haber nacido en ellos don Alonso, y juntamente la buena elección de el Rey de Aragón y Nápoles en servirse de tan prudente y valeroso caballero. Aseguráronle su favor y amparo para todas las ocasiones que le quisiese, agradecidos de que en tan largo camino hubiese padecido por su quietud tantas inquietudes. Importunáronle mucho que les pidiese algo, y él sólo intercedió por algunos criados de los mismos reyes y soldados pobres, que se admiraron de su modestia y templanza. El rey de Inglaterra entró en un coche, y por honrar a su nuera la dio el lado derecho. Los asientos de enfrente ocuparon el príncipe de Gales y Enrique su hermano. Don Alonso venía luego en otro, con el Gran Almirante de aquel reino y otros señores de mucha estimación y autoridad. Seguíanlos gran número de criados de el Rey y otros cortesanos, a quien había traído más la curiosidad que el servicio de su príncipe. Hacíanles retaguarda los doce mil hombres de guerra, que en llegando a la primer ciudad de el reino fueron despedidos, porque de allí adelante más habían de ser de embarazo que de servicio.

En esta forma entraron en Londres, que con la restitución de sus naturales señores volvió a cobrar su antiguo lustre y grandeza, significando con muchas fiestas su alegría y gozo. Don Alonso publicó un torneo, aquel propio día de la entrada, con grande solemnidad, y previniendo las galas, cuando le esperaban lutos, tuvo aquella misma noche un pliego en que su mujer doña Inés de Moncada le avisaba la muerte de el rey de Aragón su tío, que, con gran pérdida de la Cristiandad y común sentimiento de España y Italia había pasado de esta vida a la eterna.

Llorábale don Alonso, diciendo que si con alguien había de haber rompido la muerte sus leyes, o por lo menos dilatado su ejecución, era con aquel príncipe magnánimo que con mayor virtud y esfuerzo de corazón que riquezas alcanzó la primer corona de las de Italia. Que aunque el no haber sido testigo de tan grave dolor como su muerte pudiera serle consuelo, en él causaba mayor sentimiento, viendo que en ocasión tan importante no se halló a su lado quien tanto le debía y tanto reconocello deseaba. Que convenía no dilatar su partida, y asistir con su persona y los de su parcialidad en Nápoles por que con la muerte de el Rey ni los naturales se inquietasen ni los extranjeros que decían tener justa (bien que engañada) pretensión a este reino cobrasen bríos.

Con estas razones se retiró aquella noche, y a la mañana le envió el Rey el pésame con un gentilhombre de su Cámara, y después a la tarde, acompañado de sus hijos y vistiendo todos luto, mayor de el que en estas ocasiones se acostumbra, fue a visitalle, poniendo silencio a las fiestas y regocijos públicos que se prevenían por las bodas de su hijo don Enrique.

Quisiera don Alonso embarcarse luego, por no dar ocasión con las dilaciones a nuevos daños; pero detúvose dos días por hallarse presente a la celebración de las honras de el Rey su señor que el de Inglaterra con grande solemnidad prevenía en la Iglesia Mayor de Londres, andando tan cumplido en las ostentaciones de este sentimiento, que no se pudiera hacer mayor en la muerte de un príncipe heredero de sus reinos: fineza grande, y digna de reconocimiento y alabanza. Los demás señores a imitación de su rey, a quien en todas partes siempre siguen en las buenas o malas acciones, acudieron a esta demostración con mucha fineza, y tanta, que en Nápoles, Zaragoza, Valencia o Barcelona se duda que fuese mayor o hecha más a tiempo; de modo que don Alonso, tan bien acompañado en su dolor, no echaba menos a sus deudos ni a sus amigos.

Para llevar la licencia de el Rey, fue a pedírsela a Palacio, que después de haberle hablado en diferentes materias en que con él quiso aconsejarse, le importunó mucho para que, pues con la muerte de el rey don Alonso habían cesado las obligaciones de asistir en la corte de Nápoles, se viniese con su mujer y familia a la suya, ofreciéndole tan aventajadas mercedes, que sólo en el ánimo de este caballero, más amigo de acudir al reconocimiento de las obligaciones pasadas que de empeñarse por la ambición en otras nuevas, hallara resistencia.

Embarcose, al fin, con desconsuelo de aquella nobilísima ciudad, y rompiendo las dificultades de el mar, nunca tan seguro que no traiga las más veces el peligro a las espaldas de la bonanza, con alguna variedad en los sucesos, aunque jamás los llevó declaradamente desconfiados, llegó a la ciudad sepulcro de su rey y de el Príncipe de los poetas latinos, por que entre tantas singulares grandezas como las suyas no le falte el ser también deposito de las cenizas de varones insignes en armas y letras. Vio a su mujer y a su hija buenas, con cuya vista satisfizo a la codicia de el ánimo y de los ojos, y como esposo amante y padre tierno halló en ellas disculpa a la risa en que trocó sus lágrimas, y grato descanso para el espíritu y el cuerpo. Y yo le doy a pluma hasta que, llamado de las demás acciones de el Caballero Perfecto, en la segunda parte dé satisfacción con ellas a los que con virtud o curiosidad hicieren precio de mi estudio sus deseos.

FIN

EN MADRID,  
POR JUAN DE LA CUESTA

AÑO MDCXX